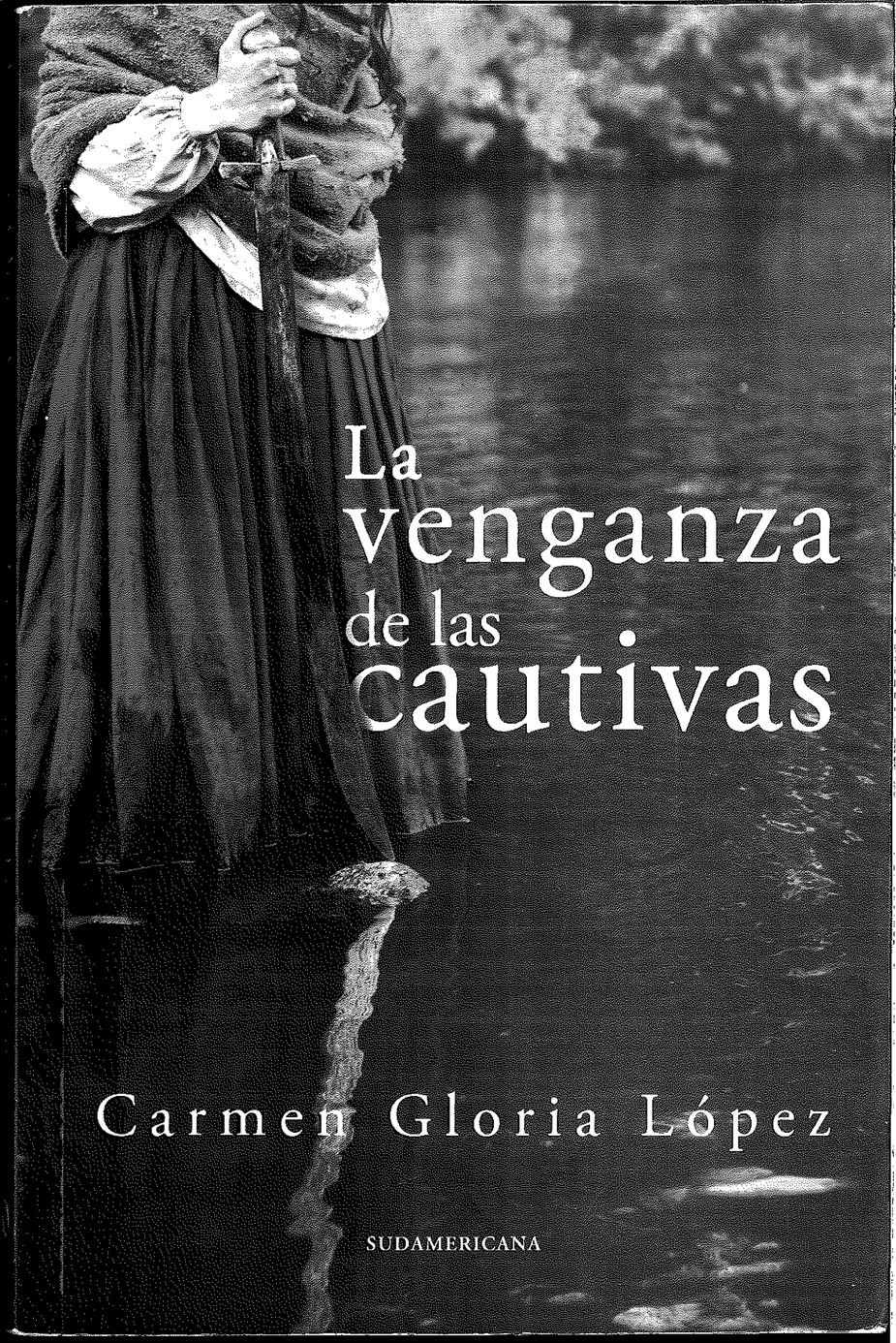
Santiago, 1610. Un juicio recoge los testimonios de siete mujeres que sobrevivieron al sitio de la Villa Rica y a varios años de cautiverio. Aunque llamamos «cautivas» a las españolas capturadas por los mapuche durante la Guerra de Arauco, estas mujeres fueron apresadas antes por sus compatriotas y en su propio pueblo.

La venganza de las cautivas es una novela épica y fascinante que desafía los conceptos de heroísmo, patriotismo y honor. Una memoria coral de voces femeninas silenciadas en los retratos históricos: escenas de maternidad, rabia, valentía, locura y supervivencia en medio de una negligente resistencia española.

Carmen Gloria López construye un adictivo relato que —inspirado en sucesos verídicos ocurridos en el reino de Chile— muestra el papel de la mujer en la guerra y, de paso, sugiere una pregunta siempre inquietante: ¿Cuántas veces hemos erigido estatuas a los héroes equivocados?

ISBN: 978-956-262-571-5

SUDAMERICANA
www.megustaleer.cl
Me gusta leer Chile
@megustaleercl
@megustaleercl



La venganza de las cautivas

Carmen Gloria López

SUDAMERICANA

Carmen Gloria López Moure (Santiago, 1966) es periodista, guionista y escritora. Es la autora de la primera temporada de la serie *Sitiados*, coproducción de TVN y Fox (2014). Participó como consultora de guión en *Algo habrán hecho por la historia de Chile*, *Los Archivos del cardenal* y *El Reemplazante*. Ha sido ejecutiva de televisión, profesora universitaria, editora de contenidos periodísticos y de ficción. Publicó su primera novela en 2017, *Fugitiva*, y actualmente es profesora de la Cátedra Mujeres y Medios de la Universidad Diego Portales y panelista de Tele13Radio.

DISEÑO DE LA CUBIERTA: PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL / AMALIA RUIZ JERIA
FOTOGRAFÍA DE LA CUBIERTA: ANDRÉS GACHÓN / GENTILEZA FOX
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © LORENA PALAVECINO

LA VENGANZA DE LAS CAUTIVAS

CARMEN GLORIA LÓPEZ

LA VENGANZA DE LAS CAUTIVAS

SUDAMERICANA

La venganza de las cautivas
Primera edición: noviembre de 2018

© 2018, Carmen Gloria López
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile
Teléfono: 22782 8200
www.megustaleer.cl

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Printed in Chile - Impreso en Chile

ISBN: 978-956-262-571-5
Registro de Propiedad Intelectual:

Diseño de portada: Amalia Ruiz Jeria
Imagen de portada: Andrés Gachón / Gentileza Fox
Diagramación y composición: Lilian Ferrada

Edición de 3.000 ejemplares
Impreso en Salesianos Impresores S.A.
General Gana 1486, Santiago - Chile

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Las más fuertes son amargas
y las más dulces transidas,
las más duras son Déboras
y las más tiernas Rosalías
y así erguidas o cegadas
todas una sangre misma
se nos rasga el secreto
de las sin razón venidas

GABRIELA MISTRAL

Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres
debe tenerse por sospechoso,
puesto que son juez y parte a la vez

POULAIN DE LA BARRE

A mis padres, Juan y Carmen

Prólogo o los hechos según la historia oficial

La arremetida de los habitantes originales al sur del río Bío Bío ocurrida en 1598 terminó con todas las ciudades fundadas por Pedro de Valdivia desde esa frontera hacia el Estrecho de Magallanes.

El alzamiento liderado por los guerreros purenes Ankanamun y Pelantaru sumó, entre otros, a huilliche, puelche y pehuenche. El levantamiento comenzó con la muerte del segundo gobernador español en tierra chilena, Martín Óñez de Loyola, en lo que algunos conocen como «el desastre de Curalaba» y que fue el inicio de la victoria de los pueblos originarios sobre los conquistadores españoles en la guerra de Arauco. Esa fue la única derrota del imperio español en toda América.

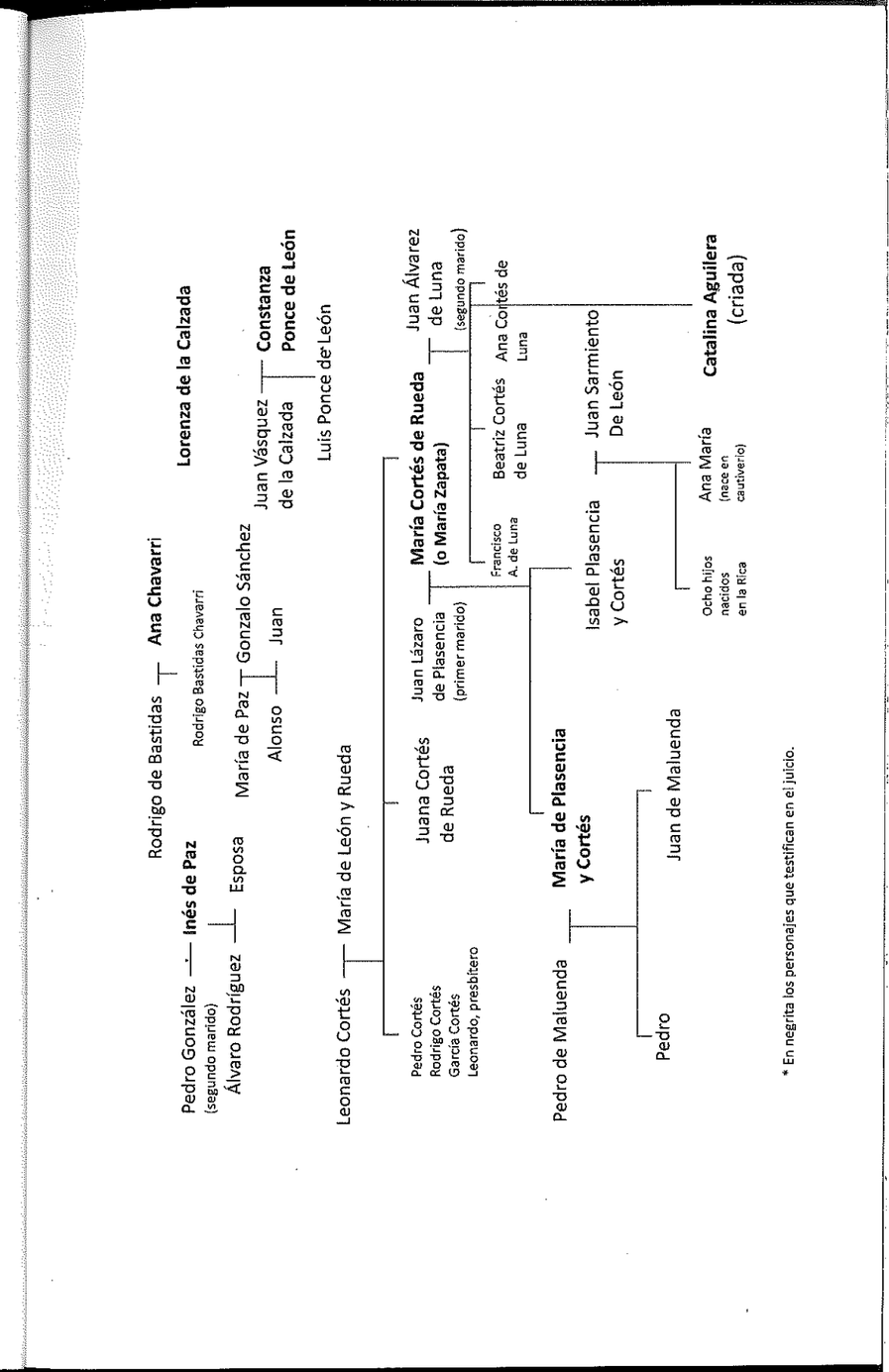
La Villa Rica estuvo sitiada tres años. Según la historia oficial, al rendirse, el 7 de febrero de 1602, quedaban veinticuatro sobrevivientes de los más de quinientos habitantes originales. Trece de ellos eran mujeres: Juana y su hermana María Cortés de Rueda, sus hijas Isabel y María de Plasencia, Beatriz y Ana Cortés de Luna, junto a Lorenza de la Calzada, Ana de Paz, Inés de Paz, Aldonza y Beatriz Lozano, Juana y Ana Chavarri. Todas fueron tomadas cautivas, solo seis recuperaron su libertad; las primeras en 1606 y las últimas en 1610.

Ese mismo año se realizó la residencia al exgobernador Alonso de Rivera en Santiago. Como era costumbre, los antiguos gobernadores debían dar cuenta de su ejercicio. Rivera enfrentó más de veinticinco cargos frente al juez doctor Luis Merlo de la Fuente. Uno de ellos, el cargo veintiuno, por no haber sentenciado al capitán Francisco Hernández de Ortiz por abandono de deberes.

Francisco Hernández había sido enviado al rescate de los pobladores de la Rica con dinero y doscientos hombres en noviembre de 1601. La tropa visitó lo que quedaba de Osorno y Valdivia, pero jamás llegó a la Villa Rica. A su regreso, el capitán Hernández se justificó diciendo que todos le dijeron que ya no quedaba nadie vivo en esa ciudad. Una junta de guerra lo sometió a juicio varios años después. El gobernador Rivera lo absolvió. Esa acción justifica uno de los cargos que enfrenta en esta residencia. Durante la investigación, los sobrevivientes pueden haber relatado detalles de los tres años del sitio. En los documentos oficiales, solo queda registro de la sentencia final del juez Luis Merlo: cuatro líneas con sus conclusiones.

Otros detalles del sitio de la Rica se conocieron más tarde, a través de los hombres sobrevivientes y liberados durante su información de méritos y servicios, la instancia judicial para recuperar sus encomiendas o herencias.

Esta novela narra la historia que podrían haber contado las cautivas liberadas de haber sido entrevistadas por el juez Luis Merlo. No sabemos si lo hizo. Y la versión de ellas —por supuesto— no está registrada en ninguna parte.



La siguiente crónica ha sido adaptada al castellano neutro contemporáneo para facilitar la comprensión de nuestros lectores.

Día uno

«Llevábamos meses hablando poco. Nos demorábamos en encontrar los nombres de las cosas y que salieran de la boca. Mi último recuerdo es que de pronto no los escuché más. Vinieron días de lluvia y viento. Podía oír crujidos, goteras, árboles que caían sobre otros árboles, las olas del lago golpeando con fuerza las rocas. Durante las tormentas, el Mallolafquén suena como el mar. Pero esta vez todo era distinto. No sonaban las trutrucas, ni las pifilcas, ni los pies corriendo sobre las hojas. Me concentré en oír más allá de la lluvia. Y nada. Pensé que tal vez el hambre me había dejado sorda, sorda para oírlos a ellos...»

La testigo empezó a hablar antes de que el escribano pudiera anotar lo primero que correspondía:

En Santiago, a seis de marzo de mil seiscientos diez, el doctor Luis Merlo de la Fuente hizo ocurrir a la presencia judicial a doña María Cortés de Rueda i a su nieto Juan de Maluenda i bajo promesa de decir la verdad...

La mujer escupía su testimonio sobre la mesa como si aún estuvieran persiguiéndola.

«Estoy hablándole del último ataque y del silencio que vino después. Cuando aproveché de gatear con mi nieto Juan por

debajo de la empalizada hacia el borde de la playa. Si volvían, no quería estar debajo de las tejuelas, de las vigas de las casas quemadas, de las lanzas que volaban sobre el fuerte... Además, ya no quedaba nadie. Nos echamos los dos en la arena. Creo que me dormí. Después del ruido de la tormenta, vino el silencio del sol y de los árboles quietos. Esperamos ahí echados en la playa, rendidos ya a nuestra suerte. Los ataques no volvieron. Miré todo el día cómo el agua se evaporaba de mis ropas, las figuras que hace el vapor son siempre distintas, ¿sabe? Así pasaron dos puestas de sol, tal vez tres, ¿o cuatro?»

Perplejos, ni el juez Merlo ni el escribano se atrevieron a interrumpir a doña María Cortés que hablaba con pasión en sus palabras y sin expresión en su rostro.

«Yo me convencí de que estábamos muertos, de que esa era ya la vida eterna, así cálida y quieta. Sin comida y sin necesidad de comida. Los últimos días dentro del fuerte a veces veía luces a los lados de mi cabeza, chispas. Se me pasaba comiendo el charqui que hicimos. No nos comimos a nuestros muertos, señor, solo cadáveres de nuestros enemigos. Al menos en nuestra familia así fue y se lo puedo asegurar. Como le decía, estábamos en la playa y, cuando vi las luces de nuevo, pensé que tal vez eran ángeles, ángeles que venían a acompañarnos... ¡Yo! Yo que dejé de creer en ángeles y en Dios hace tanto tiempo. Y entonces escuché de nuevo el resoplar de los caballos. Eran ellos que volvían. Ese día nos llevaron los araucanos, a mi nieto y a mí que éramos lo que quedaba...»

El escribano dejó la pluma quieta y una mancha de tinta negra borró la palabra «caballos».

El cuchicheo y algunos llantos escandalizados llenaron el ambiente cerrado y caluroso apenas doña María Cortés de Rueda confirmó los rumores de que en el sitio de la Rica hubo canibalismo.

Nadie escuchó lo que dijo después.

Don Luis Merlo de la Fuente intentó poner orden, pidió silencio, expulsó a un par de mujeres lloronas, pero quedó en la sala el zumbido de los susurros. Juan de Maluenda aprovechó que el juez aceptaba un vaso de agua para interrumpir el relato de su abuela.

«Yo no. Yo sabía que estábamos vivos porque no se me quitaba el hambre ni con la arena que me echaba a la boca. Pensé que se había acabado todo, eso sí. El Reino mismo de España, que se había acabado ya todo y solo quedábamos nosotros dos, que los indios habían arrancado al norte huyendo de las largas lluvias, que España había perdido todas las guerras con todos los indios de esta Nueva España, que éramos los dos únicos sobrevivientes castellanos en toda América y que nadie nos vendría a rescatar, que nos comerían, que no sabríamos cómo vivir, que se acabaría nuestra raza en este continente —ve usted, pensé que solo quedaba mi abuela y yo—, que después de todo el esfuerzo y de toda la sangre derramada en conquistar estas tierras para la gloria de unos pocos y el oro de la corona, no habíamos sacado nada, que este paisaje soleado, quieto, verde por todos lados..., que el Señor nos castigaba arrancándonos de la vista las miradas conocidas, las barbas familiares, que no veríamos nunca a nadie como usted de nuevo, su señoría. Nunca. Que el castigo había sido quedarnos vivos.»

Aunque los testigos recapitulaban hechos que ya tenían una década en sus memorias y Maluenda ya había cumplido los veinte años, el nieto de María Cortés comenzó a sollozar apenas dijo «barbas familiares» y el escribano perdió, otra vez, parte del registro; era primera vez que veía llorar en público a un hombre que había tomado las armas y su relato incoherente estaba dándole un leve dolor de cabeza.

Al sonido del murmullo se sumó el aleteo de los abanicos. Era marzo y hacía mucho calor en Santiago. Nada era regular en los últimos días.

Ambos sobrevivientes se habían bañado y peinado antes de proceder a dar su testimonio, pero aún parecían oler a humo y sangre vieja. Doña María Cortés de Rueda ya pasaba los cincuenta. Llevaba un jubón gastado al que no le había amarrado las mangas. La tela de su saya era el único recuerdo a la vista de su linaje. Se había atado el cabello en una trenza suelta que bajaba sobre su espalda hasta las caderas. Eso, sumado a una nieta de varios años agarrada de su pecho, le daba un aire indígena. Para la audiencia santiaguina que los rodeaba eran un joven loco y una vieja lunática. El público había venido a ver si eran caníbales, héroes, traidores o todo eso junto.

El escribano acostumbraba a tomar testimonio a indígenas prisioneros que reclamaban injusticias o a españoles que reclamaban a la corona recompensa por sus servicios; nunca había estado en un caso que incluyera canibalismo cometido por compatriotas que manejaran tan bien el lenguaje castellano. Le tiritaba la pluma y demoraba más de lo acostumbrado en dibujar con delicadeza las palabras que describían un episodio tan crudo.

Luis Merlo ordenó a Juan que mantuviera la compostura —quería que dejara de llorar— y que la declaración de los

testigos partiera por el principio. Los testigos se miraron. ¿Cuál era el principio? ¿Su salida de España? ¿Colón? ¿Las provocaciones que vinieron del norte? ¿Las obsesiones de Valdivia con el Estrecho? ¿El nacimiento de Ankanamún y Pelantaru? ¿El canibalismo? ¿Sus propios pervertidos recuerdos? ¿El fin de sus años de cautiverio en manos mapuche? ¿O era ese el principio de todo, esa audiencia al borde de un país que ya no era de ellos? ¿Eran ellos los únicos que sabían que la guerra estaba perdida?

Miraron a su alrededor. María abrió otra vez la boca.

«Señores, señoras. Al sur del Bío Bío hay un reino que no nos pertenece. Los araucanos han ganado la guerra y tienen a cuatro de mis hijas ahí, tres vivas y una muerta, la madre de esta criatura. Y en cualquier momento avanzarán hasta acá.»

El aleteo de los abanicos se detuvo. El juez se puso de pie y dijo que era comprensible que los testigos estuvieran confundidos. Sin sentarse, explicitó que el objetivo del caso era dimensionar cuánto más pudo salvarse de haber cumplido con su deber el capitán Francisco Hernández Ortiz. Para eso estaban todos ahí. Observó a los testigos sentados, callados y algo abatidos y les pidió que contaran la historia desde el inicio del sitio, cuando ya no pudieron salir.

Juan y doña María desobedecieron. Era necesario darle algo de contexto a ese día. Juan dejó que su abuela comenzara. Estaba seria, mirando al vacío. Separó a la niña de su seno, la sentó con firmeza sobre sus rodillas, ató su armador y habló fuerte y golpeado.

«Con todo respeto, sé que juzgamos aquí el comportamiento del capitán Francisco Hernández Ortiz, lo que se pudo haber salvado de haber llegado cuando lo mandaron. No sé, tal vez habría salvado al doble, o quizás lo habrían matado. Su capitán fue culpable por no llegar a rescatarnos, mas las responsabilidades son anteriores. Soy una mujer vieja e ignorante de los asuntos militares, pero apenas oí sobre la muerte del gobernador Óñez de Loyola en Curalaba, recordé lo que escuché los años posteriores a la muerte de don Pedro de Valdivia en Tucapel. Cuando la noticia de Óñez llegó a la Rica de la mano de un soldado supe que arrasarían con todo, supe que vendría un levantamiento imparable. Intenté hablar con el corregidor, con el mulato Beltrán que era sensato, con el capitán Chavarri que tenía la mente más abierta. Apenas me escucharon. Me miraban como si nunca hubieran visto a una mujer hablando de algo que no fuera su casa, los hijos o la comida. El capitán Bastidas, en una visita muy formal a mi casa, me solicitó que controlara mis emociones, que dejara de esparcir miedo en la población y me ordenó que me hiciera cargo de mis asuntos como si mi sobrevivencia no fuese cosa mía. Se atrevió a insinuar que la muerte de mi marido me tenía mal de la cabeza. Yo le anuncié que le cortarían la suya y así fue, mi señor. ¡¿Cómo pudo olvidar que era yo quien aposentaba y escuchaba en mi hogar a gobernadores, maestres de campo y capitanes, mientras él cepillaba caballos?!

»El mulato Beltrán me trató con más respeto. Me aseguró que las tensiones se calmarían y que la rebelión mapuche se ahogaría en Purén, que bastaba con atrapar a Anka… A ellos, a esos… y se acabaría todo. Dijo que las relaciones andaban bien con Curimanque, el toqui local y los indios que nos rodeaban, que los pureninos no vendrían por la Rica. Disculpe

usted; no puedo nombrar a esos toquis, se me vuelve a oscurecer el alma. Le discutí pues llevábamos años con ataques semanales. Las cosas nunca anduvieron bien en la Villa Rica. Nuestros soldados nunca supieron a lo que se enfrentaban… si no hubieran huido despavoridos.»

Juan de Maluenda se asustó. Se puso de pie y alzó su mano derecha abierta con la palma hacia la boca de su abuela María. Sin tocar su rostro, hizo el gesto para callarla.

«Tuvimos capitanes muy hábiles, verdaderos héroes, señor. Lo que vivimos fue un acto de heroísmo. Yo mismo luché y tomé las armas a los diez años. Caímos, es cierto, y hemos pasado muchos años cautivos; agradezco el rescate y la ayuda, su señoría, de corazón. Antes de que se iniciara el sitio teníamos posibilidades, habíamos repelido tantas escaramuzas, pensamos que venían refuerzos. Creo que resistimos de manera loable y heroica, señor, en un acto de lealtad hacia la corona que solo se compara con la inmolación. Quiero recordar aquí al mulato Beltrán y al capitán Bastidas, y a Chavarri que sigue esclavo y a tantos otros. Tantos muertos en defensa nuestra, todos mis tíos, mis primos, muertos por salvar el sueño de fundar una ciudad camino al soñado Estrecho de Magallanes, algunos muertos en vida; todos leales siervos de la corona, su excelencia.»

El escribano anotaba concentrado cada vez que Juan de Maluenda usaba la palabra.

«Varios muertos para no perder sus encomiendas, señores.»

María Cortés se puso de pie y gritó fuerte.

«¡Algunos de ellos incluso planeaban traicionar a la corona, cruzar la cordillera a tierras más pacíficas y salvar parte de sus encomiendas! Dígalo, Juan. No proteja a todos los muertos por el solo hecho de no estar vivos.»

Luis Merlo le pidió a María que se callara. Que dejara a Juan describir los hechos. Ella no obedeció.

«Usted también lo sabe. Hemos sobrevivido unas veinte personas, aún hay cautivos y lloramos a centenas de muertos. Y todo se pudo evitar… Lo perdimos todo. Los araucanos son invencibles, ruegue usted que no se les ocurra avanzar sobre Santiago.»

María siguió hablando de pie y se dirigió al público que la observaba fascinado y asustado.

«Son mejores guerreros que nosotros, sus soldados más valientes, sus estrategas más sabios, sus hombres más fuertes, aprenden muy rápido, cambian su manera de pelear, es imposible vencerlos, manejan el caballo como si hubieran nacido pegados a ellos. Es imposible esta guerra. Imposible porque no temen a la muerte, porque no creen en la muerte. Olvídense del sur.»

Don Luis Merlo gritó que se callara desde que dijo que los araucanos eran invencibles, pero María no lo escuchaba, gritaba con fuerza por sobre las insistencias del juez hasta que dijo «muerte» por segunda vez y se sentó. Entonces Merlo la

expulsó de la sala. A ella y a otras tres mujeres que se habían puesto de pie en el público. Juan de Maluenda se levantó caballerosamente al verla salir, mientras seguía sorbeteándose los mocos porque lloraba cada vez que hablaba. El juez lo miró y le insistió que describiera la situación desde el inicio del sitio de la Villa Rica. Y sin llorar.

«Fueron tres años, su señoría», aclaró Juan tomándose la cabeza y cerrando los ojos.

Antes de salir de la sala, doña María Cortés gritó desde la puerta:

«Su señoría, nuestro testimonio es lo único que tiene. Juan era un chico de doce años cuando todo terminó. Las que sabemos todo somos nosotras. Mire usted, ninguno de los hombres le dirá la verdad, vendrán aquí solo a informarle de sus servicios y así tratar de obtener algo a cambio.»

El juez se puso de pie indignado. Mejor tomaría testimonio de cada una por separado. Se había cansado de los escándalos y las insolencias. Se arrepintió de haber aceptado la excepción de que su investigación en esta residencia fuera pública. La toma de testimonio se haría en privado.

Día dos

Testimonio de doña María Cortés de Rueda, conocida también como María Zapata, nadie sabe por qué. La testigo es viuda de don Juan Lázaro de Plasencia y de don Juan Álvarez de Luna. Hija del distinguido conquistador Leonardo Cortés y de doña María León y Rueda. Criolla nacida en La Imperial. Rescatada del cautiverio en 1606.

«Nací en las tierras del sur de este reino en la que creo era la más majestuosa de las ciudades de ese lado: La Imperial. A pesar de ello, nunca había visto tanto verde, tanta agua por todos lados como en las orillas del Mallolafquén. Nunca había visto que en las piedras crecieran plantas de ese tamaño sin necesitar tierra. La belleza del camino hacia la Rica me abrumó. Su abundancia me aplastó. Había mucho de todo, mucho polvo, muchos árboles, demasiados riachuelos, montañas enormes, volcanes, nieve y sol, muchas rocas gigantes y oscuras. Y muchos indios, muchos, pero no se veían como en La Imperial, más bien se sentían, se oían sus pasos y el aire pasando por sus narices. Vi cientos de siluetas entre los bosques.»

El escribano notó que doña María Cortés llevaba enrollada su trenza en un moño y la niña no estaba en sus brazos. Esta

vez tenía el armador bien atado, cubierto con su jubón y con las mangas amarradas. Además, había agregado a su tenida una mantilla color bronce. Parecía una elegante mujer española, más bien una criolla empobrecida. Su trenza escondía el cabello sucio. Los callos de sus manos y la mugre incrustada en la piel que rodeaba sus uñas, delataban labores que no correspondían a una castellana de su linaje y la manta estaba deshilachada en todos sus bordes.

María no le contaría al juez sobre las penurias de su vida actual o por qué hoy era más María Zapata que María Cortés de Rueda. De seguro su padre, un conquistador de renombre, jamás imaginó que su hija cerraría su vida con solo una criada y trabajando la tierra con sus propias manos en un secano que quedaba al norte de Santiago. Pero María sabía que lo que estaba por relatar haría que su miseria actual sonara como el paraíso.

Decidió que no empezaría por el principio. Recordar en voz alta su infancia le descomponía el alma y el estómago. En los peores momentos del sitio, cerraba los ojos y rescataba de su memoria el sonido de los gritos de sus hermanos y hermanas huyendo de su madre entre las gallinas, trataba de volver a sentir el olor de su padre y el tamaño de sus brazos cuando la alzaba. Había sido una infancia rodeada de tensión entre castellanos e indígenas, pero había sido el tiempo más feliz de su vida. Don Leonardo, su padre, había ocupado cargos de alcalde, regidor perpetuo, corregidor de Valdivia, Villa Rica y La Imperial. Su fama y autoridad rebasaban a su esposa e hijos donde se instalaran. Gobernadores y maestres se paseaban por sus casas y los sirvientes venidos de España, Perú y La Serena, se agolpaban en las cocinas y caballerizas. María creía entonces que sería una princesa

del nuevo mundo. Antes de seguir hablando soltó una risa burlona dirigida a ella misma.

«Me casaron en La Imperial, a los dieciséis años, con Juan Lázaro de Plasencia. Ahora sé que nada sabía entonces. Nada de nada… aunque en ese momento me sentía lista para acompañar al viejo Juan, quien debe haber tenido unos treinta o cuarenta años. Yo ya sabía bordar, dirigir la preparación de un par de platos, cantar los salmos y zurcir. Tuve a mi hija María antes del primer año y a Isabel al segundo. Y antes de que caminara mi segunda hija, enviudé. Pensándolo bien, tal vez el viejo Juan tenía ya cincuenta… puede ser.»

Mientras doña María se arreglaba con ambas manos el moño que tenía en la nuca y dejaba ver la camisa desgastada bajo sus axilas, el juez Merlo reiteró su interés en los últimos meses del sitio. Ella pensaba en lo poco que había sentido la muerte de su primer marido. Le parecía estar hablando de otra mujer, en otra tierra, en otro tiempo, una mujer que ella ya no conocía. Siguió relatando su llegada a la Rica. Una historia que sabía fidedigna, aunque al contarla ahora, le parecía no haberla vivido jamás.

«Le cuento todo esto, señor, porque creo relevante que usted entienda bien con quién está hablando. Al enviudar quedé con un par de esclavos y algunos bienes, por lo que no fue tan difícil encontrar otro marido. A poco andar me casé con Juan Álvarez de Luna. Él también era viudo… Seamos honestos, no había mucho dónde elegir para una dama castellana como yo. Nos emparejábamos con lo más parecido que había por ahí y punto. Mi segundo marido era un conquistador de

cierta posición, que vino a Chile con veinte soldados armados de su bolsa, aunque cuando lo conocí ya no le quedaba ni uno de esos, pero tenía una encomienda de doscientos araucanos esperando en la Rica para explotar los lavaderos de oro. Reconozco que apenas dejamos La Imperial me arrepentí de haberlo seguido, de no haberlo esperado allá con mis hijas María e Isabel. La Rica tenía construcciones amplias, pero los solares buenos estaban dispersos y se internaban en los campos donde antes había estado la selva. Y créame que la selva quería volver. Todos querían recuperar lo que era propio; los indios y las plantas.»

El juez tosió y miró a doña María girando su dedo índice como si intentara dar velocidad a la rueda de su historia.

«Viajé hacia la Rica embarazada junto a mi esposo, las hijas de mi primer marido, Catalina —mi criada gallega heredada de mi madre—, más una esclava de poco más de quince años y su hijo natural que supuse era de mi primer marido. Anduvimos más de una semana en esas carretas, seguidos de algunos indios de la encomienda. Se nos murieron varios de esos en el camino. Solo recuerdo de ese viaje el cansancio. Nunca había tenido tanto sueño... Atravesamos varios ríos, muchísimos. Perdimos una carreta, dos baúles y un caballo en uno de esos cruces. Recuerdo que delante de nosotros iba un jinete revisando los caminos porque nos advirtieron que los indios cavaban agujeros profundos, los llenaban de lanzas y los cubrían de hojas. Decían que mi padre había visto un par de soldados españoles ensartados dentro de esos agujeros, chillando ellos y los caballos...»

María intentó recordar el rostro de su padre. Cerró los ojos por unos segundos sin lograrlo. El escribano creyó que se había puesto triste, pero estaba equivocado.

«Al llegar a la Rica, a nuestra casa en el campo, me asignaron tres criadas indias. Yo les dije indias siempre, aunque algunos me corregían y me decían que una era huilliche, otra pehuenche y otra araucana. Para mí se veían todas iguales; toscas, gruesas, altas y de ojitos pequeños... parecidas todas, dicen que no son un mismo pueblo y ni responden a un mismo rey. Para mí eran indias a secas. Araucanas. No parecían felices, sonreían poco, a una le habían cortado los dedos de un pie y caminaba de modo extraño. Cinco sirvientas, ¡cinco!, eso era todo lo que me dieron para vestirme, para las labores de campo, el lavado de ropa, la cocina, las conservas, el cuidado de las niñas y todos los menesteres de una casa decente. En ese momento pensé que esos serían mis problemas. Debo confesarle que lloré las tres primeras noches en la Rica, maldiciendo mi mala suerte. Me sentía desvalida, abandonada, asustada, pobre. Vaya broma. ¡Qué daría hoy por tener de vuelta esas pequeñeces! Entrené al niño esclavo para el servicio de mesa y pedí dos yanaconas más para lo del campo. Me las arreglé para que mi hogar fuera digno de mi esposo y de todas las visitas ilustres que tuvimos. Como usted sabe, fuimos cercanos al gobernador Villagra y a las autoridades de la ciudad Rica en esos años de refundación.»

La mención de María Cortés a su roce social hizo que Merlo recuperara la paciencia. Aunque deseaba expulsarla por estar haciéndole gastar el tiempo de esa manera, respiró profundo

y decidió perder la mañana. La señora lo merecía gracias a su afamado padre y sus respetables maridos.

«Tuve a mi hijo Francisco mientras abría los baúles con ropa de cama que habíamos encargado a España. Entre encajes, un sobrecama de la China que me había regalado mi madre y uno de seda, parí a mi único hijo hombre, quien demoró en dar ese primer grito como si hubiera sabido lo que se venía a pesar de haber nacido en una cama. Dos años después nació Beatriz. Cuando llegó Ana, la tercera, mi marido ya era maestre de campo de la Rica y yo había aprendido a sentirme más cómoda en esa Villa. Crecía y a la vez se achicaba mi familia, pues cuando cumplió dieciséis años mi hija María, María de Plasencia —hija del otro Juan—, contrajo matrimonio con Pedro de Maluenda[1], quien no descansa en paz porque no pudimos enterrarlo. Pedro era un noble capitán que nos defendió de los moriscos en Granada, vino a este reino con el general Losada y, porque la vida es una sátira, terminó de encomendero y corregidor en esa villa maldita. Como máxima autoridad, se instaló junto a mi hija en un amplio solar en el pueblo, cerca del fuerte. Mi segundo nieto, a quien usted conoció, nació dos años antes de que muriera su padre. Era un niño sano y fuerte y Pedro un buen marido, María llevaba una vida tranquila.»

Afuera una carreta levantó tierra y los rayos que entraban a la sala reflejaron el polvo. La testigo recordó los haces de luz que golpeaban en el rostro de su hijo Francisco el día que nació. Carraspeó y apoyó los codos sobre la mesa.

«Un año después se casó mi segunda hija, Isabel, con Juan Sarmiento de León, un criollo encantador. Vino mucha gente

a nuestra casa, incluso vecinos de La Imperial. Celebramos por dos días. Es el último día alegre que recuerdo. Estaba orgullosa de ver a mis hijas mayores tan bien casadas. Comimos los jamones más deliciosos que pueda imaginar, algunos invitados trajeron un vino de Chillán que he extrañado cada minuto desde ese día. Teníamos en abundancia papas, cebollas, arvejas y habas porque era el fin del verano. Teníamos morcilla de calidad, chorizos, tajano, pan fresco…, y teníamos inconciencia. La paz que da no saber nada de nada. La paz que le da a los niños pequeños creerse los cuentos. Recuerdo esa tarde tibia con mesones llenos de brebajes y comidas, rodeados de vecinos que bailaban con ingenuidad. Por unas horas creímos que nos rodeaba solo el lago, el río, el volcán y los bosques. Imaginamos que hacia delante había un futuro y reímos por última vez sin miedo a ser oídos. Por unas horas pensamos que nuestro problema sería las picadas de mosquitos, y pusimos braseros a echar humo. Ese día fuimos un grupo de invasores optimistas e ignorantes ¡Bendita ignorancia!

»Mientras Isabel y María formaban sus hogares, escuchábamos cada tanto y cada vez más sobre ataques araucanos. Cuentos de asaltos a patrullas, de soldados despedazados, de mujeres secuestradas. Es de naturaleza humana, al parecer, creer que las tragedias son fábulas de algunos excesivos o absurdas excepciones a toda regla hasta que la sangre le salpica a uno mismo. El horror siempre es ajeno hasta que es el propio.

»En el invierno de 1591, supimos que el fuerte Maquegua estaba siendo atacado y pedían refuerzos. Mi yerno, el capitán Pedro de Maluenda, partió en su auxilio con una patrulla de doce soldados. Regresaron sin él. Bastidas entre ellos, sin un solo rasguño y con el título de nuevo corregidor. Fueron a buscarme a mi casa. Cuando llegué donde mi hija, un par

de soldados estaba contándole todo lo que había pasado. Dijeron que lo habían matado en la pelea, que se llevaron su cabeza ensartada en una lanza y dejaron su cuerpo en el suelo como ofrenda a las bestias para su sustento. Mi hija María escuchó todo apretando el crucifijo que colgaba de su cuello desde niña. Al terminar la historia, jaló con fuerza la cruz y cortó la cadena. Es lo que llevo en mi bolsillo desde ese día.»

María Cortés separó la abertura de su basquiña y sacó del bolsillo un crucifijo que puso sobre la mesa. A la respiración del escribano, de la testigo y del juez, se sumó el ruido cristalino que hizo el metal sobre la mesa.

«De Pedro solo volvió al fuerte su caballo sediento y ensangrentado, y con ese animal entró el miedo. No solo a los indios, sino a la traición. Creo que no quise decírmelo, pero desde ese día supe que Bastidas no era de fiar. Y muchos comenzaron a temerle. Perdimos en esa batalla al mejor hombre de la Rica, Pedro de Maluenda, anote usted ahí, joven. No puedo asegurar a manos de quién, pero sí puedo afirmar que habría sido todo distinto con él a cargo. Muy distinto.»

El escribano apuntó con especial cuidado el nombre del capitán, pues percibió sin necesidad de mirar que doña María se dirigía a él y apuntaba con el dedo a sus papeles. La sombra de la mano se proyectaba sobre sus hojas.

«Así las cosas, mi hija María quedó viuda y aún no cumplía los veinte. Alcanzó a tener dos hijos: Pedro y Juan, quienes no recuerdan ni el rostro de su padre. María quiso seguir viviendo en su casa y hacerse cargo de la encomienda de

Pedro, intentó honrar su memoria continuando su tarea. La admiré y la comprendí. Era la esposa del corregidor, no podía agachar la cabeza. Nunca la vi llorar. Se llevó a mi hermana Juana a vivir con ella.

»Los días se hicieron largos. En mi casa era yo quien dirigía las labores del campo, incluso daba las instrucciones para la explotación de los lavaderos de oro; mi segundo marido ya estaba cansado y viejo. Yo tenía que poner orden entre los esclavos y estar encima para que trabajaran los yanaconas. Algunos días Juan amanecía con ganas, entonces pedía que prepararan su caballo y partía a hacer política al centro de la Villa. Ay, ay, cómo odiaba yo esos días. Escuchaba los pasos de los indios en los cerros cercanos, no sabía si eran sus pisadas o las de animales. Viví mirando por encima de mi hombro hasta que ni eso tuvo sentido. Esos días sola en el campo eran eternos. Si no hubiera sido por Catalina, que en las tardes podía sentarse a remendar conmigo, creo que me habría trastornado antes. Mis hijas grandes estaban, como ya le dije, instaladas cerca del fuerte de la Rica a una legua de mi casa, y las pequeñas que vivían conmigo aún eran preocupación y no compañía. Tenían entonces apenas cinco y siete años, señor. Y siguen allá. Las hijas de don Juan Álvarez de Luna son todavía esclavas de los araucanos. Están cautivas, preñadas tal vez de sangre india... Mis niñas pequeñas.»

El escribano sintió la mirada de María sobre su frente y levantó la vista. Vio las arrugas en el ceño de la testigo, una rabia marcada a fuego entre sus cejas. María vio a un joven que podría desposar a una de esas hijas, sentado ahí en Santiago, bien vestido, con una pluma en la mano y asustado con solo oír lo que ella estaba contando. Había visto a sus hijas más

pequeñas por última vez al término del sitio, ambas partieron cautivas a otro rehue. Ya habían pasado nueve años.

«Anote ahí Beatriz y Ana Cortés de Luna y súmelas a su lista de cautivas. Las hijas que tuve de mi segundo matrimonio. También apunte a María de Plasencia y Cortés, mi hija mayor. Agréguelas a sus listas de españoles abandonados a su suerte en el sur. ¿Cuántos cautivos quedan? ¿Cuatrocientos? ¿Trescientos? Su gobernador se ha vanagloriado de rescatar a cuarenta cautivas y esclavos estos años, ¡a cuarenta! ¿No les da vergüenza?»

Doña María levantó el mentón y soltó una carcajada burlona hacia el cielo, como si el gobernador estuviera sentado sobre su cabeza. Don Luis Merlo volvió a mover su dedo, esta vez sin levantar la mano de la mesa.

«Mi segundo marido murió en 1597 justo antes de ese maldito verano, si no tal vez habríamos estado en La Imperial con el gobernador Óñez de Loyola; nos habrían llevado a rendir honores y todo habría sido distinto. Pero murió en la siesta tres meses antes de la visita de su excelencia a las tierras del sur. Si gritó, el río no me dejó oírlo porque andaba yo recogiendo unas frutillas silvestres que se dan muy bien en esos lados.

»Ay… cómo llovía ese día. Fue un funeral sencillo. A pesar del oro y la plata de la Villa Rica, nuestras ceremonias eran austeras o tal vez la ostentación de la naturaleza hacía que cualquier cosa se viera algo pobre en la ciudad. Durante el funeral, oí gritos que no conocía, sonidos distintos a lo habitual. *Oí una advertencia en el rugido del trueno, oí diez mil murmullos que nadie escuchaba. Oh… Una epifanía que no fui capaz de abrazar*[2]. Debí haberme largado a Concepción con

todos los míos apenas sentí que sería atroz lo que vendría, mas las mujeres siempre acallamos nuestro instinto con las palabras que nos han dicho los hombres. Esa tarde se me acercó el mulato Beltrán, quien me caía en gracia, a ofrecerme el pésame y aproveché de preguntarle por esos cantos, por esos sonidos, por la extraña sensación que tenía el aire. Él era amigo de los indios y nos explicaba algunas de las costumbres extrañas que tienen. Las sobremesas se alargaban con sus historias más allá de la medianoche. Mi hija María escuchaba muy atenta sus explicaciones sobre la cosmovisión de estos indios; Beltrán le describía las distintas tierras en las que creen: Nag, Miche, algo así, nos contaba por qué no tienen iglesias y decía que sus espíritus benignos y malignos no son tan distintos… El asunto es que cuando traté de calmar mi alma inquieta con sus conocimientos, Beltrán me explicó que esos ruidos podían ser la elección de un nuevo toqui o el regreso de Janequeo. No entendió mi pregunta o tal vez no quiso oírla, no quiso hacérsela a su propia cabeza. No quiso inquietar su alma ¿Sabe usted quién es Janequeo?»

El escribano negó con la cabeza mirando a doña María y Luis Merlo asintió cansado. María Cortés estaba abusando de su paciencia.

«Janequeo es una mujer toqui, o sea, una especie de capitán de Ejército. Decían que los castellanos dirigidos por el coronel Sotomayor mataron a su marido, Güetopaen. Ella combatió hasta vengarlo. La conocí cuando yo estaba cautiva. Oscura, fuerte, orgullosa, una pehuenche. Janequeo habla despacio y sus hombres le obedecen. Susurra arengas y centenares de sus indios se levantan. La vi comandar y retirarse y debo

confesarle que cada vez que la oía recordaba los desprecios de Bastidas hacia mi palabra.»

El juez se impacientó y le recordó a doña María que el objetivo de la audiencia era comprender lo que había ocurrido setenta días antes de la caída, en la fecha en que podría haber llegado el capitán Hernández Ortiz de no haberse distraído repoblando Valdivia. Le exigió que se limitara a hablar del asunto.

María Cortés mordisqueó la uña de su pulgar derecho con los dientes de su mandíbula inferior. Pensó en qué rostro tendrían sus niñas pequeñas que ahora eran mujeres, en su hija María aún cautiva, en la última imagen que tenía de ella levantando tímida la mano derecha para despedirla. ¿Qué quedaba setenta días antes? Se le atravesó en la garganta el recuerdo de los que estaban vivos setenta días antes del final y que ya no estaban. Resonaron en sus oídos los gritos de su hermana Juana y los de su hija Isabel y, para tragar ese nudo, siguió hablando de lo que ella quería: algo lejano a esos gritos y a esa sangre.

«Ya se había perdido todo, señor. Y para que lo entienda debo explicarle lo que éramos. La Rica fue fundada dos veces en menos de un siglo, estaba enclavada a los pies de un volcán, a la orilla de un lago y un río. Se le otorgó el título de Villa y luego de ciudad. Teníamos dos minas funcionando, una de oro y otra de plata. La de oro, más antigua, tenía sus lavaderos a unas veinticinco leguas hacia el oriente de la ciudad. El filón de plata era nuevo, pero debe haber muchos que los indios conocen; ellos mismos decían que estábamos sentados arriba de diamantes. Éramos una villa con dos escribanías. Dos. Eso le da una idea del intenso intercambio comercial y político que hubo en la Rica. Y en nuestros campos se procuraba el

mejor jamón y tocino que usted jamás haya visto. ¡Si no había más que avellanas y piñones de esas araucarias por todos lados! Eso y maíz. Dicen que el maíz estaba antes de que llegáramos los castellanos. Había maíz por todos lados.»

El juez se puso de pie. La testigo estaba desafiando sus órdenes sin ningún pudor. María no se inmutó, lo miró sonriente y continuó.

«Otros vecinos plantaron trigo y cebada que se sumaron a las papas, el maíz y los frijoles que eran de los naturales. Teníamos mucha comida a pesar del barro, del frío, de las nevadas. Casi olvido la fábrica de tejas, los monasterios… Perdimos a varios frailes y muchas monjas. Olvido las caras, ¿sabe? En cautiverio, cerraba los ojos por la noche y simulaba una visita al mercado, imaginaba que entraba a la cuadra, que me acercaba al almacén, veía unos puestos donde trocaban lana y mantas por tocino; yo llevaba el tocino. Todo esto con los ojos cerrados. Y veía todo, la ciudad Rica como era antes, las calles, las casas enteras, las ropas más limpias, pero no podía ver las caras. Mi recuerdo llegaba hasta los cuellos, los escotes, no podía recordar los mentones, las barbas, las bocas, menos las narices ni las miradas. Ni siquiera los rostros de mis hijas pequeñas, señor. Setenta días antes de que su capitán rozara nuestro destino, ya no quedaba nada de esas calles ni esas gentes. No quedaba ni mi fe en Dios.»

El escribano puso un punto final y estuvo a un segundo de soltar la pluma en el tintero pensando que María había terminado su relato, pero ella solo quería respirar profundo. Don Luis Merlo seguía escuchando de pie.

«¿Sabe lo que quedaba? Algo de nuestra dignidad. Quedábamos nosotros antes de convertirnos en animales, quedaban mis hijas vírgenes, estaba viva mi Isabel y mi querida criada Catalina. Mi hermana Juana aún no tenía veintiséis lanzazos atravesados en su cuerpo[3]. Quedaban algunas de nuestras construcciones… la iglesia, la empalizada, la casa de mi hija María. Creo que me quedaban en la mente los rostros que ahora he olvidado. ¿Cuántos ducados vale eso? ¿Cuánto castigo debe pasar su capitán o su gobernador para que nos borren los dolores y nos refresquen los recuerdos? A mí me quedaba entonces, hace ya diez años, algo de amor por el rey y por esta aventura. Y me quedaba odio contra los indios. Y ya no queda nada y Juana es ahora una virgen muerta.»

María se puso de pie y miró muy seria al juez.

«Ah… y por si le interesa, setenta días antes quedaban sus testarudos capitanes: Juan de León, Pablo Fernández, Bastidas y un par más. Famélicos y locos, pero estaban vivos y con sus cabezas puestas… todavía.»

El escribano perdió dos frases pensando en alguien sin cabeza y se tocó con la mano izquierda el propio cuello. María no pensaba detenerse, ni sentarse.

«Me he saltado lo importante. Cómo pasamos de la ciudad Rica que prometía ser un baluarte urbano —aquella que imaginó Jerónimo de Alderete— a ser un grupo de caníbales hambrientos encerrados en un fuerte. No fue de un día para otro, mi señor, aunque así se siente hoy. Es importante que le diga esto porque luego la historia se resume en un par de

frases. Y los compendios son injustos. Escribirán el número de muertos, las decenas de casas arrasadas, el número de soldados por bando, las rutas elegidas y no hablarán de niños mutilados, de mujeres ultrajadas, ni del hambre ni del polvo que taponea las narices. Ni de lo pegajosa que es la sangre. Dibujarán un mapa del territorio, mas no nuestros rostros. Escribirán: hubo una guerra. Dirán: la derrota de la Rica y olvidarán lo que es el dolor, el hambre, los gritos, los olores, el miedo, la orfandad, el ver morir a los hijos. Olvidarán que lo que duele es una muerte, una sola o dos, las que tocan de cerca. Nadie relatará cómo cuelga un brazo que ha recibido el disparo de un arcabuz, o cómo se ve un soldado caminando con una flecha clavada en un ojo. Nadie describirá cómo huelen los muertos cuando pasan un año desenterrados. Menos contarán lo que le hicimos a los naturales, a cuántos les cortamos un pie para que no huyeran, a cuántas de esas mujeres violaron nuestros soldados, nuestros hombres españoles, como si fueran animales frente a las narices de sus propias esposas. ¿Quién escribirá sobre los quejidos que hace un hombre cuando lleva tres días sentado en una pica? Recordarán las estrategias de caballería, repetirán los nombres de capitanes que murieron sin rendirse y sabrán cómo nos vencieron en este rincón del mundo. Dirán que nuestra causa fue heroica, su eminencia, y la verdad es que fue patética. Patética y cruel. Patética, cruel y absurda.»

El juez golpeteó la mesa con impaciencia, María hizo caso omiso y siguió con su relato.

«Como ya le dije, lo presentí en el funeral de mi marido al escuchar esos cantos distintos, esos cantos que se golpean contra los cerros y retumban aquí adentro sin sonar.»

El escribano observó de reojo cómo doña María se golpeaba el pecho con la palma abierta y notó que la mujer no llevaba ni rosario ni crucifijo y que su edad se notaba más en su cuello que en su rostro.

El juez Merlo sin levantar la voz dijo basta.

El hambre había acelerado su impaciencia. Necesitaba comer, tomar su siesta y dejar de ver a María Cortés al menos por un día.

Día tres

Testimonio de doña Inés de Paz, madre del capitán Álvaro Rodríguez, quien la rescató a ella y a otros cautivos en 1606. Viuda del encomendero Manuel Rodríguez y de don Pedro González de Aguilera.

«Me dijeron que nací en 1550, señor, llegué al reino de Chile a los veinte años y un año después nació mi primer hijo. Estuve en la Rica hasta su caída... Me dicen que aquello ocurrió en febrero de 1602, ¿es así?... Señor, le ruego me perdone, siempre he sido muy mala para recordar fechas, se me desordenan los días en circunstancias habituales... Imaginará usted que mi recopilación de estos hechos no tendrá precisión alguna.»

El juez interrumpió a la testigo para aclarar que necesitaba una noción general de las circunstancias poco antes de la caída final y así dimensionar lo que pudo haber rescatado el capitán Hernández de haber socorrido a los vecinos de la Villa.

Inés juntó las manos sobre su regazo cruzando los dedos y estirando las arrugas del dorso con la punta de ellos. Observaba ella misma su gesto nervioso con la cabeza gacha. El escribano asumió que la testigo estaba ordenando sus memorias,

pero Inés miraba las manchas cafés de sus manos y trataba de recordar cuándo habían aparecido y, al mismo tiempo, encontrar una buena explicación para el estado de su mente. Habló sin levantar la cabeza.

«Ya sé cómo explicarle lo que ocurre, señor juez. Estos días en que estoy aún más vieja, amanezco con la vista nublada. Como si las lágrimas que me faltan en el día, se me acumularan durante la noche. Pasan a veces dos horas, tres, y todavía me cuesta ver. Una neblina acuosa que no logra transformarse en lágrimas se pone entre mí y todas las cosas. Camino a la cocina y es como si un vapor cubriera todo. Debo avanzar tocando los muebles… Me cuesta ver el borde de las tazas para preparar el mate. Esa es la sensación que tengo de todos esos años del sitio. Todos los recuerdos están bajo una superficie algo turbia. Nada tiene bordes definidos. Es como si los objetos se fundieran entre ellos, como si las ventanas quisieran unirse a las puertas y las cucharas estuvieran mezclándose con los mesones. Me aterra ser injusta; mi testimonio puede fallar y rozar a las personas equivocadas. Es muy peligroso recordar, señor. Y es siempre injusto. ¿Conoce usted alguna memoria que no esté como carreta mal estibada? Recuerdo conversar con mi hermana María, María de Paz, antes de que desapareciera. Habíamos vivido juntas nuestra infancia y, cuando hablábamos, parecía ser que ella hubiera sido hija de otros señores. Después de esas conversaciones le tomé miedo a contar mis recuerdos. Es un acto cruel. Es como el vino, supongo. Envejece en una vasija y usted puede concentrarse en la borra de ese vino, en su textura o en su dulzura. Disculpe, eso no tiene sentido, me estoy explicando mal… Vea, usted: mi hermana recordaba a mi padre como un hombre gracioso,

divertido y dulce. En mis recuerdos, no guardo ni una sola sonrisa de él. Mas le creo a ella, no a mí. Tiene que haber sonreído, ¿no? Tiene que haber hablado. Mas para mí solo hay silencio, distancia; recuerdo apenas su rostro y, cuando lo hago, lo veo ausente, siempre con su cabeza en otro lugar… Me refiero a sus pensamientos. Escarbando sus uñas, arrancando los padrastros de sus dedos, con su alma lejana, con la mirada perdida. Soy la hija mayor y eso puede teñir todo del color equivocado.

»¿Me explico bien, señor juez? Imagine que estuviéramos aquí juzgando la figura de mi padre. Y ante la ausencia de María, usted contara solo con mi testimonio. Lo condenaría usted por ser un padre frío, distante; pero si la testigo fuera María lo absolvería de todo. ¡Y hablamos del mismo hombre! Por todo ello, doctor, tengo tanto miedo de hablar. ¿Quién puede confiar en su memoria si las personas más importantes ya la han distorsionado?»

¿Por qué las cosas no podían ser más simples?, pensó Merlo. Y trató de tranquilizar a Inés de Paz con un par de frases manidas. Terminó suplicándole que pensara en una fecha, en cualquiera.

«Señor, disculpe usted, la única fecha que podría apuntar con absoluta seguridad fue cuando mi hijo, el capitán Álvaro Rodríguez, partió a Valdivia con su mujer. Había sido nombrado capitán y ese día cumplía veintisiete años. Por ello, sé que partieron un veinte de diciembre. El veinte de diciembre de… 1598. No volví a verlo hasta que llegó a rescatarme. Me dice él que pasaron ocho años. Creí, señor, que habían pasado veinte. Y lo di por muerto cada uno de

esos días. Es importante decirle que mi hijo no estaba en la Villa Rica cuando nos encerramos ahí. Por eso todo se hizo más largo para mí. Fue como si hubiese pasado el doble de mi vida. Cuando uno espera la muerte propia y esta no llega, cada amanecer viene con la obligación de empezar de nuevo. Y vivir cansa, señor.»

Inés de Paz pidió agua, el escribano se levantó a pedirla y, cuando volvió a sentarse, ni el juez ni la testigo se habían movido. Parecían dos muebles arrumbados en un rincón, abandonados hace tiempo por una familia que los usaba mucho. Inés tomó un sorbo, se quedó mirando la jarra sobre la mesa y el escribano tuvo que pedir que continuaran.

«Cuando uno desea la muerte y esta le llega a otros una y otra vez, a otros y no a uno, el tiempo se vuelve aún más lento y más amargo. Debe ser lo mismo que sienten aquellos que buscan fortuna y solo encuentran pobreza, mientras sus vecinos se llenan los bolsillos de oro.»

Inés volvió a quedarse callada y el escribano se puso ansioso. Se levantó de la mesa y susurró algo al oído del juez. Este dio una instrucción demasiado general a la testigo.

«Me indignaban los sonidos que provocaban mi despertar. Imagine usted a un muerto enterrado en el patio de una iglesia, obligado a oír por toda la eternidad los pasos de los fieles que entran a la misa, los saludos de las gentes al salir, los llantos de los deudos de las tumbas vecinas, los besos de los amantes que eligen el cementerio para pecar. El ruido de la vida se colaba entre los maderos de mi casa, traspasaba la

cobertura de barro y clavaba mis oídos sin cesar. Porque a los sonidos del día le seguían los gritos de las lechuzas, la marcha de los guardias, los sollozos de algunas vecinas. Era imposible encerrarse en el propio lecho a morir o a enterrarse en vida. Señor juez, confieso que odiaba todo lo que terminaba con mi ilusión de dormir para siempre, con mi ilusión de estar muerta... Ya fuera eso los cantos de los gallos o los gritos de niños por la tarde… Tenía tan cansados los huesos y el alma.»

Inés hablaba sin levantar la cabeza, con los hombros caídos y la mirada perdida. Ya estaba a salvo, pero parecía que la carga de esos años siguiera sobre su espalda y una nube gris sobre su cabeza. El escribano sintió el frío de julio, como si Inés de Paz acarreara con ella el invierno.

«Cuando mi hijo no volvió, cuando supe que no volvería, empezaron mis… ataques, mis dolores de piel. No sé cómo explicarle; es un llanto que pasa por el pellejo de los brazos, luego sube a la garganta, asfixia un poco y sale con un sabor agrio. Es un llanto que hincha los ojos hasta que los cierra. Esas lágrimas arden en la cara y caen de prisa, no como las otras tristezas. Sabía que vendrían esos ataques porque antes sentía pinchazos en las manos y los antebrazos. Y después de mucho llorar, venía el sueño. Me daban envidia todos los muertos que los otros podían velar y tocar. Y me enfurecían mis vecinas chillonas que podían abrazar a sus hijos fallecidos, que podían enterrarlos, aunque tuvieran que hacerlo al lado de sus casas, y así y todo se quejaban. Se quejaban y tenían mucho más de lo que había tenido yo. Yo… que vi a mi hijo desaparecer en el monte y esfumarse, que no podía llevarle flores a su tumba ni sacarle el jubón ensangrentado.

Yo que tenía que luchar con la incertidumbre diaria: ¿Y si estaba vivo? ¿Y si no tuvo santa sepultura y los pájaros negros, esos grandes, los que llaman jotes, le arrancaban los ojos en ese momento mientras yo lo recordaba sentada en mi solar? ¿Tendría puesta su cabeza? ¡Soñaba con su cuerpo caminando sin cabeza! Me indignaba que la vida continuara sin Álvaro ahí. Caminaban por el pueblo, comían, reían, a pesar de la ausencia de mi único hijo. Me dicen todos que fueron tres años de sitio, señor, y yo no lo creo. Fueron al menos doce o quince. Yo amanecía cada día esperando que anocheciera. Imagine usted.»

Inés dejó de retorcer la piel del dorso de sus manos y levantó la mirada desde ellas a la superficie de la mesa. Miró el reflejo de una lámpara sobre la madera recién lustrada y, sin descruzar los dedos, continuó.

«El capitán Bastidas nos visitaba de vez en cuando. Era un hombre caballeroso y en extremo valiente, señor. Resistió asuntos que habrían doblegado a cualquiera. Un tiempo estuvo sin ir a su casa por asuntos familiares y cenaba con nosotros. Era muy optimista. Al inicio, estaba convencido de que nos liberarían los refuerzos que esperaba con tantas ansias. Comía rápido y sin mucha educación. Sus modales fueron empeorando con el tiempo…»

Inés trataba de recrear en su mente actos que hoy le parecían absurdos. Lluvia, barro, sangre por todos lados y ella dentro de su solar, de pie junto al fuego, sirviendo comida al capitán y a su marido.

«Hacia el final, el capitán Bastidas limpiaba la comida de sus barbas en la manga de su casaca, enterraba el cuchillo en nuestra mesa para explicar lo que haría con los toquis, eructaba y no le preocupaba que nosotros, los dos viejos que lo acompañábamos, no comiéramos. Hablaba de las batallas que pelearía como si relatara un poema épico. Sus palabras me tranquilizaban a veces. Su valor contagiaba a mi marido de esperanza. Y él siempre arriesgaba su vida, prefería morir que ser esclavo. Esa frase repetía. No era de esos capitanes que dan órdenes parapetados. Oh, no, señor. Bastidas arriesgaba su propio pellejo.»

El escribano anotó con entusiasmo inusitado estas alabanzas al fallecido capitán que iba camino a ser considerado un héroe. La mente de Inés de Paz saltó de la boca de Bastidas masticando un trozo de pan a unos pies balanceándose.

«Comíamos con Bastidas cuando supe que se había ahorcado Micaela de Dávalos. Corrí a verla. No éramos amigas, pero fuimos casi todos a mirar. Se cimbraban sus pies aún, su cabeza ladeada se veía serena. Solo sus labios estaban amoratados y sus ojos casi abiertos. Me acerqué a ella cuando las otras mujeres salieron de ese cuartucho a contar la noticia. Toqué sus tobillos, los abracé con cada una de mis manos con la esperanza de que su coraje todavía tibio me traspasara la piel. Pero nací cobarde, señor juez. Ella nunca superó lo que le hicieron esos hombres… Se encerró para no mirar a la cara a sus violadores que andaban libres y uno de ellos golpeaba su puerta en las noches borracho y baboso. Todos oíamos los gritos de Micaela, pero no aceptaba ayuda, se sentía avergonzada. No sé a qué hora sacaba agua, a qué

hora comía, cuándo hacia sus necesidades. Había puesto una cadena en su puerta... ese día no estaba. Imagino que quiso que la enterráramos antes de que se la comieran los ratones. Oré mientras tocaba sus tobillos... pedí al Señor piedad de mi alma, que enviara la muerte sobre mí, o me diera el coraje de Micaela sin mandarme al infierno. Y recé por ella, para que consiguiera el perdón de Dios, para que su infinita misericordia la alcanzara. Lorenza volvió para escupir el cadáver colgante, levantaba su crucifijo como si ese cuerpo inerte fuera a atacarla, insistía con decirme al oído que Micaela se iría al infierno. Yo estaba segura de que Dios la entendería. Recuerdo que miré de nuevo los labios azules de mi vecina muerta, los mismos que entonaban oraciones en la iglesia, los mismos que leían; Micaela fue novicia y había aprendido a leer y escribir en el convento. Rogué para que ese soldado borracho no hubiera sido el que arrancó la cadena. ¿Cómo no íbamos a querer morir, señor juez? Más bien me preguntaba todos los días por qué había tantos que querían vivir. Afrontaban el momento con tantos planes, con extrañas fuerzas, seguían teniendo hijos. Fui una cobarde, no tuve la bravura de Micaela. Pocos la tuvieron.»

El escribano vio que la testigo secaba una lágrima de su mejilla y miraba ahora el reverso de sus muñecas. Inés se preguntaba aún por qué no había cortado sus venas con un cuchillo, si había sentido tantas veces la muerte como una tentación más fuerte que el deseo carnal. Quería creer que la divina gracia del Señor la había mantenido con vida, pero apenas pensaba en esas palabras le parecían ridículas. Levantó la cabeza y mintió.

«Claro, ahora lo agradezco, señor, tengo vivo a mi único hijo, es un capitán de renombre y estoy libre. Agradezco esa cobardía. Me liberó del pecado eterno y del infierno, señor. Y me permitió ver de nuevo a mi Álvaro querido. Doy gracias a su divina majestad, a nuestro creador benigno, claro que sí.»

El juez que escuchaba distraído no dudó en asentir. El escribano no pudo creer nada de lo que acababa de oír, así que omitió las últimas tres frases en su escrito.

«Fuimos una villa que se consideró a sí misma importante, supongo que por el oro, porque éramos el paso hacia el otro lado de la cordillera nevada y porque lográbamos vivir en medio de la selva. Nos considerábamos más importantes de lo que nos pensaban los demás. Siempre esperando que pasaran por nuestras calles las ilustres visitas, que se nos nombrara en las cartas al rey, pero nos evitaban casi todas las caravanas ilustres y las misivas. Quizás eso nos llenó de un orgullo especial, del sentimiento de que éramos superiores a otras ciudades fundadas en la región. Aunque sabíamos que no rentábamos lo esperado, hablábamos de los otros pueblos de modo despectivo en los cabildos y en las cenas; los hombres, mi marido y mi hijo hacían esos comentarios. Qué fácil era ser Valdivia si tienes un río navegable, qué fácil era ser la consentida de La Imperial tan cerca de Concepción y con las regalías de todos. Qué mérito tenía ser Angol, si eras la puerta de entrada al sur y siempre te llegaban refuerzos y recursos. Otra cosa era estar en medio de la cordillera nevada, a los pies de un volcán humeante, rodeados de selva y de indios salvajes, separados del este por un lago innavegable. Nos

creíamos los únicos conquistadores de verdad. Cuando los oía hablar y actuar, me sentía muy orgullosa de mi marido, de mi hijo y también de mí. Sentía que estábamos haciendo algo tan importante y que nuestros sacrificios cotidianos eran parte de una causa valerosa: conquistar tierras inhóspitas para la corona y evangelizar a seres muy alejados de Dios. Nuestra misión era repartir la buena nueva en este rincón inhóspito. Compartíamos con la joven Constanza Ponce y su marido el deseo genuino de acompañar a nuestros indios amigos en su conversión al cristianismo, nos sentábamos a compartir con ellos las parábolas e intentábamos practicar en nuestra vida diaria los mensajes de Jesús. Hasta antes del asedio, mi vida estaba llena de sentido, su señoría. Estaba llena de sentido, de orgullo y de alegrías. Estaba llena de futuro. Ese veinte de diciembre, eso sentía en mi alma. Recuerdo el abrazo de mi Álvaro que repetí tantas veces en mi memoria esos largos años. Me abrazó y dijo, con su dulzura de siempre: Madre, cuídese. Lo vi en su uniforme impecable, con su hermosa mujer a su lado, camino a comprar cosas bellas para nuestra casa. La noche antes le había dictado a mi niño una lista de encargos. Mi hijo aprendió a leer joven, me leía poesías y salmos en voz alta. Alabad al Señor e invocad su nombre, entonadle himnos al son de músicos instrumentos, referid todas sus maravillas… Mire qué curiosa es la memoria. Guardaos de tocar a mis ungidos: no maltratéis a mis profetas. Hizo venir el hambre sobre la tierra, y destruyó todo sustento de pan… Mire usted, qué curiosa es la memoria. Y ese día… mi hijo, que leía salmos en voz alta, se alejó en su caballo, tan gallardo, tan elegante, tan valiente. Me sentí una mujer afortunada, solo me faltaban los nietos.»

Se cruzó por la mente de Inés una imagen extraña, su memoria huía de la lógica del relato. Mujeres bañándose en el lago en la mitad de la noche con sus camisones, ella sumergiendo la cabeza de Álvaro dentro del agua antes de que saliera el sol, tal como indicaba la tradición de San Juan. La búsqueda de la pureza y la limpieza antes del veinticuatro de junio ¿De qué año? Trató de recordar si eso había sido en la Rica ¿Qué edad tenía Álvaro? ¿Debía contar esas cosas al juez? Tal vez eran retazos de algún sueño. Desde el sitio, vivía con la sensación de que las cosas no pasaban en la realidad sino que en una dimensión algo separada, como si ella estuviera a una legua de su propio cuerpo.

Merlo interrumpió su largo silencio con un carraspeo.

«Creo que estuve bien de ánimo algunos meses… Incluso después de quedar bloqueados. Luego vino la partida de mi hermana María, María de Paz. Mi hermana, como le dije, parecía haber nacido de otra madre y otro padre. Nada la abatía. Era muy sociable, le gustaba reunir a grupos de vecinas en su casa. Todo se le hacía fácil, era capaz de hacer pan con poca harina, festines con un solo pato, criar a dos niños con apenas dos sirvientas. Y le fascinaban las…»

Inés miró al juez y al escribano nerviosa. Contagiada de los recuerdos de su hermana, estuvo a punto de hablar sobre el mundo de la brujería, su principal afición. María de Paz no se movía de su casa sin obedecer a sus supersticiones y consultar algún ritual de sus esclavas negras.

«Las historias de los araucanos. Se sabía leyendas sobre las serpientes y el mar, y me decía que había cuevas a nuestro

alrededor donde se reunían brujos y brujas en secreto. Hablaba del Invunche y del Chivato, pero no creía en nada de ello. Solo le hacía gracia. Decía que era poesía.»

Inés pensó si su hermana habría consultado ese mundo sobrenatural antes de huir. Pensó que de seguro había visto en algunas aguas todo lo que pasaría y partió sin decir nada. La tristeza se posó de nuevo en su alma y el escribano se dio cuenta.

«María desapareció luego del primer ataque. Supe por otros que había muerto mi sobrino, porque ella se encerró apenas murió Alonso. A los pocos días, mi cuñado Gonzalo Sánchez llegó a mi casa buscándola desesperado. No me creía. Estaba seguro de que yo sabía algo. Fue muy triste que partiera así, éramos muy cercanas, mi única amistad en ese pueblo, la única familia que me quedaba, y no me dijo nada. Si supo algo no me lo advirtió… Gonzalo me pidió que nos quedáramos con Juan, el hijo menor que María había abandonado. Pero yo ya no tenía fuerzas. Apenas podía con la vida propia. Tal como me lo ordenaba mi marido, intenté aferrarme a la esperanza de que Álvaro estuviera vivo… pero entonces ocurrió lo de Bernardino Álvarez y su relato de Valdivia fue lo que me perturbó. Eso cambió todo. Mi esposo me convenció de que eran invenciones, que no creyera habladurías; pero un día lo arrinconé y le pedí que me dijera la verdad. Sentados en los restos de la iglesia, Bernardino me juró que no quedaba nada de Valdivia, solo pilas de soldados muertos y que los indios vestían ahora con orgullo las chaquetas de nuestros capitanes. Fue entonces cuando empezaron a alargarse los días. Un grupo de mujeres sembraba las calles del pueblo, otras curaban a los soldados enfermos y yo observaba con desgano sus movimientos,

su energía, su irracional vitalidad. Y tenía sueño, mucho sueño. Ya se habían ido todos los indios, creo. Nos quedamos sin sirvientes y yo no tenía fuerzas ni para extrañarlos. Creo que meses después volvieron Gabriel y María. Don Gabriel Villagra y doña María Carrillo. Ella trató de darme esperanzas, la escuché mirando cómo se movían sus labios. Era una mujer de hablar pausado. Y cuando oí el relato sobre el ataque a Valdivia, el sol empezó a moverse muy despacio… Me dijo que se habían llevado también a hombres cautivos; no recordaba a Álvaro, pero creía haberlo visto entre los prisioneros. Entre los vivos. Era una mujer dulce y muy amable. Pensé que solo estaba tratando de calmar a esta pobre vieja. No le creí; seguí convencida de que Álvaro estaba muerto. Así lo sentía en mis entrañas. Lo veía en sueños, en una pila de muertos, entre cuerpos amontonados como carneros, empapado por la lluvia y la sangre de otros. Fue tanto lo que pensé en esa imagen que, si no supiera que está vivo allá afuera, podría asegurarle que lo vi y que lo que relato es un recuerdo.»

El escribano pidió una pausa con su mano izquierda y se acercó al juez. Necesitaba retomar la historia de Villagra y su mujer. No habían oído de ellos antes. ¿Cómo pudieron entrar al sitio? ¿De dónde venían? Sin pensarlo, Merlo repitió esas preguntas a la testigo.

«Fue en una de las venidas de los indios. Creo que era la tercera o cuarta vez que venían a ofrecernos la rendición. Tal vez la quinta. Ay, señor… qué ejercicio peligroso me ha impuesto usted. Los araucanos siempre venían con cautivos que habían tomado en ataques anteriores para mostrarlos como sus trofeos. Yo aún me levantaba y a veces observaba estos intercambios.

Nos escondíamos detrás de lo que quedaba de la casa del Cabildo y otros tras el muro de las casamatas. Cuando no podíamos ver, solo oíamos. Ese día yo escuché. Escuché al toqui ofreciendo rendición a cambio de nuestras vidas. Incluso proponía entregar rehenes a cambio del capitán y de que abandonáramos las tierras. Decían que nos dejarían salir hacia el norte de a pie. Lorenza se puso de rodillas a rezar y no pude escuchar lo que contestó Bastidas. La vieja María le dijo a Lorenza que se callara de una vez para seguir escuchando. Siempre discutían… Se armó un barullo, relincharon los caballos, Bastidas mandó a disparar uno de los cañones y supe que corrieron por el otro lado de la empalizada dos personas hacia nosotros… Doña María Cortés fue con Gonzalo Sánchez a soltar uno de los troncos por abajo, los que corrían desde afuera se lanzaron a la zanja y don Gonzalo y dos soldados los metieron hacia el fuerte. Eran nuestros antiguos vecinos. Salí a mirar…

»Lo primero que les dijo doña María Cortés, antes de saludarlos, darles la bienvenida o dejar que se sentaran, es que se iban a arrepentir de haber entrado al fuerte, que no sabían lo que les esperaba en este lugar loco e inmundo. Luego les preguntó si traían comida. Ambos negaron algo asustados. Creo que no era manera de recibir a un par de recién llegados, debe ser duro arrancar del cautiverio para llegar a un lugar peor y más hostil. Doña María gritó furiosa que ahora teníamos dos bocas más que alimentar. Lorenza le dio una cachetada y ella le contestó con otra. Empezaron a tirarse el pelo. Las separó un soldado. La recién llegada, doña María Carrillo, buscaba con la mirada su solar. Recuerdo eso, sus ojos buscando el pueblo que habían dejado uno o dos años atrás y, viendo las ruinas de todo, el alto de palos quemados. Nos miró luego a nosotros despacio, de arriba abajo, sucios, flacos. Pensé que si

mi hijo estaba vivo, le pasaría lo mismo. Trataría de descubrir en nuestras miradas a sus vecinos de antes. Cuando escuchamos que se retiraba el último indio del cerco, los recién llegados empezaron a contar la historia de Valdivia, lo que habían vivido ese último año. Solo la señora Carrillo habló, porque su esposo dijo que él debía reunirse antes con el corregidor y entregarle solo a él la información. Los militares a veces trataban de esconder asuntos y, con todos tan apiñados y siendo cada vez menos, era difícil. Relató la caída de Valdivia, contó que los habían tomado cautivos a ambos ahí. Confirmó lo que ya sabíamos: éramos los únicos que quedábamos en la región, tal vez nosotros y Osorno. A mí ya no me importaba nada de eso… solo quería saber cómo había muerto mi Álvaro. Esa tarde o al día siguiente tuve la conversación donde la señora Carrillo trató de convencerme que mi hijo podía estar vivo y no lo consiguió… Y siguieron los días, se venían unos después de otros y eran cada vez más largos. Tengo la sensación de que no tuvimos primavera. O nos quemaba el sol y el viento caliente que venía de la cordillera, o estábamos pasados a humedad, barro y frío.

»Mi esposo ya no podía hacerse cargo de su encomienda, por lo que se ofreció para ayudar a Bastidas y sus hombres. Le dieron un puesto de vigilancia y era quien alertaba los ataques en el punto que daba hacia la ribera del Toltén. Varias mujeres hacían ya cuartos y centinelas como si fueran soldados. Cuando veía movimiento araucano fuera, mi esposo gritaba ¡Al arma! y mosqueteros, arcabuceros y piqueros debían correr a sus puestos. En sus últimos días, alucinando en su lecho; apenas crujía una viga o un ave rapaz se posaba sobre nuestro techo, él farfullaba esas palabras: Al arma… al arma.»

Inés de Paz posó sus manos sobre la mesa, recorrió la punta de sus dedos con la mirada, los dobló y continuó hablando con sus puños cerrados.

«Mis deberes consistían en mantener limpio el lugar donde nos metieron —una de las piezas de criadas de Luis de Oviedo—, ayudar a cocinar cuando teníamos comida y llevarle una merienda a mi marido a su lugar de trabajo. Esas escasas tareas me significaban un esfuerzo sobrehumano. Muchas veces dejé a mi marido sin comer y mi turno de cocina abandonado. Mi cuerpo no respondía a mi mente. Le explico esto por si alguna vecina ha venido a quejarse de mi desidia. Dicen la verdad.»

Con suavidad, Luis Merlo le pidió que recordara los meses previos al ataque final y le aclaró que ninguno de los asuntos internos del pueblo eran materia de su investigación.

El escribano pensaba en decenas de preguntas que lo hacían pestañear con inusitada frecuencia. No hizo ninguna.

«La villa de la que me había sentido tan orgullosa, empezó a llenarse de letrinas. Como bien sabe, antes de cercarnos hacíamos nuestras necesidades más lejos de las casas. Al reunir a la población dentro de la empalizada por orden del corregidor, tuvimos que hacer todo ahí. Todos apiñados alrededor de la plaza, de las casamatas, de la iglesia, del hospital. Me costó acostumbrarme al hedor constante de nuestros deshechos. Y después tuvimos que comer verduras plantadas sobre los lugares de esas letrinas. ¿Quién quiere vivir así, señor?

»Los meses antes del ataque final quedábamos muy pocos. Unos treinta quizás, la mayoría mujeres. Sé, creo, me dijeron que varias de ellas tomaron las armas, se sentaron con

confianza en los puestos de los soldados, arrastraron los cañones, levantaron las ballestas. Les costaba, se movían despacio. Cuando digo que levantaban las ballestas me refiero a que lo hacían entre dos o tres. Y quienes participaban en esto comían lo que había. El hambre borra los límites de la moral. Escuchaba a mi cuñado Gonzalo diciendo que para nuestro Dios lo más importante eran nuestras vidas, que su misericordia nos abrazaría en el más allá, que nosotros mismos comíamos del cuerpo de nuestro señor Jesucristo en cada liturgia. Sus argumentos convencieron a la mayoría; supongo... No lo sé, yo no comí por mucho tiempo, eso recuerdo.»

El escribano levantó la mirada y vio cómo Inés de Paz se llevaba el índice derecho a la boca y arrancaba con sus dientes un padrastro. Recién entonces notó que la testigo apenas tenía uñas y que casi todos sus dedos sangraban. Cuando Inés advirtió que la observaba, empuñó sus manos y no volvió a abrirlas.

«Como le decía, esas mujeres al parecer lograron repeler un par de escaramuzas nocturnas. Otras rezaban, oraban el día entero. Ninguna como Lorenza, pero un par la seguían. Desde la muerte del último fraile ella se había hecho cargo de la iglesia. Cuando empezó el hambre le dio por hablar del demonio. Entraba a mi casa con hierbas, con ramos de plantas que no sé de dónde sacaba y las batía en el aire hablando en latín. Cuando Micaela se suicidó, hizo todo lo posible por evitar su entierro. Clamaba para que la dejaran fuera de la empalizada y viéramos cómo se la comían los jotes. Era lo que le estaba ordenando Dios, ella decía que lo escuchaba, que le hablaba y le decía qué hacer... Pobre, había sido una mujer sensata. Señor juez, son mis nublados recuerdos, por

favor usted no olvide eso. Quizá de haber llegado, su capitán hubiese salvado la cabeza de Lorenza.

»Creo que los últimos dos o tres meses, tal vez cuatro, yo no me levanté, señor. El hambre hizo imposible mis movimientos y me dolía demasiado la cabeza. Y como le he relatado, me negué a comer carne... No pude. Pedro, mi marido, Pedro González, cayó enfermo y decidí echarme a morir a su lado. Era muy difícil dormir. Soñábamos despiertos que nuestra cama iba dentro de un galeón rumbo a España, que el lago que oíamos a lo lejos era un mar que se conectaba con nuestra tierra y que navegábamos hacia allá. Pero no nos dejaron morir en paz. La culpa fue de Isabel de Plasencia o de la insistencia de su madre dominante. Iba todos los días y nos obligaba a tomar caldo que, he querido creer, era de hierbas y bridas. Sin ánimo de ofender a nadie, doña María Cortés era quien más furia me provocaba. Pienso que ella nos mandó a su hija. Por más que le rogamos guardar todo el alimento para los jóvenes o los niños, su hija insistió. Apenas podía levantar sus propios huesos y llegaba al oscurecer a nuestro cuarto con un cazo y una cuchara. No se paraba del lado de nuestra cama hasta que habíamos tomado varias cucharadas.

»Esa chica debería estar aquí. Nos salvó la vida. Por favor, no la olviden, Isabel de Plasencia y Cortés. Si hubiera sido hombre, señor juez, le diría que fue nuestro mejor soldado. Cuidó a muchos vecinos sin alardear como su madre, sin dar órdenes ni intentar controlar la vida de los demás. Se preocupaba de nosotros como lo hace una verdadera dama. Estuvo junto a mí hasta el final... Que en paz descanse y Dios la tenga en su misericordia... Perdió a todos sus hijos y se levantó todos los días a trabajar por los demás... Tal vez su madre la obligaba, era tan insistente que parecía capaz de

levantar a los muertos. Creo que murieron seis de sus hijos, algo así. Imagine, usted, qué tragedia.

»Si su capitán hubiera llegado antes, creo que habríamos sido el doble los sobrevivientes y nos habríamos ahorrado el cautiverio que sufrimos... Eso y nada más. Quizá si su capitán hubiera llegado antes, señor, habría huido despavorido de esa jaula de locos.»

Luis Merlo acercó su cabeza hacia la testigo y el escribano dejó la pluma suspendida a riesgo de derramar la gota final. Doña Inés no entendió ninguno de esos gestos. El juez necesitó ser explícito: ¿a qué se refería con jaula de locos?

«¿Vale la pena recordar eso? ¿Servirá para castigar a nuestros salvadores que nunca llegaron? Preferiría no hablar más, señor. Es muy alto el riesgo de confundir mis sueños, mis pesadillas, con los eventos reales. Viví esos diez años... perdón, tres... en un estado somnoliento: no sé si vi los hechos que vi cuando estaba despierta o cuando estaba en las oscuridades de mis sueños. ¿Soñé con que usábamos pedazos de humanos todavía vivos para cazar perros o lo hicimos? ¿Alguien le ha contado eso? ¿Vi caminar a un soldado con flechas en sus ojos? ¿Arrastré a niños heridos para después comprobar que estaban muertos? ¿Fui yo, señor? ¿Vi a tres de los nuestros violar con furia a una de nuestras más ilustres vecinas y salir impunes? ¿Despedazamos con cañoncillos a decenas de indios? ¿Fueron mis ojos los que presenciaron cómo los servidores de la corona faenaban el cuerpo de un araucano en la plaza, como si hubieran cazado un jabalí para luego devorarlo, o mis ojos estaban ya cerrados?

Don Luis Merlo estuvo a punto de abrir la boca.

«Le ruego por la virgen santísima que no me diga la verdad. No quiero saberla. Quiero creer que dormí desde que creí muerto a mi hijo hasta que lo vi de nuevo. Mis oraciones piden eso. Le ruego no me fuerce a recordar nada más, que mi único empeño ha sido olvidarlo todo. Por lo que más quiera, se lo suplico...»

El juez no supo qué hacer. Se puso de pie y agradeció a doña Inés de Paz su esfuerzo. El escribano puso un punto y firmó la hoja. Ambos necesitarían volver a escuchar a María Cortés.

Día cuatro

Retoma su testimonio doña María Cortés de Rueda, criolla, hija del conquistador Leonardo Cortés y viuda de Juan Lázaro de Plasencia y Juan Álvarez de Luna.

Merlo entró a la sala y María Cortés de Rueda ya estaba sentada. El escribano se puso de pie y ella apenas agitó el mentón. Un gesto que el escribano interpretó como reverencia y el juez como un desprecio.

El doctor reiteró que el interés de la audiencia era comprender lo que pudo ser rescatado setenta días antes de la caída final. Una vez más, María contó la historia que ella quería.

«Este desastre comenzó cuando, pasado el día de la Natividad y poco antes de Día de Reyes, un mensajero llegó con la noticia de la muerte del gobernador en Curalaba. Entonces, se vinieron al suelo todas las esperanzas que habíamos puesto en ese viaje y cayó encima del pueblo una nube gris oscura que no nos abandonó más. De esas nubes que pesan, que no despejan ni el sueño de horas y horas. De esas que quitan el habla y dejan las calles llenas de silencios y caminares lentos. ¿Por qué? Porque esperábamos que Óñez de Loyola consiguiera refuerzos, más soldados para detener las escaramuzas de los

naturales. Vimos en él, por primera vez, a una autoridad central convencida de que sin fortalecer el sur la conquista estaba perdida. Sentimos que alguien creía en la necesidad de un real situado que alcanzara a nuestra comarca. Llegaban de La Imperial rumores de que al fin no necesitaríamos misivas exageradas para el rey, cantos agónicos, gritos desesperados en pluma fina para que alguien supiera de nosotros. Eso creímos, eso oímos, eso imaginamos de su viaje. Pensamos que era el fin del olvido y del abandono... Y se acabó todo en lo que demora una espada en atravesar un pescuezo. ¿Ha visto usted cuánto tiempo toma eso, su excelencia?»

María se puso de pie y actuó como si empujara una espada en el cuello del escribano, quien apenas levantó la cabeza y alcanzó a tragar. Esta vez llevaba su trenza cruzada sobre la cabeza como un cintillo y sus uñas estaban limpias.

«Como se ha relatado ya, esos toquis los emboscaron y pusieron la cabeza del representante del Rey en una lanza. Cuando estuve cautiva vi cómo tomaban mudai en ese cráneo seco. Era su trofeo de guerra. La cabeza del Óñez de Loyola, donde pusimos nuestras esperanzas de futuro, sirvió de cáliz al enemigo. Nuestro capitán Bastidas y también Chavarri —igual que Beltrán— confiaron en las buenas relaciones que tenían con Curimanque, el jefe de los indios más cercanos. Habían sido buenas, eran buenas, sí, es cierto. Confiaron en que los indios nos odiaban menos que al resto porque los habíamos dejado trabajar y volver a sus aldeas, no les habíamos cortado el pie y se había prohibido la violación de sus mujeres. Eso les hizo pensar que nos tenían algo de estima. Nuestros capitanes creyeron además que, así como los castellanos

se olvidaban de la Rica, se olvidarían también de nosotros los purenes. Qué ingenuos. Yo sabía que no era cierto, lo había visto en las miradas. Había pocos cristianos entre los araucanos de ahí. Una de mis criadas entendía lo que yo decía, pero se negó a pronunciar palabra en castellano. Su antigua patrona le había quemado la cara con el fierro de la chimenea para que hablara bien nuestra lengua y el remedio fue peor que la enfermedad. Así es con ellos. Crees que los vas a disuadir aterrándolos y, en vez de miedo, les sale una fuerza sobrenatural desde dentro. Y te devuelven el doble de lo que les has hecho, sea lo que sea. La hermana de esa criada, Rosa, me dijo que podía quemarle el cuerpo entero y no la convencería: le creí. Bastaba verle los labios deformados por la marca que le atravesó la boca formándole para siempre una cruz de silencio. Yo la oía hablar, eso sí, con los suyos y en su lengua, y jamás me bajó la vista. Siempre me miraba tan fijo a los ojos que temía que viera dentro mío algo que ni yo conocía.»

Merlo respiraba profundo. Le quedaba solo una testigo joven como posible testimonio entre las mujeres. El resto eran encomenderos o militares que vendrían a exagerar sus servicios para obtener beneficios de la corona. Soportar la historia de María parecía ser su única alternativa.

«Fui con tres vecinos a pedirle al capitán Bastidas que hiciéramos las cosas de otra manera. Una y otra vez, Bastidas no escuchó. En vez de oír, parecía mirar mis palabras con desprecio. Incluso lo confieso aquí y espero no sea delito, que después envié a mi criada Catalina a seducir a Bastidas para pasarle mis mensajes luego de encamarlo. Los hombres abren los oídos después de eso. Mis disculpas por ser cruda, pero es

la verdad y ya estoy vieja para andar con cuentos. El sexo les despeja la mente a los hombres, debe ser el único momento en que nos toman en serio. Yo quería convencerlo de que sacara al menos a las mujeres y a los niños del pueblo, que nos mandara custodiados a Valdivia. Dijo que despoblar la Rica era como darse por vencidos. No solo quería que siguiéramos todos ahí, sino que nos multiplicáramos. Le pidió a sus soldados que se acostaran con las esclavas negras y las indias; creía que aumentando la población aseguraríamos el futuro. Las únicas medidas serias que tomó después de lo de Curalaba fue sacarnos a todos de los campos y concentrarnos en la ciudad. Quedé alojada en la casa de mi hija María y mis criadas y esclavas en sus caballerizas. Encargó al capitán Chavarri el acopio de alimento y empezaron a construir una empalizada alrededor del pueblo. Dijo que había mandado un emisario pidiendo refuerzos al gobernador Vizcarra. Todos sabíamos que cruzar la zona de Purén era muy difícil y que, si se lograba, nadie bajaría al sur hasta pasado el invierno. Faltaban muchos días y demasiadas noches.

»Un primer triunfo los hizo confiarse. Los hombres ya nacen con más confianza de la necesaria, con todo respeto a los presentes, y en la guerra ese mal masculino se exacerba. El toqui Curimanque, que era como el maestre de campo de los indios que nos rodeaban, le dijo al mulato Beltrán el lugar y el sitio de su primera junta de guerra. Una reunión que harían distintos rehues de la zona para decidir si unirse o no contra nosotros bajo el mando de los toquis innombrables… los purenes esos. Le contó todo al mulato, porque Curimanque se había hecho cristiano, más cristiano que todos nosotros juntos. A mí solo me quedó en la cabeza un nombre que me atrevo a repetir y que no olvidaré jamás: Guerecacho. Lo supimos

primero como rumor, luego con certeza, que Guerecacho era el enviado de Pel… usted sabe, del toqui purenino.

»Viajó desde allá con una lanza ensangrentada. Desde ellos trajo hacia nosotros la lanza que empujaba los vientos del desastre, la estela de la destrucción y la muerte. Esa lanza vino cabalgando sobre un jovenzuelo que conocí después, flaco, bajo, insignificante. Viajaron con él hacia la Rica todas las almas de los guerreros que habían perdido, que perderían y también de los que ya nos habían matado. Todo concentrado en esa sangre que manchó su lanza e imagino que sus ropas. Supongo que era la sangre del gobernador[4]. Guerecacho. Su nombre se repetía cuando en cautiverio oía las leyendas de la victoria, se las repiten a sus hijos, así como nosotros hablamos de Ulises, su señor, o de las victorias de Flandes. Solo que nosotros ahora somos los vencidos, los troyanos arrasados, destripados… las violadas… los abandonados por los dioses.»

Luis Merlo carraspeó una vez más. Le recordó a doña María Cortés de Rueda —pronunciando su nombre completo y con cuidado— que las fábulas de los araucanos no le interesaban, que fuera al grano de una vez.

«No son fábulas, señor. Es lo que pasó. Es lo que vimos, libres y cautivos. Como le decía, Curimanque traicionó a los suyos y le contó a Beltrán lo de Guerecacho y lo de la junta de toquis de nuestra zona. Beltrán le contó a Bastidas. Un tercio creímos que todo era una trampa. Bastidas organizó una escaramuza nocturna con dos patrullas y dejó al capitán Chavarri con nosotros en la cuadra de Luis de Oviedo. Como ya le dije, tuvimos que abandonar nuestros hogares con lo puesto, dejar los campos desprotegidos, botar el trabajo de años y

apiñarnos como ganado en las iglesias y las casas del pueblo. La patrulla volvió a la mañana siguiente con Curimanque, dos bajas y llenos de sangre. Atacaron a los indios justo al inicio de su reunión. Dijeron que habían matado a doscientos araucanos y a todos los jefes de la zona. La mitad del pueblo creyó que el peligro había pasado, a esos se les sumó la mitad de la otra mitad cuando llegaron algunos de los naturales más cercanos a pedir misericordia y prometer la paz. Nuestros capitanes y el corregidor estaban entre los que así pensaron. Yo miré a los ojos a mi criada marcada en la boca y supe que todo se pondría peor.

»Vinieron esos días de calma que aprendí a aborrecer. Mientras más días tranquilos pasaban, la embestida que venía era peor. Lo intuí y luego lo aprendí. Como se aprenden los ciclos de la cosecha, de las estaciones, del puerperio. Esa calma donde pretendíamos volver a la vida común, pero nos acompañaba una música de la que no podíamos escapar: en el día, los golpes del trabajo de la empalizada; un muro que se levantaba a nuestro alrededor. No lo sabíamos entonces, pero era la prisión en la que estaríamos por tres años.»

María golpeó la mesa con su puño despacio pero constante, imitando los martillazos en los troncos. Una y otra vez, mientras seguía hablando.

«Construíamos nuestro propio encierro. Ese era el sonido del día y... cuando oscurecía, en las noches, el sonido de las... unos pitos que llaman.... ay, no lo recuerdo... ¿pilfinas?, ¿tutucas? ¿Kull kull? ¿Sabe de qué hablo, su señoría? Flautas hechas con los huesos de las canillas de nuestros soldados. *Por ahí contaban que las canillas aún vivos les sacaron y con ellas*

hacían trompas y cornetas, pifanos, pitos, flautas y trompetas[5]. Así nos dormíamos, o tratábamos de dormir, oyendo como pasaba el aire por esos huesos, escuchando cómo sonaban los restos de nuestros muertos. Imaginaba que quizás un día entonarían música con mis piernas. Y nuestras opciones, don Luis, eran esas: huir hacia esas canillas que silbaban o pudrirnos adentro de esa empalizada. La decisión la tomó el capitán Bastidas por todos nosotros después de lo que ocurrió con María de Paz.»

María pidió agua y el escribano dejó de apuntar. Desde que la testigo mencionó la palabra «canillas» no pudo evitar la escritura temblorosa y una sensación helada que le recorrió el antebrazo. María tenía sed y él arcadas. Luis Merlo estaba callado y algo molesto, lo habría tranquilizado que doña María llorara.

«María de Paz fue la primera cautiva. Sé que eso contaron. No fue así. Fue la primera que huyó. Mataron a su hijo en la primera embestida y ella aprovechó la noche y el pedazo de empalizada incompleto. Prefirió huir hacia esa música antes de recordar a su Alonso sangrando. Sabia mujer.»

El escribano levantó la vista y miró a don Luis Merlo. Le susurró que aún no hablaban de la primera embestida, el juez negó con la cabeza, pero Doña María escuchó y ordenó la historia.

«La primera embestida... a eso voy. Estoy hablando señor del inicio del asedio, de 1599, hace ya once, doce años...»

María Cortés de Rueda pasó su mano por la mesa como si tratara de ordenar sus recuerdos, como se hace con la baraja

de naipes. Nadie se atrevió a interrumpir sus pensamientos, el escribano no levantó la vista de sus hojas.

«¿Dije ya que los indios vinieron a pedir misericordia? ¿Que algunos les creyeron? Después de esos malditos días tranquilos y de noches silbadas con huesos, aparecieron cuando menos los esperábamos: a plena luz del día. Algunas mujeres sacaban agua, otras lavaban ropa en la fuente central, la mayoría estaba en sus cocinas, los niños corrían en las calles, los soldados ajustaban el herraje de sus caballos y la guardia estaba apoyada en los palos con el rostro hacia el sol masticando charqui.»

El grito de un aguatero interrumpió por un segundo el recuerdo de esa mañana.

«Yo estaba remendando, viviendo ya en la casa de mi hija María. Estaba sola con mis hijas más pequeñas, Ana y Beatriz. Escuché algo parecido a los rugidos del volcán que una vez oí, recordé las historias de terremotos que contaba una criada que tuve en La Imperial y vi que el piso de la cocina levantaba polvo sin que yo me moviera. Se interrumpió la luz que entraba por las ventanas, una y otra vez, y otra y otra. Eran miles, miles y a caballo, cientos. Más de siete mil, dijo después Bastidas. Me escondí abrazada a Beatriz y Ana adentro de un agujero donde se guardaba el grano. Se nos sumaron Catalina, mi criada, y mi hermana Juana. Aylén, la de la boca en cruz y sin nombre cristiano, porque nunca respondió a él, siguió moliendo maíz como si fuera sorda y ciega. Se oían los gritos y a veces el sonido de las espadas atravesando un cuerpo. Es un sonido grave que empecé a distinguir ese día, un ruido mojado y solo a veces lo apagaba un grito. Para silenciar los

sollozos de mis hijas, las apreté tanto que cuando todo hubo pasado pensé que las había asfixiado yo misma, pero solo se habían desmayado. Las tendí en el agujero y aparté las mantas que las cubrían. Antes de salir, me aseguré de solo escuchar voces castellanas. A Aylén le habían tirado lejos el *num kudi*, así llaman a lo que usan para moler grano, se habían ido sin tocarle un pelo y ella me miraba con lo que pudo ser una sonrisa. Entonces escuché llantos de hombre afuera.

»Salí y vi lo que había pasado. A los pies de mi puerta había un indio sin cara, el disparo de un arcabuz le había volado el rostro. Me llamó la atención que una de sus orejas estaba intacta, era lo único que le quedaba. Todavía tenía en la mano la macana que no alcanzó a usar. Por un segundo creí que respiraba y di un paso atrás. Más allá, un soldado nuestro caminaba con una flecha atravesada en el muslo, era el que lloraba, Chavarri le gritaba que no se la sacara. Vi a Constanza Ponce con su vestido rasgado y orinada encima. Gritaba: me salvé, me salvé. Imagino que trataron de llevársela. Pensé que lo bueno de ser vieja era que no me llevarían de cautiva a ningún lado. Caminé hacia el pozo para ayudar a un grupo que intentaba apagar el fuego de varias casas. Se rendían en la mayoría y pasaban a la siguiente. Eché una mirada para asegurarme que, donde estaban mis niñas, no había fuego. Entonces, vi a Alonso en brazos de María de Paz, una flecha le había atravesado el corazón. Ella lo llevaba en andas hacia no sé dónde. En medio del ataque, la mayoría del pueblo había corrido a refugiarse en el fuerte, pero ella caminaba en dirección contraria, hacia el lago. Traté de hablarle y no me escuchó. Alonso tenía ya ocho años, era de mucha ayuda, iba a ser un joven gracioso porque le gustaba hacer bromas. Una vez estábamos haciendo pan y sin que nos diéramos cuenta,

fue metiendo pequeñas piedras en los bollos, su padre casi perdió un diente esa noche y él recibió una buena zurra porque, como era niño bueno, confesó.

»Seguí con cuatro mujeres lanzando baldes de agua a las paredes, mientras con la mirada buscaba a los míos entre la gente. Los techos los perdimos casi todos. Unas tirábamos agua, otras intentaban sacar la comida, algo de ropa, salvamos bastante. Llevé a los niños que estaban solos a la iglesia. El ataque los pilló a todos en sus tareas diarias, en medio de la última mañana que salimos con algo de confianza a creer que la vida continuaba como antes. Muchos de esos niños se quedaron sin padre y sin madre ese mismo día. En el camino, vi a mi hermano Rodrigo caminando con el vientre empapado en sangre y la vista pegada en los cielos. No pude acercarme. No sé por qué. Solo cruzamos miradas. La próxima vez que lo vi estaba dentro del cajón poco antes de su funeral.»

El escribano miró sorprendido a María. Hablaba de las muertes cercanas igual que su abuela, soltándolas al pasar, como si así pesaran menos las ausencias.

«Volví a la casa de mi hija María, y me encontré con Ana y Beatriz llorando abrazadas a ella. Juan y Pedro, sus hijos, mis nietos, estaban sanos y salvos allí también. Ninguna sabía de mi Isabel, ni de sus hijos. Y yo no había querido ni recordar a Francisco. En el pueblo me dijeron que estaba ayudando a algunas mujeres a almacenar alimentos cuando empezó el ataque. Como creo que le dije, Bastidas le había encargado a Chavarri el acopio después de su ataque a los indios. Lo que quiere decir que, en el fondo no estaba tan tranquilo. Partí al fuerte, estaban juntando sacos de granos en las casamatas

de la guarnición cuando vino el ataque. Recuerdo que recé. Recé durante todos los pasos que había desde la cuadra de mi hija hasta el fuerte. Recé avemarías, un rosario, y algunos padrenuestros. Al acercarme, vi que estaban amontonando cadáveres en una carreta, divisé unos faldillines del color que llevaba Isabel. Seguí rezando en voz alta, más fuerte, hasta que pude tocar el pie de la muerta. Cuando iba a tirarlo para ver su cara, escuché a Isabel. Su voz diciendo madre sonaba como el primer grito que le oí, como si estuviera naciendo de nuevo. Solté el pie de esa mujer, no recuerdo quién era, no sé si supe quién era, no me importó quién era. Mientras abrazaba a mi hija Isabel, que estaba a punto de parir su sexto hijo, descubrí qué era lo peor de la guerra. Es que te alegras de que los muertos sean de otros. No solo del enemigo, si no de los tuyos propios. Te alegra que el muerto sea el de al lado. Te hace feliz que el muerto sea tu vecino, te pones feliz, muy feliz… Pero esa tarde me enteré de que había perdido a todos mis hermanos: el capitán García Cortés, Pedro y Rodrigo…»

María apoyó la cabeza entre sus manos. Respiraba como si hubiera vuelto a caminar esas cuadras desde el solar donde vivía hasta el fuerte. No alcanzó a nombrar entre los muertos a su hijo Francisco, su único hijo hombre. No quiso. No contaría esa parte de la historia, no podía, no lo haría. Luis Merlo tuvo la esperanza de que lloraría; en cambio, ella levantó la cara y habló.

«Estoy cansada.»

Día cinco

Continúa el testimonio de doña María Cortés de Rueda, o María Zapata, sobre lo que pudo salvarse en la Rica de haber asistido a tiempo el capitán Hernández de Ortiz.

María Cortés de Rueda entró a la sala cuando el juez y el escribano ya estaban en sus puestos. Movió la cabeza a modo de saludo. Por primera vez, llevaba cubierto su tocado con un velo. El escribano notó que usaba la misma ropa del día anterior y que sus ojos estaban hinchados. Durante unos minutos, nadie habló. Acostumbrado a la ansiedad de la señora, el juez no había preguntado nada. Esta vez, el escribano revisó sus notas y susurró el punto en el que había interrumpido la historia.

«Al traidor Curimanque, lo reemplazó el toqui Cumiñanco. El mulato Beltrán me contó que eso significa cóndor rojo en lengua india. Él mandó ese ataque que mató a mis hermanos y a...»

María Cortés cerró los ojos, le dolía la cabeza. Se había propuesto dejar fuera de este caso el recuerdo sagrado de su hijo Francisco. Hay asuntos sobre los que no se habla jamás. Fijó

los ojos en el juez y trató de recordar la mirada de Bastidas. Llenar su alma de rabia le devolvería la fuerza.

«...Y a Alonso, el hijo de María de Paz. Ese ataque fue la venganza por nuestra embestida nocturna a su junta de guerra. Creo que quisieron destruirlo todo y matarnos, pero en la plaza y en la entrada del cuartel general, Bastidas organizó grupos de choque. Al menos eso era lo que los mismos capitanes contaban después. La mayoría de los que escuchábamos sus palabras, estábamos escondidos en el momento del ataque o corrían buscando refugio. Y sus propios soldados no iban a contradecirlo. Lo que se veía como resultado era un triste desastre. La mitad del pueblo fue destruido, pisotearon nuestra comida, algunas de las mejores casas estaban quemadas, teníamos decenas de heridos y varios muertos. Y nada de eso era lo peor. Los indios no se habían ido, los veíamos dando vuelta a menos de media legua del fuerte. Varios sobre sus caballos, otros sentados conversando y riendo entre ellos, a veces gritaban o cantaban. Sus gritos sonaban como cantos gregorianos, a veces. ¿O será mi memoria retorcida? ¿La misma que ahora no puede ver esas caras?»

Merlo sin siquiera mirarla le pidió que contara lo importante. El escribano vio que María esbozaba una sonrisa de alivio. Al fin se estaba enojando.

«Nos sitiaron. Durante tres días y tres noches rodearon la empalizada e intentaron escalarla por distintos puntos. Hasta los hombres que no eran militares, los encomenderos, los escribanos, repelieron esos intentos. Un par de mujeres también,

entre ellas mi Catalina, quien acarreaba el agua caliente para que le lanzaran a los intrusos. Resultó que el indio sin rostro del ataque era Curimanque, habíamos perdido al fraile dominicano, al pequeño Alonso, a un par de criadas que se llevaron vivas, siete soldados muertos más otros vecinos que yo no conocía... mis hermanos, como le dije ya, varios de ellos, y quedamos llenos de heridos. El capitán Bastidas decretó que había sido una victoria. Era una victoria, según él, porque había más araucanos que castellanos muertos. Habló de esto mientras escuchábamos los cantos de guerra a pasos de la empalizada. Veíamos con nuestros ojos que los indios nos triplicaban en número y Bastidas creía que acababa de ganar una batalla. ¡Señor! En ese momento, supe que el futuro se venía oscuro. Acabábamos de recibir la peor noticia: nuestros vecinos que habían venido a pedir la paz, nos harían la guerra. Estaban todos unidos. Los inquietos espíritus purenes ya estaban con nosotros. Era el fin. Y Bastidas no lo veía. La soberbia en el que se supone un líder siempre termina con la muerte de los que lo siguen. ¿No estamos llenos de historias así?

»Esos tres días de cerco me encerré con mis hijas pequeñas y mis nietos Maluenda en el agujero del grano, noche y día. En algunos momentos, salíamos a estirar un poco las piernas dentro de la casa y María y yo cavábamos el agujero más profundo, agrandábamos nuestro encierro dentro del encierro. Los indios cada tanto cabalgaban en grupo hacia la empalizada y luego retrocedían. Un día me atreví a mirarlos por una abertura del muro. Eran cientos y cada uno tenía un caballo. Varios llevaban la cabeza rapada y cubierta con algo parecido a las cenizas. Y todos tenían caballo y armadura, nuestros caballos y nuestras armaduras. Confirmé mis sospechas. No

nos enfrentábamos a bárbaros sino a un ejército numeroso, preparado y hábil. El mulato me lo dijo una noche que vino a vigilar cómo estábamos. Tomando su mate me contó que, durante el gobierno de Óñez de Loyola, cuando creímos que la paz se acercaba, lo que estaban haciendo ellos, los indios, en silencio y en medio de los bosques, era rearmarse. Se alejaron de nosotros, los españoles, para huir de la viruela que se había llevado al primer hijo de Isabel, y por mientras… transformaron en punta de lanza todo el hierro que nuestro gobernador les había dado para conseguir la paz. Qué ingenuos fuimos... Su señoría, tendría que verlos. Los indios conocieron el caballo después de nosotros y lo manejan sin riendas, sin silla, con una lanza en una mano y una macana en la otra. Me intrigaba saber por qué no entraban y nos mataban a todos de una vez. María, mi hija mayor, me dijo algo que resultó ser tan cierto: No quieren matarnos, madre, quieren volvernos locos. Qué sabias frases. Qué ciertas. Esa vez, al tercer día, desaparecieron en la selva.

»Aproveché la aparente calma que vino después para tratar de convencer a Bastidas, una vez más, de que nos dejara partir a mujeres y niños hacia Valdivia, Osorno o Concepción. Me dijo que el lugar más seguro era dentro del fuerte, insistió en que lo estaba reforzando y que lo convertiría en una coraza inexpugnable. Oh, las ironías de la vida. Relató su plan para los próximos días. Hablaba caminando hacia mí, obligándome a abandonar el cuartucho desde donde mandaba a todos. En esos pasos, me anunció que dejaría a todos los civiles dentro del fuerte y pondría fuera de la empalizada a los indios de servicio como cerco humano. Pensé que había oído mal, así que acerqué mi cabeza a su persona, no me repitió lo que había dicho, solo dijo: escuchó bien, doña María, preocúpese

de sus deberes, confíe en su ejército. Me di vuelta y salí a observar al ejército. A nuestro honorable ejército. La mayoría ya no tenía armadura; fue lo primero que se llevaron los indios. Estaban todos sucios y muchos heridos, varios asustados. Nuestro ejército eran unos cien soldados o algo así, entre los cuales la mitad cojeaba y todos olían pésimo. Me di vuelta y le pregunté al capitán si pensaba mandar como cerco humano también a los niños y a las mujeres indias. Me dijo que se instalarían a vivir allí con toda su familia. No sería justo separarlos. Agregó esa frase con una ironía que le hizo gracia a su guardia y a mí me dio asco.»

María sacudió con desmesura el polvo de su basquiña, golpeó sus muslos varias veces. Nunca podría perdonar a Bastidas, jamás. Era el único culpable de la muerte de su hijo.

«Y así, con el plan de vuestro capitán y la confianza que debíamos al ejército, nos concentraron a todos en el fuerte o lo más cerca del fuerte posible. Mis dos hijas pequeñas y yo nos quedamos en casa de mi hija María que quedaba a veinte varas y dentro de las paredes recién construidas. Nadie se atrevió a movernos. Mientras reforzaban los muros destruidos en el ataque, cientos de indios de servicio, con una lealtad incomprensible, se instalaron por fuera en tiendas, con sus mujeres e hijos y sus escasas pertenencias. Los vi salir. Entre ellos iban mis criadas y la del labio en cruz. Todos se instalaron alrededor de nosotros. Una coraza humana. Ahora pienso: ¿qué hubiera hecho yo como cautiva en esa situación? ¿Por qué no escaparon todos hacia los suyos apenas los instalaron allí como carne de cañón? ¿Por qué nos obedecían en vez de correr hacia su libertad?

»Ocurrió lo que veíamos venir casi todas las mujeres que nos habíamos juntado ese día en la plaza para organizar la distribución de víveres y evitar los robos de nuestros mismos soldados. Unos doscientos naturales salieron de la selva y empezaron la caza de mujeres y niños de los indios amigos. Escuchábamos los gritos de padres y madres. Los llamaban por su nombre cristiano hasta que soltaban el verdadero. Taiel, Maiyén, Millaray, Aukan, Sayen, Aikatu... Mire usted, hay cosas extrañas que mi memoria tiene frescas, los nombres de esos niños... Por unos momentos, nadie hizo nada más que observar y escuchar, hasta que Chavarri reaccionó y mandó a una patrulla a ahuyentar a los atacantes. Reconoció a Diego, uno que había sido indio de paz por un tiempo entre nosotros. Van y vienen... como nosotros. Los arcabuceros lograron liberar a algunos rehenes y rescatar a los que seguían fuera del muro. Las madres corrieron tras sus hijos, yo habría hecho lo mismo. Fue todo un trágico fracaso. Bastidas, una vez más, lo consideró una muestra de las capacidades de sus soldados, que en minoría habían logrado rescatar a la mayoría de los indios de servicio arriesgando sus propias vidas. ¡Por favor! Detrás de una empalizada y con un arcabuz y un par de cañoncillos... igual perdimos a decenas de niños y mujeres.»

María volvió a reírse y don Luis Merlo, con menos paciencia que el día anterior, le dijo que si no iba al grano, al menos dejara de insultar a las fuerzas españolas que habían protegido su vida.

«Con todo respeto, mi vida la protegí yo y algún milagro. Bastidas y sus soldados no tuvieron nada que ver. En las

escaramuzas que siguieron, los indios de servicio que se quedaron, pelearon como si llevaran nuestra sangre en las venas. Todavía no logro comprenderlo... Pensé mucho en eso en cautiverio. ¿Por qué nos defendieron? ¿Por la fe? La fe en un dios blanco y extranjero. Algo no calza, ¿no cree, señor?

»Meses después, pasado el invierno, cuando ya no nos quedaban más animales vivos que los caballos, Bastidas mandó a dos de esos indios a pedir refuerzos a Valdivia. Volvió solo uno de ellos con noticias que no quisimos creer: Valdivia había sido atacada por Pela... y sus fuerzas. Arrasada. El lugar hacia donde quería huir, la salvación con que soñaba antes de cerrar los ojos cada noche. Nuestro capitán convenció a casi todos de que nadie podía ir y volver tan rápido de Valdivia, que de seguro el par de indios había llegado a la mitad del camino y decidieron volver a contar un cuento. Tomaron al indio prisionero. Por unos días creo que Bastidas me convenció a mí. Se acercaba la Natividad de 1599 y quise creer que Valdivia seguía en pie. Quería llegar a Día de Reyes creyendo eso. No fue fácil.»

El escribano pensó en sus fiestas de 1599, en el día que cumplió quince años. Estaba aún con sus padres en Burgos y hacía mucho frío. Lo hicieron salir en camisón al patio del solar y quedarse allí una hora. Su padre dijo que eso lo haría hombre.

«Cumiñanco y otros toquis de nuestra zona avanzaron hacia el fuerte pocos días después del regreso del mensajero. Creímos ver entre las siluetas al toqui de Purén, el toqui de los toquis... el innombrable. Nadie lo conocía pero alguien echó a correr el rumor y cundió como fuego en pradera seca. Esa vez me asomé a tratar de mirar a ese hombre poderoso. Era

como ver pasar un rey, más aún, era ya una leyenda... como David, como el Cid... Me apuntaron a uno que hablaba frente a todos, joven, musculoso, desde lejos me pareció alto. Se paseaba desnudo en su caballo frente a sus soldados sin ni un solo cabello. Los indios desplegaron su fuerza a cien pasos de la empalizada. Galopaban parados en el lomo de nuestras bestias sin montura y sin rienda. Algunos saltaban de un caballo a otro en pleno trote. Celebraban sus proezas. Parecía un espectáculo más que un ataque. Bastidas sostuvo su mano en alto para que nadie disparara. Corrí con mis nietos a la casa, los metí en el agujero del grano y volví a mirar por la ventana. Detrás del muro veía que se levantaba polvo y, de este lado, a los guardias de las torres agachados preparando los cañones. Se oían los gritos de Cumiñanco en mal castellano. Le hablaba a Bastidas por su nombre y apellido. Siempre me ha llamado la atención el respeto con que se tratan los hombres enemigos del mismo rango...

»El toqui pedía que nos rindiéramos. Decía que éramos los únicos que faltábamos, prometía perdonarnos la vida. Repetía que estábamos solos y sitiados. Que no quedaba nadie más. Nadie. Se hizo un silencio. Bastidas gritó que no se rendiría jamás. Traté de esconderme en el agujero del grano, pero ya no había espacio. La familia crecía rápido. Me metí debajo de un catre esperando lo peor. Solo oía los rezos de Isabel y María. Imaginé a esa caballería india fuerte y numerosa retrocediendo para tomar impulso y arrasar con nosotros. Escuché el disparo de un cañoncillo y, segundos después, la explosión, y luego otra, y entonces los cascos de los caballos. Esperé, cerré los ojos para concentrarme en lo que oía. Agudicé ese sentido durante el sitio. Aprendí a separar el sonido que hacen los árboles en la noche de los

pasos que pisan hojas, el ruido de las lagartijas del de los ratones, el respirar de mis nietos de las escaladas de indios en la empalizada. Esperé debajo de ese catre pensando qué haría si descubrían el agujero y qué haríamos si no. Teníamos que huir. ¿Dónde iríamos? Si era cierto lo de Valdivia, solo nos quedaba el este, cruzar la cordillera nevada. Entonces oí los galopes alejándose. Los indios se iban.

»Ese ataque convenció a Bastidas de que el mensajero que había enviado era parte una conspiración. El indio había dicho que a su compañero lo habían matado los de Cumiñanco y que a él le habían perdonado la vida para que contara la historia. Todos queríamos creer que el indio mentía. Un soldado aseguró que el otro indio que habían mandado a pedir ayuda a Valdivia estaba entre las tropas enemigas, que lo había visto recién. Después de él, varios dijeron lo mismo. Al final del día, casi todos habían visto a ese indio amigo, al supuesto traidor. El ser humano cree siempre lo que le conviene. Al día siguiente del cerco y la petición de que nos rindiéramos, Bastidas acusó al mensajero de traición y lo sentó en la pica. A su lado, en medio de la plaza, interrumpido por sus quejidos, hizo un discurso largo sobre la lealtad a la corona, la dignidad de los guerreros castellanos, la valentía y resistencia de este pueblo. Celebró lo que una vez más consideró una victoria de nuestro ejército y se alargó con la ventaja militar que nos daban los cañoncillos. Y, sin pudor, nos aseguró que Valdivia seguía en pie resistiendo. Igual que La Imperial, Angol y Concepción.

»No sé si alguien le creyó, yo no, ni menos los indios de servicio que nos abandonaron esa misma noche. Si mis señores estuvieran condenados a muerte o al encierro eterno, yo también buscaría mejor suerte. Se fueron todos, no los

oímos, solo nos dimos cuenta en la mañana cuando en ni un solar había fuego encendido.»

María recordó la boca de Aylén, su cicatriz, sus palabras en mapudungun, lo generosa que había sido con ella en cautiverio. Recordó a Rosa y a sus dos pequeñas hijas a quienes cuidó como cautiva. ¿Por qué no habían logrado vivir juntos como en otros lugares de la Nueva España? Una sensación de nostalgia se le instaló en el pecho. Extrañaba el sur, el sonido de las aguas, el musgo. Qué rara era su cabeza. El sur era el horror y aquí estaba ella masticando su morriña.

«Vivimos unos seis meses de embestidas constantes en las que llovían flechas, arcabuzazos nuestros y de ellos, sin que los indios lograran entrar al fuerte. Nunca supe si no lograban entrar o simplemente no querían. Perdimos varios soldados y algunos civiles en esos enfrentamientos. La mayoría de nuestra gente eso sí murió en misiones en búsqueda de comida. No conozco en detalle los números. Imagino que ese año perdimos a la mitad de la población de la Rica. Muchos murieron en ataques y otros desaparecieron, o mejor dicho, señor, huyeron… como María de Paz. El corregidor convenció al pueblo de que la habían tomado cautiva por haber salido del perímetro vigilado, pero fui a su casa y vi que se había llevado toda su ropa y algunas prendas de Alonso. Estábamos todos tan nerviosos con nuestra propia supervivencia que nos vinimos a dar cuenta días después. Su marido guardó silencio. No supimos si tampoco se fijó, o la dejó ir. Reconozco que creí que se había ido a perder a la montaña, incapaz de superar la muerte de su hijo, o a lanzarse a un acantilado o tal vez a morir sola en algún rincón. Hasta que pensé bien. Nadie

lleva un bulto de ropa al suicidio. La vi después cuando nos tomaron prisioneras. Se veía radiante y feliz. Tiene dos hijos pequeños y al mayor le puso Alonso. Está enamorada de su indio, quien la trata bastante bien. Es una de las tantas castellanas cautivas que prefiere no ser rescatada, mi señor.»

Luis Merlo golpeó fuerte la mesa. El escribano soltó la pluma del susto y se hizo una mancha de tinta en el piso con forma de ese. El juez le dijo a doña María que era suficiente, que su testimonio no iba al grano y que le daría un par de días para que recapacitara, entonces la citaría de nuevo. Llamó a la sala a Constanza Ponce de León. Doña María no abandonó su posición.

«Señor, insisto en que debe oír lo que ocurrió en ese sitio desde dentro. No vaya usted a juzgar a los hombres equivocados. No vaya a usted a menospreciar daños profundos y exagerar costos como el cautiverio. No vaya usted a ayudar a levantar monumentos cambiados. Me ha preguntado usted qué es lo que quedaba en la Rica cuando pudo llegar su capitán y estoy llegando a ese punto. A lo que quedaba de nosotros como un montón de vecinos empecinados en fundar una ciudad en medio de la nada. Lo que quedaba de nosotros que luchamos con la selva para plantar nuestro alimento y criar animales. Esa fue la primera lucha que perdimos, señor Merlo. Lo vi con estos ojos. Fui a mi casa a escondidas en una de esas treguas invisibles y sabe lo que encontré: la selva comiéndosela. Esto debe haber sido en invierno de 1600. Sí. Tal vez junio. Déjeme pensar. Sí, creo que ya llevábamos un año y medio de sitio.»

El escribano adoraba la precisión histórica de María Cortés. Le permitía seguir el orden, imaginar el avance de los hechos.

«El rostro de mi nieto me dio el coraje. El cuarto hijo de Isabel había dejado de moverse. Privilegiábamos a los niños con las raciones de comida que nos quedaban, algunos eran más fuertes que otros. Martín siempre fue más bajo y delgado que el resto… Llevaba un mes sin moverse, quieto donde lo pusiéramos y ya tenía siete años. Nunca dejaba de sonreír, tenía una sonrisa dulce pegada en su cara. ¿Lo imagina? Los otros niños lloraban por comida, gritaban, se quejaban, peleaban por lo que había. Él no. Era como si la cercanía de la muerte le provocara placer. Más que placer…, paz. Mi hija Isabel decía que quizás ya le revoloteaban los ángeles y él los miraba feliz. Ella era una mujer de tanta fe que a veces me exasperaba. Yo para ese entonces pensaba que la vida eterna podría ser un cruel castigo. No esperé más. No podía sentarme a mirar cómo se apagaba un niño ni a pensar en ángeles.

»Me atreví a salir ese día porque nevaba y a ningún soldado le gusta el invierno: ni al castellano ni al indio. Afuera del fuerte respiré como si el aire fuera distinto, ¿sabe? Lo era, sé que es irracional lo que digo, pero lo era. Al otro lado de la empalizada, el aire era más puro, más liviano, entraba más allá de la garganta. Camino a mi viejo hogar sentí que me miraban, como siempre, entre los helechos gigantes, escondidos tras los troncos de los coigües. Tal vez era la misma Aylén que había huido ni sé cuándo y ahora desconocía el silencio entre los suyos. Pensé en ella al avanzar, en su boca marcada y envidié su libertad. Y llegué a lo que había sido mi hogar… Las cosas estaban tal como las dejé yo: mi bordado, mis tazas, una cacerola al fuego. Tuve que pelear mis posesiones a los helechos

y a las enredaderas, a las hiedras que se encaramaron en mis sillones, en el armario y en mis ropas. Los ratones y los ciervos se habían llevado los restos de comida. Mis cosechas estaban sumergidas en pastos largos y maleza. Crecían helechos hasta en medio de los salones donde habíamos recibido a gobernadores y maestres. Rescaté unas cebollas y unas papas, también una decena de cucharas y un mantel deshilado que había sido la última adquisición de mi vida. Necesitaba algo de belleza en lo que quedaba. Enrumbé de regreso. Miré el fuerte de lejos, estábamos rodeados de un espectáculo de bosques y montes blancos, del sonido de cataratas rabiosas y el río más caudaloso que nunca. Y nosotros ahí… Encerrados en esa caja negra, con una nube de humos sobre los techos, con soldados flacos asomados con desgano por entre los troncos vigilando a un enemigo invencible. No había ni un solo árbol dentro de esa empalizada. El volcán estaba cubierto de nubes y nuestros muertos solos en su cementerio porque no nos atrevíamos ni a visitarlos. Si no hubieran estado mis hijas y nietos ahí adentro, creo que no vuelvo. No daban deseos de volver a esa caja chueca y mugrienta rodeada de cruces desarmadas. Miré las cebollas y las papas a maltraer que traía en mi saya. Me arrodillé y creo que hablé con Dios o con algo. Sin orar. Le pedí al Señor que me mostrara el rumbo correcto. ¿Regresar sobre mis pasos a los restos de mi hacienda hasta morir de hambre, ser violada y cautiva por los indios, o entrar de nuevo a esa celda de madera y sufrir lo mismo al lado de mis hijas? Quería abrir ese portón pesado no para entrar, sino para gritarle a todos que salieran, que ya estaba todo perdido, que fueran libres aunque eso los llevara a la muerte. Recuerde que Bastidas nos había prohibido salir…»

Merlo asintió con la cabeza. Por primera vez quería que María continuara hablando sin interrupción.

«Disculpe mi desorden… Pierdo las ideas, su señoría. Vuelvo al punto: estaba arrodillada ahí mirando nuestra fortaleza triste y desdichada, rodeada de nieve que ya se derretía a mi alrededor, tomando fuerzas por mis nietos para volver a entrar al infierno, cuando escuché pasos a mi espalda. Pensé que era la señal que había pedido recién a Dios. Una cruel ironía divina: si tenía dudas, ahí venían los indios para contestarlas. No giré. Me quedé quieta como las plantas congeladas a mi lado con la secreta esperanza de haberme vuelto invisible o rogando por un golpe certero en la cabeza que callara mis pensamientos y mi boca para siempre. Un macanazo como el que dicen que mató a Valdivia. Entonces escuché un susurro en castellano. Esperé que repitiera lo que decía por si mi imaginación, el miedo, el viento que empezaba a silbar o el hambre de siempre me estuvieran jugando una mala pasada. Ayuda, señora, por favor. Giré. Era casi un niño, un jovenzuelo de unos quince años, entierrado, mojado, con uno de sus dientes quebrado y sus ojos azules llenos de lágrimas. Le quedaban restos de su camisa y ya nada de su jubón. Su pierna izquierda tenía algo que salía desde dentro hacia fuera y las yemas de sus dedos estaban negras. Pensé cubrirlo con mi poncho porque tiritaba sin contenerse, pero temí que los guardias del fuerte le lanzaran sin pensar un arcabuzazo o una lanza creyendo que era un indio o una trampa. *Cualquier rumor o pájaro que asoma piensan que es emboscada del hispano. Y los nuestros también que era de esos otros*[6]. Cuando el miedo invade las cabezas, todo se vuelve sospechoso. Dejé el poncho colgando de mi mano para que los soldados me reconocieran

y descubrí que en un día de nieve era más fácil entrar al fuerte que salir.

»Nadie dijo nada.

»El joven se llamaba Bernardino Álvarez, era nieto de mis vecinos de La Imperial de toda la vida. Lo dejé de ver cuando era un pequeño de dos años apenas y recordaba sus rizos rubios y su manía de andar descalzo sin importar el clima. Había huido de La Imperial tres meses atrás hacia Valdivia. Lo pusimos junto al fuego sobre un montón de fardos cubiertos de mantas en la casa de mi hija, donde ya éramos unos veinticinco entre familia y vecinos. Lo lavé con cuidado y vi que lo que salía de su pierna era uno de sus propios huesos, por eso arrastraba ese lado de su cuerpo. No se quejaba por nada. Bebió algo de agua y comió un poco de mote, muy poco. Cuando lo acosté me di cuenta que estaba afiebrado. Su cuerpo entero hervía.

»Vino el mulato Beltrán junto a Pedro Saucedo y Gabriel Martínez. Recuerdo sus nombres porque salvaron tantas vidas, señor. Esos soldados fueron unos héroes. Ese día, entre los tres, le metieron de vuelta el hueso en su pierna y el niño perdió el conocimiento. Catalina le puso emplastos, uno primero y luego otro y otro. Por la fiebre se secaban muy rápido, pero barro y plantas todavía nos sobraban. Estuvo horas desmayado. Me arrepentí de no haberle preguntado más sobre mi ciudad antes. Qué había pasado, por qué había arrancado así. Estuve a su lado toda esa noche haciendo listas de preguntas en mi cabeza: ¿qué sería de los vecinos con los que crecí, de las Ortega, de Lucía de Valdevelas, del padre Armando? Estuve apilando en silencio montañas de elucubraciones sobre los últimos meses de este chico errante. ¿Qué hacía aquí si iba a Valdivia? Sabía que si despertaba

entenderíamos mucho mejor dónde estábamos parados. Llevábamos más de un año y medio sin saber de nadie fuera de la empalizada. Mejor dicho, de nadie a quien le creyéramos. Dormí un par de horas y mandé a buscar a Bastidas. El capitán llegó a mi casa molesto por no haber sido informado de este ingreso.»

Doña María impostaba algo la voz y enderezaba su espalda cuando repetía los diálogos del capitán Bastidas. Al escribano, le causaba gracia.

«Estábamos alimentándonos de papas podridas, llevábamos seis meses sin carne y sin que nuestros cuerpos pudieran lavarse, comíamos solo una vez al día y el capitán seguía hablando con esa formalidad. El que no entendía nada de nada era él. Serví un poco de sidra que tenía guardada y se la puse al jovenzuelo en la nariz. Logramos despertarlo. Pidió agua y, luego, un poco de sidra. Bastidas me ordenó que le diera... ¡Como si yo pensara hacer otra cosa! Entonces, Bernardino nos contó su historia. Nuestra triste historia. La tragedia que, supongo, todos ustedes oyeron antes que nosotros. ¿Sigo?»

Luis Merlo asintió tratando de aparentar que lo hacía de mala gana para no delatar lo entusiasmado que estaba con esta parte del testimonio. Doña María se limpió la nariz con la manga de su vestido. Sorprendido, el escribano miró al juez sin levantar la cabeza.

«Mis disculpas. Las nuevas costumbres. Ya recuperaremos las que nos arrancaron, las que dejamos por ser tan inútiles.

Cuando se trata de sobrevivir, señor, muchas de las costumbres que hemos heredado de nuestros antepasados parecen muy absurdas, ¡basta con mencionar nuestras ropas! Vuelvo... Bernardino Álvarez contó cómo huyó del ataque a La Imperial. Se hizo el muerto debajo de los cuerpos de dos soldados. Relató el ataque en susurros. Fue de noche, entró una horda dirigida por Ankanamún. ¡Oh, Dios! He podido nombrarlo por primera vez en tantos años.»

Doña María sonrió mientras daba pausa a su relato. Una sonrisa de alivio. Cruzó miradas con el escribano, quien sin saber por qué le sonrió de vuelta. Antes de hablar, la sonrisa se esfumó y María Cortés miró el dedo anular de su mano izquierda como si hubiera recordado el anillo que ya no llevaba.

«El ataque a La Imperial partió por los campos. Mataron a los indios auxiliares y arrasaron las cosechas. Provocaron hambre. Los que salieron a defender sus pertenencias murieron abrazados a sus cosas. Los que salieron a buscar comida, no volvieron jamás. A veces les tiraban hacia dentro del fuerte las cabezas de sus yanaconas ensartadas en lanzas. Así pasaron mis antiguos y queridos vecinos el mes de enero de 1599. El corregidor Andrés Valiente intentó derrotar a las fuerzas de Ankanamún. Según el chico, atacó con más de ciento cincuenta jinetes y la mitad de infantes. Nunca he sabido cómo la gente puede contar huestes militares con solo verlas pasar. Eso me hace dudar, señor, de todos nuestros testimonios históricos. ¡Es imposible saber cuántos son! Parece que Valiente tuvo éxito con esa primera incursión, porque dijo que los habitantes de mi pueblo natal siguieron vivos durante marzo y abril. Entonce se enteraron de la caída

de Boroa. Ya habían perdido más de cincuenta soldados. Me acuerdo del número porque Bastidas no escuchaba bien o no quería creer el tamaño de la milicia que había en La Imperial. Tenía yo que repetir en voz alta lo que el niño había dicho en susurros. Bastidas no podía creer que perdieran cincuenta y todavía les quedaran varios. El corregidor de mi cuidad natal se empecinó en buscar una salida. Salió con una patrulla hacia el norte. En vez de un escape, encontró la muerte suya y de la mayoría de sus soldados. Uno alcanzó a volver a la ciudad a contar esta historia. Igual que nosotros, abandonaron sus casas, se concentraron en el centro de La Imperial y dejaron a sus indios como cerco. ¿Le suena conocido?»

María Cortés cerró los ojos y movió la cabeza hacia cada uno de sus hombros para estirar su cuello, podía recordar de esa noche el ruido de la chimenea y el calor que sentía sobre su mejilla derecha. Eso y todo lo que allí se había dicho.

«Me di el gusto de mirar a Bastidas y levantar las cejas. Ambos sabíamos lo que venía. Los indios amigos se pasaron al bando enemigo y participaron en la emboscada final. Bloquearon cada una de las salidas de La Imperial. Mataron a la mayoría de los soldados que quedaban, tomaron prisioneros a mujeres y niños y luego quemaron todo lo que encontraron. Todo. Bernardino gateó fuera de la iglesia y esperó con paciencia bajo los cadáveres de dos soldados. Agradeció que la sangre soldadesca manchara su pelo, sus ropas, su rostro… Era lo que necesitaba para salvarse. Esperó ahí cuatro noches, porque los naturales no se retiran apenas terminan sus malocas; les gusta celebrar en grande luego de las victorias. Viera usted cómo beben por días…, no se imagina. El chico rezó para que no

eligieran a sus soldados muertos para arrancarles el corazón. Había escuchado eso, pero yo le aclaré esa noche que lo hacen solo con los grandes guerreros, los oficiales de alto mando, los gobernadores. No es que quisiera hablar mal de esos dos soldados castellanos muertos, solo dije la verdad. Chupan el corazón de sus destacados enemigos para absorber su valor y gallardía. Y si usted me pregunta a mí, señor juez, creo que les ha servido.

»Allí se quedó esperando el más pequeño de los Álvarez hasta que despertaran los naturales de las noches de muday, que violaran a un par de mujeres frente a sus ojos, que degollaran a uno de sus primos moribundos, que gritaran sus arengas, que destrozaran hasta las tinajas de vino. Se quedó quieto hasta que solo oyó el crepitar de los restos de su pueblo. Cuando volvieron las ratas, se atrevió a levantar cabeza. Estaba cubierto de costras ajenas y La Imperial había desaparecido. La ciudad más próspera de la región de Arauco ya no estaba, la casa donde nací no existía. ¿Qué sueño de Pedro de Valdivia, qué águilas bicéfalas, qué frailes y sus monasterios? En dos días habían desaparecido sesenta años de civilización castellana. Medio siglo de conquista borrado de la historia. Los esfuerzos de mi padre, tan ilustre conquistador, barridos como el polvo de esta mesa.»

Mirando al escribano, María sopló el polvo que imaginó sobre la mesa impecable.

«Esa noche Bastidas escuchaba los murmullos de Bernardino impertérrito. Yo creo que actuaba y, en el fondo, su alma estaba llena de terror. La Imperial ya no existía. Yo sin darme cuenta escuché todo con mi mano sobre la boca. Me alegré

de que mis padres hubieran estado muertos y enterrados hace tiempo. Entonces, nuestro muchacho, empezó a hablar de su camino hacia Valdivia. El mulato y Bastidas acercaron sus sillas. Yo cambié los paños de su frente que se secaban tan rápido como los emplastes. Le di un poco de agua y me quedé de pie al lado de su cabeza. Ya se acababan las velas. ¡Oh, señor, juez, qué noche aquella! Tan larga y tan triste.»

María se tapó la boca con su mano derecha. La voz de su hijo Francisco se cruzaba por sus recuerdos, e interrumpía sus pensamientos. Era en él en quien pensaba ese día lejano al curar a Bernardino.

«Demoró tres semanas en llegar hasta allí, al lugar donde estuvo Valdivia. Durmió adentro de árboles huecos. Avanzó sin pisar camino, solo entre la selva. No había nada, ni una sola construcción en pie, ni una herramienta en el piso. Confirmó lo que ya nos había dicho el indio que habíamos sentado en la pica. Al que Bastidas no le creyó. Valdivia ya no era. El joven contó que las ratas se comían a los muertos y, cuando caminaban sobre sus estómagos hinchados, algunos cadáveres eructaban. Quise creer que la fiebre lo hacía tener alucinaciones en vez de recuerdos. Un año después comprobé que eso es posible, señor. Los muertos eructan.»

El escribano aguantó una arcada tragando saliva. La testigo disminuyó el ritmo de sus palabras como si aquellas añejas noticias la desalentaran en ese momento.

«Nos miramos los tres: Beltrán, Bastidas y yo: Valdivia y La Imperial ya no estaban en el territorio. El indio que se pudría

en la pica había dicho la verdad. Estábamos solos. Bastidas preguntó por Angol. Preguntó por Osorno. Bernardino solo negaba con su cabeza. Sabíamos que si todo estaba bajo el mando de los purenes, habían partido por Angol hacia el sur. El chiquillo empezó a toser y pedí que lo dejaran descansar. Se durmió en mis brazos, con mi mano en su frente. Recordé a su madre, Isabel Maldonado. Tocaba el piano, tenía la piel blanca como la leche, los ojos azules que le heredó, dos hijas que casó muy jóvenes y este pequeño que pensó la acompañaría de vieja. ¡Ay, qué perdidos estábamos con nuestras esperanzas!

»Antes de que se fuera me di el gusto de decirle a Bastidas que no habíamos salido a tiempo. Él refutó diciendo que hasta ahora estábamos bastante mejor que los valdivianos. Insinué la posibilidad de rendirnos, de ahorrarnos muertes y acelerar una derrota segura. Bastidas hizo sonar una risa burlona. El mulato sin pararse de su silla dijo que necesitábamos prepararnos para un sitio largo. ¡¿Como si no hubiéramos llevado ya casi dos años?! Les conté de mi salida a la hacienda esa mañana y le pedí a Bastidas que mandara a un grupo a rescatar lo que quedaba de nuestras cosechas en las casas grandes antes de que fuera demasiado tarde. Que mandara a sus mejores hombres para asegurar la comida antes de que terminara el invierno. Me hizo caso por única vez y más tarde lo lamenté en el fondo de mi alma.»

El juez levantó la mano cuando escuchó que se abría la puerta, Constanza Ponce de León podía esperar unos momentos. María continuó.

«Armaron una patrulla para ir a buscar comida a las haciendas. Lo que quedaba en los molinos, debajo de la tierra o en las

despensas. Trajeron papas, cebollas, semillas, un saco de maíz olvidado y un puñado de trigo. El problema no fue esas tres salidas de las que volvieron muy bien; el lío fue que eso les dio confianza. Un día trajeron un caballo que le habían robado a los araucanos con el que hicimos cecinas buenas que nos alcanzaron para casi medio año. Meses después, en plena primavera, cuando la nieve había retrocedido a las cumbres que rodean el lago, una patrulla salió a quitarle comida al rehue más cercano. Sabíamos que tenían maíz y cebada en el camino hacia el norte, eran chacras que habíamos atravesado varias veces. Partió Chavarri, uno de nuestros mejores capitanes, Beltrán, y tres soldados. Solo volvió un Juan de León. Una patrulla de indios los agarró comiendo frutillas silvestres a vista y paciencia nuestra en el convento franciscano. Ya iluminaba el sol, se sintieron seguros, no sé. Vimos desde el pueblo a los caballos que los rodearon, el polvo que levantaban, no oímos nada. Miramos impotentes entre los troncos de nuestra empalizada cómo los mataban... Lloré varios días la muerte del mulato Beltrán. No puedo explicar muy bien por qué. La culpa, la pérdida de su amistad. Era el único hombre que a veces me escuchaba. Si había algo de esperanza en mi alma seca, pasaba por él. Conocía lo que llamaba el admapu: las costumbres de los huilliches, de los araucanos y de los puelches... de cómo se llamen. La semana anterior a las nevadas se había tomado un mate con mi hija y conmigo y se veía optimista. Decía que así como se habían rearmado los indios, quizás en Santiago, en Concepción, en Lima, se estaban rearmando los castellanos para recuperar el sur. Nos recordaba que el imperio español jamás había perdido una guerra. Recuerdo su mirada hacia el piso al decir eso, era lo que queríamos creer todos, pero llevábamos más de

sesenta años guerreando y sabíamos que hasta la corona estaba cansada de nosotros. Según calculaba el mulato y cualquiera con sentido común, en nuestra guerra ya se habían gastado más ducados y más vidas que en toda la conquista de la Nueva España. Si me disculpa, tengo una pregunta: ¿Hemos perdido otra guerra en el nuevo continente?»

María dejó la pregunta en el aire, el escribano negó sin levantar la cabeza. Merlo dijo que esta guerra no estaba perdida y detalló algunas excursiones y negociaciones en curso al otro lado del Bío Bío, información que a María Cortés no le interesaba por lo que antes de que el juez terminara siguió con su historia.

«A Chavarri se lo llevaron vivo, lo vimos después entre ellos y lo que pidió nos dejó perplejos. Ya le contaré eso. Chavarri sigue ahí, mataron a dos soldados, a mí la muerte del mulato me valió por treinta de los nuestros. Se llevaron también a Alcaide y a Torres. Creo que eran nuestros mejores hombres. Solo me quedaron mis hijas, mis nietos, ya nadie se hacía cargo de mí. El mulato me traía siempre un poco de harina, mantas que encontraba sin dueño en el fuerte. Me dejaba una pregunta sobre mí, ¿sabe? Había alguien que quería saber cómo estaba yo. Cuando perdimos a esos hombres, el miedo que había espesado el aire dentro del fuerte empezó a abrirle paso a la locura. Jamás imaginé en esos días cuánto iba a desear una embestida india final y fatal; jamás imaginé que nuestro peor enemigo surgiría de nuestra propia e inmunda miseria.»

Luis Merlo se puso de pie y agradeció a doña María su tiempo y honestidad. Mientras entraba Constanza Ponce de León, el

juez se acercó al escribano y le dijo al oído que esperaba que no estuviera escribiendo todo lo que oía. Le solicitó que usara su criterio y que no olvidara que los testimonios provenían de mujeres. Le aclaró que los seres que usan mucho el corazón distorsionan lo que ven y aún más sus recuerdos. El escribano no comprendió bien la instrucción, ya había escrito todo lo que oía.

Doña María habló antes de salir. Habló pausado y por primera vez las palabras parecieron venir después de su pensamiento.

«Por si le sirve, su señoría, en sus textos, para su juicio final, por si a los siete años merece que un nombre se escriba en la historia, anote. Mi Martín Sarmiento de Plasencia, el nieto de quien le hablé al inicio, murió esa misma noche, la noche en que salí a buscarle comida. No quiso probar lo que traje de casa, no pudo. Murió sonriendo en brazos de mi Isabel. Ella creyó que se lo llevaban los ángeles y escuchó trompetas. Hasta ese día pensaba siempre en tantos muertos que nos protegían desde el más allá, les hablaba, les rogaba... Mis hermanos, mis queridos padres, mis esposos, los ángeles en que se habían convertido mis nietos. Hasta que esa parte sensata de mi cabeza, ¡ay, cuánto la aborrezco!, me recordó que todos tienen a sus muertos, que esos mismos muertos ya tenían a sus muertos para protegerlos cuando murieron. Mi Martín murió de hambre. Era el cuarto nieto que yo perdía en la Rica. Apenas tuvimos fuerzas para llorar y para enterrarlo a pasos de donde estábamos, en tierra no sagrada. No me importó eso. ¡Qué tierra sagrada nos quedaba! Yo no vi ángeles, señor, y ese día dejé de creer en ellos y en Dios.»

El escribano escuchó sin escribir. Cuando María cerró la puerta quiso completar sus apuntes, pero ya había olvidado el nombre del niño.

Día cinco, horas más tarde

Testimonio de Constanza Ponce de León, esposa del encomendero Juan Vásquez de la Calzada, vecina de la Rica. Confiesa que sabe leer.

«Soy criolla, esposa de don Juan Vásquez de la Calzada, un ilustre vecino encomendero, y madre de Luis Ponce de León, hijo a quien tuve en cautiverio. Viví durante veinte años en la Rica, señor.»

La joven mujer dejó de hablar, ordenó su basquiña de terciopelo carmesí y tocó con la mano izquierda la medallita de oro que reposaba justo al medio de su pescuezo. Una blonda en tono crudo rodeaba su escote y separaba el blanco de su camisa de la tela floreada de sus ropas, seguramente, de origen francés. La testigo se enderezó y respiró nerviosa mientras daba vuelta en sus manos un pañuelo de seda. El juez y el escribano se miraron. Llevaba un velo que cubría uno de sus ojos[7]. Don Luis Merlo explicó a la señora Ponce de León el objetivo de su testimonio.

«Estimado doctor, lo siento, confundo las fechas, no sé qué pasó setenta días antes de la rendición del fuerte. No sé si

yo estaba esos meses ahí, nos tomaron cautivos antes de la rendición final, no recuerdo cuándo con exactitud. Han pasado diez años desde la caída final, su señoría, no creo que pueda ayudarle. Lo siento mucho.»

Constanza Ponce se mordió nerviosa el labio inferior y miró haciendo una especie de puchero infantil a Luis Merlo, quien aún se negaba a aceptar que el único testimonio útil sobre el caso fuera el de doña María Cortés de Rueda. El juez se sobó la cara con ambas manos y se pasó los dedos por las pestañas como si así pudiera hacer que el día empezara de nuevo. Sonriendo irónico, pidió a la señora Constanza que se explayara y comenzara con lo primero que se le venía a la mente sobre la Rica. La testigo suspiró.

«La ciudad Rica era un pueblo de mujeres. Los hijos partían al ejército o se perdían en el monte con las indias. Los encomenderos estaban en los lavaderos o defendiendo alguno de los fuertes que nos rodeaban. Tener hijas era una bendición. Como la familia de María Cortés de Rueda. Eran muchas mujeres, nunca estaban solas… No era mi caso. Yo me lo pasaba en casa, tenía solo dos criadas y no me gustaba el cotilleo. Un pueblo lleno de tantas mujeres solas, muchas de ellas viudas, se presta para chismes desagradables. Nunca quise ser parte de esos asuntos… por ello, creo que no tengo más que contar. Lo siento, señor.»

El escribano notó cómo se tensaba el rostro de Merlo; sus sienes se apartaban de sus ojos y se contraían los músculos de su mandíbula. La cara del juez y el movimiento de su cuerpo hacia la testigo, hicieron que la señora Ponce buscara algo más en sus recuerdos.

«Éramos gente honesta y esforzada. Como usted ya debe saber, nos prometieron que seríamos la puerta de entrada al mar del norte y seguimos hacia allá a nuestros maridos, quienes también creyeron en esa promesa. Perdimos todo lo que teníamos y lo que anhelábamos tener. Mi marido, Juan Vásquez de la Calzada, es un respetable encomendero. Cuando terminara la guerra, cruzaríamos al reino de la Plata y nos alejaríamos de la zona huilliche. Yo quería tener cinco, seis hijos, pero en ese pueblo costaba concebir niños… Era como si Dios todopoderoso los hubiese protegido de nacer… excepto para Isabel de Plasencia, quien tenía y tenía niños. Yo nunca pude embarazarme mientras vivimos en la Rica. Con tanto tiempo en las manos, durante los años antes del asedio, decidí dedicarme a convertir a los indios al cristianismo. Aprendí a leer con esa idea, fue la única razón, se lo juro. Quería poder leer la Biblia con mis propios ojos y decir en voz alta la palabra de Dios. Antes sabía los salmos y los cantaba, mas me pareció que no era suficiente. Mi esposo me enseñó todas las noches las palabras sagradas con santa paciencia. En los primeros ataques, nos metíamos debajo de una mesa y continuábamos la lección. Hasta que Juan tuvo que salir a guerrear también. Alcancé a leerle a mis sirvientas, dos indias pehuenches pequeñas, de catorce o doce años. Fieles, leales. Se convirtieron en muy buenas cristianas, señor. Las bauticé Rosa y Ana.»

Constanza calló y ni el juez ni el escribano emitieron sonido. Esperaron que el silencio fuera la instrucción para continuar, el indicio claro de que nada de lo que había dicho servía.

«Me pregunta usted cuánta gente quedaba en la Villa, cuántas armas, cuántos soldados, cuántos castellanos. No lo sé. De

haber llegado el capitán setenta días antes... Déjeme usted pensar... Tal vez me habría librado del cautiverio. ¿Traía doscientos soldados, dice usted? Creo que eso es más de lo que nunca vimos al sur del Bío Bío. Se me confunde todo, señor, lo lamento. Vivimos prisioneros junto a mi esposo por más de cinco años, parí a mi único hijo entre los naturales. Esos recuerdos están frescos en mi mente. El mundo que hubo antes, allá en la Rica, parece irreal. ¿Cómo creímos que podríamos fundar una ciudad con tan pocos de los nuestros y rodeados de tantos enemigos?»

Merlo se movió inquieto en su silla. Por poner algún tema, le pidió a Constanza Ponce de León que hablara del hambre. El juez pensó que si el capitán Hernández no se hubiese desviado de su misión podría haber salvado a todos esos cristianos del infierno. Era difícil salvar al gobernador Rivera de esas acusaciones. Pero Constanza no ayudó.

«Yo no comí muertos, señor. Se lo juro. Ni de los nuestros ni de los indios. Quizá si hubiera llegado su capitán antes no existiría mi hijo; fue la cercanía de la muerte la que nos hizo concebirlo cuando apenas podíamos caminar. El hambre debilita, duele la cabeza, da alucinaciones, trastorna el genio y provoca unas arcadas extrañas, mas también aviva el deseo...»

La testigo cubrió aún más su cara y se puso de pie.

«Disculpe, usted. Mi testimonio es inútil, señor. Este juicio es inútil y seguir peleando en esas tierras es un acto suicida. Acepté venir aquí porque quiero implorarle que no envíe a mi esposo de vuelta a esa guerra. Por lo que más quiera, ni a él

ni a mi hijo. Se lo suplico por lo que más valore usted en este mundo. Se lo ruego....»

Constanza Ponce de León estaba de rodillas, llorando y con las manos en posición de oración. El escribano contravino las instrucciones y escribió en tinta hasta el último de los ruegos y sus repeticiones. El llanto le impedía hablar a la testigo. Balbuceaba incoherencias.

«Déjenles esas tierras, que hagan como plazcan, no vale la pena, no vayan hasta allá, no lleven a mi hijo. Se lo imploro... por lo que más quiera. Quiero ir a España. A mi hijo, no.»

Constanza apoyaba ahora sus antebrazos en el suelo y lloraba sobre su propio regazo. El escribano tenía la vista fija en sus últimas palabras: «A mi hijo, no». Puso un punto y cambió de hoja.

Luis Merlo de la Fuente pidió disculpas a la señora por no haber sido preciso. Le aclaró que su esposo y ella eran ciudadanos libres de la corona y que nadie los enviaría donde no quisiesen. Constanza Ponce de León se puso de pie con agilidad y se limpió los ojos con su pañuelo. El escribano miró sorprendido lo rápido que se habían borrado las huellas de su congoja. El juez le pidió que estuviera tranquila y retomara la historia desde la llegada del joven sobreviviente de La Imperial, por poner un punto de partida. La mujer volvió a levantarse.

«Sé que desobedecimos órdenes, su señoría, que había una orden del corregidor y el cabildo de no abandonar el pueblo. Le pido clemencia. Fui yo la que convencí a mi marido de

que saliéramos de la Rica e intentáramos llegar al reino de la Plata. Él no quería abandonar...»

Merlo interrumpió de nuevo el testimonio de la mujer y volvió a decirle que ella no estaba acusada de delito alguno, sino que era una testigo en la residencia del gobernador Rivera y la cuestión del capitán a quien no condenó, que el único fin de su testimonio era entender qué es lo que pudo salvarse de haber llegado a tiempo el refuerzo militar. Constanza se tranquilizó.

«Eso no lo sé, señor. Sobre ese niño... Me enteré por Inés de Paz, quien escuchó de Catalina, la criada española de María Cortés, el relato que había hecho en casa de la misma vieja María un joven que acababa de llegar al pueblo desde La Imperial. Me aterró la historia al punto de que no quise creerla, pensé que era algo que doña Inés no había entendido bien, siempre fue tan pesimista. Busqué yo misma a Catalina hasta que di con ella atendiendo a unos soldados en el fuerte. Estaba curando a un lancero que tenía ya tres dedos menos, no sé si cortados por los indios o por ella. Volvió a contarme la historia de terror sobre el fin de La Imperial y me aseguró que Valdivia tampoco existía. El soldado moribundo al que estaba atendiendo, apenas escuchó, porque Catalina me habló al oído, como le gustaba a ella. Cuando estaba despidiéndome me contó la salida de doña María a su hacienda, lo fácil que había sido salir con la nieve, lo sabios que son los indios de guardarse del frío, o algo así. La dejé hablando sola porque Catalina es muy buena para conversar y se alarga, nunca hace pausas a su relato, no se puede esperar que termine porque se le va a usted la vida, señor. Camino a casa me convencí de que

era nuestra única alternativa: aprovechar el invierno para huir hacia el este. Ya no había donde más ir.»

La testigo bajó la cabeza y siguió hablando con la mirada fija en la punta de sus chanclos de suela de madera.

«Mi esposo estaba en casa, fue de los que se negó a amontonarse en el fuerte con los demás. Empecé a juntar mis cachivaches sin hablar y él entendió todo. Solo dije: no hay nadie y nadie vendrá por nosotros, cayeron La Imperial y Valdivia, tal vez Osorno. Tal vez él ya lo sabía... Llevábamos casi dos años de sitio, creo. Todavía teníamos algo de fuerzas, pero ya no había esperanzas... Juan empezó a juntar sus armas, teníamos una ballesta y una espada. Saqué dos ponchos para el frío. Esperamos el atardecer y salimos a esa hora en que aún no es noche, pero se ve peor que en la oscuridad. Fue tan fácil salir. Un par de guardias dormitaban en el portón de la retaguardia, lo que daba hacia el río. Afuera solté mis cabellos y nos pusimos los ponchos, queríamos parecer naturales desde lejos. Me puse barro en la cara. Enfilamos hacia el lago y bordeamos el Mallolafquén por el lado sur que es algo más plano. Intentamos avanzar esquivando los ranchos que conocíamos. Apenas olíamos humo cambiábamos de ruta. A la orilla del lago pudimos avanzar pisando esa arena negra, las aguas ya habían limpiado la nieve y era más fácil dar pasos agachados. Avanzamos mucho esa noche y nos comimos todo el charqui que teníamos al salir. No calculamos bien las distancias, ni las provisiones. Pensamos que la cordillera nevada estaba más cerca y era de menor altura. Mi Juan no es un traidor, es un encomendero leal, pero ya no teníamos nada que hacer en la Rica, señor.

Lo juro. Podríamos haber ayudado a resistir, es cierto. Habernos quedado a hacer números, haber dejado más manos para curar heridos, haber abultado la lista de muertos. Fui cobarde y Dios nos castigó. Cuando cambiaron los colores del cielo al amanecer, nos metimos dentro del hueco de un gran árbol a dormir, más bien descansamos, porque todo crujía. Comenzó una de esas lluvias que rebotan en el piso y una ya no sabe si el agua cae del cielo o surge de la tierra. Recuerdo la sensación del agua corriendo entre la piel de mi espalda y mi camisa.

»Llegamos al otro lado del lago luego de dos noches a la intemperie. No llevamos pieles para aislarnos del suelo, ni un cuero, ni frazadas. Al llegar al valle del río que alimenta el lago, donde se abren las montañas, justo por donde sale el sol en invierno, nuestro calzado ya no se distinguía del barro que pisábamos y se había acabado nuestra comida. Me saqué el armador y mi guardainfantes.»

Constanza calló. Recordó el momento en que abandonó su justillo sobre el armazón en aquella ribera. Pensó en lo extraño que era tener esa imagen en su cabeza más fresca que la del parto de su hijo o que el momento de su liberación. Mientras hablaba no podía dejar de ver el esqueleto de sus ropas, los huesos de su vida española, el momento en que giró para mirarlo y vio ambas prendas desmayarse despacio sobre las piedras blancas.

«Nos alimentamos allí de unos moluscos pequeños que se pegaban a las rocas y logramos capturar unos cachuelos. Fue lo último que comimos mientras fuimos libres. Era invierno, no había frutillas silvestres ni nada. En ese valle Juan empezó

a cojear, apenas podía apoyar el pie izquierdo. Me agaché a revisarlo, lo tenía muy oscuro, le faltaba una uña y no sentía. Hincada a sus pies le pregunté si quería regresar. Me dijo que no, que nada mejor nos esperaba atrás, que ya nada podíamos hacer en la Rica ni por la Rica. Seguimos avanzando hacia el este rodeados de unos picos rocosos que apenas dejaban entrar el sol de la mañana. Es un valle tan majestuoso que recoge el alma, señor. Yo caminaba llorando y no era de tristeza, la belleza que nos rodeaba me sobrecogía... Quizás era el hambre que me tenía siempre al borde del llanto. Cuando se encajonaron aún más los cerros, tocándose y mezclándose sus cumbres, escuchamos pasos y voces. Juan insistió en que era nuestro propio caminar y nuestra misma habla que rebotaba en los cerros y volvía. Me empezó a hablar de Eco, del castigo que sufrió una mujer en otros tiempos muy antiguos condenada a solo poder repetir las últimas palabras de lo que escuchaba. Mi esposo siempre contaba historias raras como esa que le había contado a su vez una tía monja. Ha dejado de hacer eso. Ha dejado de hablar. Yo insistí en que alguien nos seguía y que la lengua que retumbaba no era la nuestra, así que nos internamos en un arcabuco, nos alejamos del valle y nos escondimos en una caverna. Una cueva enorme detrás de un salto de agua exuberante. Dios ha hecho maravillas en esas tierras. Tengo esas imágenes tan claras en mi memoria. Era una cueva tapizada de musgos verdes que brillaban en la oscuridad, la luz del sol entraba a través del agua y dibujaba sombras que bailaban sobre las rocas... los colores no se estaban quietos. Ambos creímos que era un buen lugar para sentarse a morir. Llevábamos cuatro días sin comer, el pie de mi marido estaba más negro y ya me hormigueaban las piernas. Dentro de la caverna, apenas

podíamos oír nuestras palabras porque la catarata hacía un ruido ensordecedor al golpear las rocas. Nos besamos como la primera vez. Nos besamos de despedida, nuestras bocas estaban secas, duras, nuestros labios partidos y sangrantes. No sé cómo, señor juez, hambrientos y adoloridos, concebimos a Luis. Eso lo supimos después. En ese lugar, ese día, no hablamos, no pensamos, nuestros cuerpos se movieron solos, fue como si se nos hubiera apagado el pensamiento, nos unimos y nos dormimos. Desperté con la punta de una lanza en mi garganta. Aquí.»

El escribano levantó la mirada y vio que Constanza acariciaba con dos dedos de su mano izquierda el hueco de su cogote donde descansaba la medalla. Ella tenía en su mente otra imagen, la de un pequeño escarabajo rojo que escalaba una roca cubierta de musgos mientras su marido la penetraba por detrás, horas antes, en esa caverna húmeda. Un resoplido de Merlo volvió sus pensamientos al frío tope de esa alabarda.

«Recuerdo que solo oía el agua y apenas podía ver porque la luz venía de atrás, no sabía si era mujer u hombre el que me amenazaba, si era indio o castellano. Y Juan no estaba a mi lado. Con la punta de la lanza mi atacante sacó los pelos de mi cara y vi sus collares con dientes de puma. Supuse que era un puelche, ellos cazan esos gatos gigantes en la cordillera. Cerré los ojos y recé en mi mente. Padrenuestros y avemarías, pedí perdón por abandonar a los nuestros, por mi cobardía, por salir a buscar la muerte de mi marido de esta forma tan absurda. El indio me levantó y me puso de boca sobre su hombro, así como lleva uno los corderos a la cocina. Levanté mi cabeza que colgaba y, al otro lado de la catarata, vi a mi

Juan con las manos atadas. Tenía la cara arañada y sucia y le sangraba una ceja, pero estábamos vivos.»

El escribano observó a Constanza tan curioso que ella se compadeció y no esquivó el recuerdo que quería borrar de su mente.

«Nos subieron a un caballo ya ensillado, nos cubrieron con mantas y nos llevaron así hasta su rancho. Pensé que, apenas llegáramos, cortarían la cabeza de mi marido de modo ceremonioso y que yo sería otra cautiva más. Seguimos senderos a través de bosques helados pero sin nieve, hasta que llegamos a un sitio lleno de humo, fuego, gente y calor. Nos bajaron del caballo y nos hicieron entrar a su choza como si fuéramos visitas ilustres. Algunos agachaban la cabeza al ver a mi marido. Si lo pienso, al entrar todos agachaban la cabeza, porque la puerta era baja y estaba cubierta de pieles. Tiritábamos de frío, estábamos muy delgados, más que todos ellos, y nos veíamos muy sucios. Quizás por eso, nos pusieron frente al fuego y nos dieron chicha de frutilla, la mejor que recuerdo haber tomado en mi vida. Nos llenaron los cuencos varias veces. Entre el humo, distinguí a un par de mujeres que me observaban serias y curiosas. Supe quién sería nuestro amo, porque daba órdenes con gestos de sus manos y hablaba en un tono más grave y ruidoso que todos los demás. Recuerdo haber mirado a todos esos hombres pensando con cual de ellos iba a tener que…»

Constanza apretó los labios y aguantó las lágrimas, el mismo gesto que había hecho esa noche que cosechaba en su memoria. El mismo gesto, para parar la misma pena.

«Mi marido estaba asustado y bebió demasiada chicha de frutilla. Luego trajeron un carnero vivo y le dieron el honor de degollarlo. Me puse a llorar porque pensé que era el inicio de la ceremonia de su propia muerte. Lloré con gritos, supliqué en voz alta a su divina majestad que tuviera clemencia, intenté acercarme al amo, al jefe, pero unos manos detuvieron mis movimientos y, al oído, una boca me dijo en nuestro idioma que no iban a matarlo. Era un chapecillo, uno de esos soldados bisoños desarrapados y sin oficio que también venía de la Rica; no sé si estaba allí por voluntad o prisionero. Me repitió al oído que no me preocupara, que me quedara quieta, y en el idioma de los naturales les dijo que todo estaba bien.

»Juan degolló al carnero, el amo le abrió el estómago y sacó los riñones y el hígado, los pasó por agua y luego los lanzó a las brasas frente a nosotros, así, sin preparación alguna: los hígados así se ponen tiesos y gustosos[8]. Al que nos había atrapado en la cueva, le dieron el honor de desollar al animal. Después supimos o entendimos que aquello era un signo de respeto y agradecimiento. Luego de tres días sin comer y de un año comiendo poco, nada supo mejor que esos riñones a las brasas y que ese asado. Mientras comía, seguía yo pensando que podía ser parte de nuestro fin, que nos alimentaban como hacemos nosotros con los cerdos… para faenarlos después. Juan, quien conoce hasta lo que pienso, me dijo que si fuera el fin, debíamos disfrutarlo aún más y así lo hice.

»Luego de beber y comer tanto, mis ojos se cerraban y mi cuello apenas sostenía mi cabeza, mas estaban todos de fiesta en ese rancho. Llegaban indios de otros lados a saludarnos y había que levantarse a saludar y expresar respeto. Repetían los marri marri. En eso estaba, una y otra vez, cuando de

pronto, medio dormida, medio despierta, vi la mirada de nuestra salvación.»

Constanza sonrió y secó con la esquina de su pañuelo la lágrima que se asomó por su ojo derecho.

«Rosa, que allí llamaban Wangulen, la niña a quien le había enseñado las historias de la Biblia en la Rica, entró a la ruca donde estábamos. Estaba embarazada y había engordado, pero reconocí sus ojos color aceituna y su sonrisa tímida. Traía en sus manos un vestido y un poncho. Se puso de rodillas a mi lado y empezó a sacarme las ropas todavía húmedas que me cubrían. Me ordenó los cabellos mientras cantaba…

Tú te revistes de valor
y con tu poder afirmas los montes.
Tú sosiegas el estruendo de los mares,
acallas el estrépito de sus olas,
y silencias el alboroto de los pueblos.
Tiemblan de miedo, ante tus maravillas,
los que habitan en los extremos de la Tierra.
Tú haces que el sol grite de alegría
al salir por la mañana, y al caer la tarde.
Tú, con la lluvia, cuidas de la tierra…»

Constanza cantaba con una voz grave y poderosa, una voz que parecía pertenecer a otro cuerpo. Era la voz de una mujer regordeta y bigotuda, no de esa mujer menuda y tan blanca. Cuando Constanza vio el pasmo del escribano y se dio cuenta de que había dejado de escribir, ella paró de cantar.

«¿Es el salmo? ¿No es así, señor? ¿El salmo…? Ay, qué caprichosa es mi memoria. Para entonces mi Juan ya estaba tirado en el piso durmiendo, el amo seguía bebiendo con sus vecinos y el chapecillo ya no estaba en la ruca. ¡Es el salmo 65! Dios es digno de alabanzas. Eso era. Yo no quería sacarme la camisa, pero Wangulen, que después supe que significaba estrella, insistió. Me desvistió delante de todos sin que nunca estuviera mi cuerpo desnudo. *Estaba ya tan vieja y sucia la camisa, que antes me servía de mayor tormento a causa de la comezón que me afligía, con tantos animalejos como había criado*[9].

»Me puso las ropas que usan ellos y encima un buen poncho. La mudanza de traje me provocó mucha angustia. Traté de despertar a Juan, pero fue imposible. Apenas estuve lista, Pichincura, el amo que nos había recibido con esa fiesta, se levantó de su lugar y con un gesto hizo que todos salieran de la ruca. Todos menos los que estaban inconscientes, que eran tres, entre ellos, mi marido. Wangulen le susurró al jefe algo al oído antes de despedirse. El amo me llevó al fondo de la ruca y me mostró su cama.»

Constanza recordó con algo de vergüenza su llanto de aquella noche, sus ruegos de rodillas abrazada a las piernas de su captor, su clamor en una lengua para ellos ininteligible y luego las carcajadas de Pichincura. El escribano la vio sonreír.

«Hacen unas camas con pellejos de animales y mantas de lana. Pichincura me cedió la suya y no me tocó un pelo esa noche, señores. Se rió en mi cara de mis miedos. Sacaron eso sí a Juan arrastrándolo de los pies. Recé para que no lo mataran, para verlo vivo al menos una vez más y me venció el sueño. La

divina clemencia de nuestro Señor escuchó todos mis ruegos… casi todos mis ruegos.

»A la mañana siguiente desperté cuando el sol ya entraba directo por el agujero en el techo de la choza. Interrumpieron mi sueño los gritos de mi marido. Me levanté del suelo y salí. Vi cómo tres hombres desnudos lo hundían en el agua agarrado de brazos y piernas. Juan intentaba zafarse y gritaba. No había oído que nos mataran así, no podía creer que fueran tan salvajes. Entonces divisé a Rosa riendo en la orilla con sus pies en el agua y ahí entendí que lo estaban bañando. Los indios no logran acostumbrarse a los olores del blanco ni a los propios… Se meten al agua todos los santos días, llueva o truene, haya o no necesidad. Bañan a los niños aunque estén sin bichos ni mugre. Rosa intentó convencerme esa mañana, mas le rogué que no me obligara a hacer tamaña barbaridad, cambiarme de ropas ya había sido suficiente.

»Como ya le relaté, fuimos cautivos por cinco años y tuvimos un hijo. El hijo que hicimos en esa cueva… Una criatura hermosa que estuvo mora por todos esos años. Juan sufrió con eso y con el resto, sufrió mucho más que yo. Ser esclavo es mucho más difícil que ser cautiva; además perdió su pie y todo se le hacía más difícil. Una olvida la deshonra del cuerpo, al menos trata de no pensar en ello, pero Juan trabajaba de sol a sol. Lo peor era después de las fiestas; tomaban por días y a veces lo molían a golpes. Les daba con él, unos lo pateaban, otros lo defendían y se armaba una trifulca. Hasta a Rosa la golpearon por tratar de defenderlo. Al otro día le pedían perdón. Mirarlo sufrir, ver su cuerpo cansado y herido y no poder hacer nada fue mi peor castigo. Él sufrió por andar descalzo y vestido de indio, mas traté de convencerlo de que eso no era lo importante. Luego de cinco años, nos dejaron

ir sin pedir nada a cambio, lo juro. Creo que se aburrieron de mis lamentos, o de mis enseñanzas cristianas, pues ya tenía a varios niños rezando el *paternostro*. Quizás Wangulén, mi Rosa, alcanzó al fin el poder que necesitaba. Estoy segura de que fue ella la que nos salvó la vida, porque a pesar de todo nos alimentaron, nos abrigaron y a mí me trataron todos esos días como a una señora importante.»

El juez insistió por última vez. Pidió detalles de lo que quedaba en la Rica cuando la abandonó. Constanza Ponce de León cerró los ojos, respiró profundo y levantó la cara hacia el cielo. Empezó a hablar sin abrir los ojos. El escribano divisó los cabellos rubios bajo el velo y las canas que empezaban a asomarse.

«Déjeme pensar. Una de las iglesias seguía en pie y también uno de los monasterios. La mitad de las casas del pueblo estaban sin daño. Teníamos todavía algo de grano y doña María Cortés había mandado a un grupo a plantar papas y cebollas a las callejuelas del pueblo. Bastidas le dio un par de soldados para vigilar esa cosecha… Aún había qué comer, pero muy poco. Había varios niños enfermos, muy débiles. Las mujeres cuidaban a los huérfanos y se encargaban de racionar el alimento.»

Merlo le pidió que pensara en la población que quedaba.

«Cuando nosotros abandonamos el pueblo, ya llevábamos casi dos años de sitio. Tal vez la mitad de la población española seguía viva, pienso, creo yo. Muy debilitada pero viva. Incluso nacieron niños ese año, eso recuerdo. Cuando ya estaba

cautiva meses después, escuché de los araucanos que solo quedaba un grupo de mujeres en el fuerte, que eran ellas quienes disparaban los cañoncillos y los arcabuces y que quedaban muy pocos hombres. Tal vez su capitán pudo haber salvado unos ochenta de los nuestros. O cien. Señor, le pido que me perdone, no lo sé.»

El escribano anotó concentrado los números en letra y números árabes. Merlo agradeció a la señora su testimonio. Constanza se acercó a su mesa antes de salir. El escribano escuchó todo a pesar de su susurro.

«Doctor, ¿podría usted poner allí que mi marido y yo luchamos junto a los nuestros hasta el final? Le juro que haré memoria y preguntaré a los demás todo lo que necesite. Convenceré a mi esposo de que venga a testimoniar y diga lo que haga falta. Solo le pido que escriba ahí que Juan Vásquez de la Calzada y Constanza Ponce de León lucharon junto a sus vecinos hasta el último día por defender su ciudad.»

El juez le dijo que ya no venía al caso, Constanza insistió.

«Señor, su excelencia, su señoría, lo único que vendrá al caso es lo que se lea después en esas páginas. Se lo suplico.»

Don Luis Merlo de la Fuente asintió. El escribano no hizo caso. Merlo pensó en María Cortés mientras amarraba el nudo de su capa. Lamentablemente, la necesitaba.

Día seis

Cuarta parte del testimonio de doña María Cortés de Rueda, o María Zapata, hija, abuela y madre de ilustres vecinos, sobre lo que pudo salvarse en la Rica de haber asistido a tiempo el capitán Hernández de Ortiz.

Luis Merlo y María Zapata se miraron por varios segundos a los ojos. El escribano contuvo la respiración lo que más pudo; tenía miedo de que el sonido de su exhalación hiciera estallar algo. Ella no comenzaría a hablar sin preguntas. El juez se negaba a repetirle las instrucciones otra vez. María cedió.

«Los pájaros nostálgicos de nuestras cosechas comían lo poco que poníamos a secar sobre nuestros techos. Así que también perdimos esa batalla.»

El escribano untó su pluma en tinta y la testigo esperó. María se sentía triste, esa mañana extrañaba a sus hijas cautivas en el sur más que a sus muertos.

«Estimado juez, antes que nada, es mi deber contarle que ver morir a los nietos de hambre no es lo mismo que verlos morir de viruela. Las enfermedades llegan desde otro lugar. Creía

yo, en ese tiempo, que las mandaba Dios y nada se podía hacer; nada más que sentarse a contemplar el destino y aceptar la voluntad divina. Ver a un nieto morir de hambre no es lo mismo que verlo morir atravesado por una lanza. Poco se puede hacer contra la fuerza de las armas. Se lamenta la pérdida, se siente tristeza, dolor, se maldice la guerra, pero no es lo mismo. Habíamos lamentado la muerte de cuatro hijos de Isabel, dos a manos de la enfermedad, otro herido en un ataque por uno de nuestros propios soldados, sin intención, y en medio del desorden, de las estampidas. Luego Martín se apagó de a poco. Pero Adolfo... ay, apenas tenía tres años. Tres años y su nombre ni siquiera figurará entre los fundadores de una ciudad ya perdida. Tres años y tuvimos que poner su cuerpo pequeño dentro de un agujero de tierra húmeda y lanzarle encima de su rostro las piedras y el barro porque ya no quedaba madera para los muertos. Por mi hija, aguanté mi propia tristeza. Mencionan los cañoncillos, arcabuces, espadas, el número de caballos de aquí y de allá, pero olvidan mencionar aquel aparejo que se entierra en el estómago de a poco. Ver a un nieto morir de hambre duele en un lugar más allá de la conciencia. Es una desesperación animal, no humana, ¿sabe? Es un dolor rabioso, ácido, quemante... porque es una muerte evitable. Es una muerte que se espanta con un poco de comida. ¡Piense, usted! A pasos nuestros, a treinta pasos, había una civilización llena de comida... A menos de una legua estaba la salvación de mis nietos. ¡Un pan! No necesitábamos curandero, ni alguna hierba desconocida, ni un médico capaz de coser, ni oraciones, solo necesitábamos un pan, un pedazo de carne, algo de leche... El dolor de la muerte por hambre mata el alma de los que quedan vivos. Es inhumano y es estúpido. La muerte de mi Adolfo me mató

el alma o como quiera llamarlo... mató el pedazo de mí que me separaba de las bestias. Y es importante que recalque ese punto, señor juez, porque solo desde allí se puede entender todo lo que pasó después. Tiene que recordar eso cuando hablemos del final. La oscuridad que invadió todo... Falta para eso, faltan unos cuantos meses...»

El escribano tachó la última parte de su escrito e hizo una pequeña marca en el papel. Le molestaba la manía de doña María de anunciar lo que vendría y retomarlo más tarde. Prefería el relato cronológico que facilitaba su trabajo y la comprensión del testimonio.

«Después de la muerte de mi quinto nieto y del mulato Beltrán, combatí mi desesperanza con acciones. El esposo de María de Paz, don Gonzalo Sánchez, se quedó con su hijo menor en la Rica. Abandonado por su mujer fue el hazmerreír de la soldadesca. Es una manera de decir, porque nos reíamos bastante poco ya. Junto a Gonzalo organizamos una siembra en las calles del pueblo. En una plantamos las papas que rescaté, en otra cebollas, en otra unos frijoles que nunca dieron, en otra el puñado de trigo. Plantamos apenas empezó la primavera, en septiembre, creo. Plantamos y nos armamos hasta los dientes contra nuestras propias gentes... Sí, señor... En las noches robamos macanas y ballestas del fuerte, y no entregamos nuestros cuchillos cuando Bastidas ordenó donar todo el metal para hacer más cañoncillos. ¿Sabe que gracias a esa medida de Bastidas llegamos a tener la mayor artillería pesada de la zona? Eso dicen los hombres ahora... para que vea que reconozco lo bueno también, ¿ve? El capitán fundió las campanas de las iglesias, las herraduras

de los caballos, nuestros prendedores, collares y hasta algunas cacerolas, pero nosotras guardamos nuestros puñales debajo de las polleras.

»Me gustaría relatar aquí que exagerábamos con tanta precaución. Quisiera yo contarle que el pueblo castellano se unió como una gran familia contra el enemigo indio, compartió el pan, se cuidaron los unos a los otros, que se privilegió la vida del más débil y se sacrificó a los fuertes. ¡Ay, cómo quisiera contarle esa historia! Mas no fue así. El hambre es un enemigo siniestro, debilita el cuerpo y a la vez envalentona los lados más oscuros de la mente. Teníamos que proteger la comida y protegernos de nuestros propios soldados, nosotras las mujeres. Todo por los hijos que nos quedaban. Y por los nietos. Los niños que antes corrían y jugaban, ahora apenas tenían energía para dibujar con un palo en la tierra del piso. Ya habíamos perdido el único cerdo que nos quedaba en una sola noche. Fue un grupo de soldados del fuerte dirigido por un tal Mendoza, no me acuerdo si Mendoza o Méndez. El asunto es que unos soldados agarraron al cerdito, estábamos esperando que creciera para hacer cecinas, y se lo comieron casi crudo, señor. Estuvieron en eso toda la noche. Como animales. Bastidas agarró a Mendoza y le cortó dos dedos de la mano izquierda como escarmiento, pero ya había desaparecido nuestro cerdo y, en ese momento, nadie pensaba todavía en comerse los dedos de nadie.»

El escribano carraspeó y don Luis Merlo suplicó que fuera al punto.

«Gonzalo nos enseñó a usar las ballestas y los cuchillos. Aldonza y Beatriz Lozana, no sé cómo ni por qué, sabían usar

muy bien los puños. Beatriz había perdido un ojo en la primera embestida y se vanagloriaba de haber matado con sus propias manos al indio que la dejó tuerta. Lo estranguló. Las hermanas Lozana dejaron de usar justillo al año de sitio y mostraban sus camisas sin vergüenza mientras trabajaban las plantaciones.

»Catalina, mi criada, ¡ay cómo la extraño!, disfrutó de esa época de siembra. La oía reírse mientras acarreaba sacos de tierra de un lado para otro y sacaba piedras por montones. Ana Chavarri, la esposa del corregidor, logró que su marido nos diera un par de soldados para preparar la tierra. Las calles estaban tan duras que en un comienzo no podíamos ni enterrar el azadón. Trabajamos duro. Dejamos unos senderos para pasar caminando y Bastidas ordenó a los caballos circular por el perímetro. Esos días que trabajamos sembrando fueron como un oasis. Empezaba a brillar el sol de nuevo, los árboles de los cerros a nuestro alrededor tenían hojas nuevas de ese verde que resplandece, los canelos estaban en flor y podíamos verlos al otro lado de la empalizada. Los cuentos de Beatriz Lozana nos hacían reír y, si alguien la molestaba, levantaba el parche y asustaba a todos con su ojo vacío. ¿Qué será de aquellas hermanas? Súmelas a la lista, por favor. Aldonza y Beatriz Lozana. Espero que ella siga con ese humor… Si está comiendo, debe estar contenta.»

El escribano vio que la testigo entrecerraba los ojos como si estuviera intentando ver algo en las sombras de la habitación. María Cortés trataba de recordar la cara de Beatriz Lozana, pero solo lograba ver sus escasos dientes y uno de ellos batiéndose mientras reía.

«Plantamos las calles y tuvimos que cuidar las papas con nuestra vida. Es difícil aguantar el hambre sabiendo que hay comida bajo la tierra y que debes esperar cuatro o cinco meses para gozar de sus frutos. Es más difícil cuando dudas que te quede todo ese tiempo de vida. Era tentadora la idea de comerse esas diez papas en vez de plantarlas. Pusimos a una mujer con ballesta o macana en cada calle. Una de las hermanas Lozada estaba siempre de ronda. Juntamos a los niños que nos quedaban en dos casas para no dispersar nuestra atención. Pasé bastante tiempo con Gonzalo Sánchez... Nos reíamos pensando que en circunstancias normales se nos habría prohibido caminar solos en la noche, sin chaperona.»

Don Luis Merlo volvió a pedirle a la testigo que acotara su historia a los hechos que incumbían, pero lo hizo de modo muy suave y paciente, muy distinto a las ocasiones anteriores. El juez ya sabía que doña María Cortés de Rueda era de los pocos testigos que le quedaban con cierta sanidad mental y buena memoria.

«Me acerco a la fecha que le preocupa, señor. Estoy hablando de fines de 1600, creo. De esa primavera justo antes de cumplir dos años de sitio. Bastidas nos dejó matar un caballo viejo en la espera. Hicimos charqui, morcilla y caldo de huesos. Mucho caldo. Bendito río que nos salvó de la sed. Aunque a veces salir a buscar agua, era una aventura mortal. Vivimos cuatro meses gracias a ese caballo, mientras se enverdecían las calles del pueblo. Fueron meses de mucha unión entre las mujeres que habíamos sembrado en las calles. No éramos todas las del pueblo, a muchas el miedo y la desconfianza las tenían atrapadas en el fuerte, otras apenas podían mover

las piernas, pálidas y débiles antes del sitio, o estaban locas desde antes de llegar a esta tierra... Imagine, usted, después. Algunas madres dejaban ir en la noche a sus hijas doncellas hacia los indios. Les rogaban que se fueran. Entre la muerte por inanición y la vida de cautivas, eligieron lo segundo y las comprendo. Si pudiera volver atrás, abriría ese portón para que corrieran hacia afuera todos mis nietos... Otras mujeres pensaron que era indigno de señoras de su alcurnia tomar un azadón o un arma para procurarnos alimento, más aún trabajar codo a codo la tierra con sus criadas. Su aporte era ese, pasarnos una criada. Yo espanté el miedo y la tristeza con esas labores...»

Sonaron dentro de la cabeza de María unos gritos desgarradores. La calle al otro lado de la ventana solo enviaba ruidos de un vendedor de manzanas. Eran otros gritos los que resonaban en su memoria: la última vez que escuchó la voz de Micaela. ¿Había pasado antes de esos setenta días o después? Un año antes, tal vez. ¿Cómo dejar esos gritos fuera de esta historia?

«Los soldados violaron una noche a una de las muchachas que hacía guardia. Fue en venganza porque intentó pegarles un macanazo. La violaron tres: Molina, Salazar y Carrasco. Beatriz Lozana salió cuando escuchó los gritos, pero ya era tarde. Uno le tapaba la boca y los otros ya hacían de las suyas. Pisotearon las papas y un buen pedazo del callejón de las cebollas persiguiéndola. Beatriz le quebró las piernas a Carrasco. Malditos. Castellanos y malditos. La dejaron mal herida y mal de la cabeza, no debo nombrarla. Nunca más quiso salir de casa y antes de la caída final, se colgó de una de las vigas

de los solares quemados. Ahí tiene usted, otra vida que tal vez habría podido salvar su capitán Hernández.»

María recordó el frío de la noche de la violación y que no fue capaz de ir a ver a Micaela. Isabel fue quien le llevó un caldo y le ayudó a curar sus heridas.

«A la mañana siguiente, fui donde Bastidas a exigirle un castigo severo para los violadores. Lo que correspondía era la horca. Me miró con una sonrisa oscura en la boca: Doña María, nos quedan treinta y siete soldados y usted quiere que ahorque a tres, me dijo sin bajar los pies de su mesón. Le recordé que él era el corregidor y su deber era hacer respetar la ley y proteger la dignidad de sus vecinos, que era lo último que nos quedaba. Se levantó y, apoyado en sus mapas, osó decirme que estábamos haciendo la vista gorda con muchos asuntos esos días… como con mis reuniones a solas con un hombre casado. Confieso que me puse nerviosa y, mirando sus papeles, cambié el tema. Le pregunté qué estábamos esperando. Me aseguró que ese verano llegarían los refuerzos. Y terminó con el mejor chiste de toda esta batalla: Doña María, ya pasamos lo peor. Pobre Bastidas, qué imbécil. Al salir le propuse que usara a algunos soldados o a un par de vecinos para construir una embarcación. Mi idea era tener una salida en caso de que los refuerzos no llegaran; supuse que tal vez podríamos huir por el lago. Esa parte no se la mencioné a Bastidas. Solo propuse un bote para buscar comida, para que saliera alguien a pescar en medio de la noche. Se rió en mi cara. Pero una semana después, estaba construyendo la embarcación en la playa. Esta es la primera vez que digo que la idea fue mía. Ya da lo mismo. Quemaron el bote a las dos

semanas. Los indios… supongo. Solo vimos el esqueleto humeante flotando frente a nuestras narices.»

La testigo miró fijamente al juez. Merlo sí tenía algo de Bastidas, confirmó María. Algo en los hombros echados hacia atrás, en su nariz levantada, en un gesto en la boca a medio camino entre la condescendencia y el asco, en su mirada irónica. Algo en el tono de su voz. Eso mismo sospechaba el propio Merlo.

«Hubo dos ataques fuertes antes del verano. Estaban las huellas en flor y los notros colorados. Debe haber sido noviembre o diciembre. Intentaron subir la empalizada por los cuatro lados y algunos lo consiguieron. Una de las guardianas de la cosecha, mi hermana, Juana, le dio a un huilliche en la pierna con una ballesta, fue más accidente que puntería. A ella anótela en su lista de héroes. Después lo golpeó con un tablón para que no pisara el trigo que ya salía. Arrastramos el cuerpo inconsciente hasta el cuartel general. Bastidas estaba buscando hace rato prisioneros con vida. Necesitaba información. ¡Como si hubiera una posible estrategia militar que desarrollar con el puñado de soldados que teníamos! A mí me habría bastado con saber que ellos eran miles y nosotros un ciento. Pero, parece que los hombres piensan distinto, sobre todo, cuando están tan desocupados. El capitán solo necesitaba desquitarse con alguien. Me arrepentí de no haber matado a ese pobre indio entre todas al lado de la cosecha de trigo. Si hubiera sabido las cosas que iba a hacerle Bastidas, lo habría matado antes con mis propias manos. ¡En qué animales nos convertimos, señor! Qué cerca estamos de las bestias. Estamos a días de

distancia, a unos pocos panes de menos. Y osamos llamarnos criaturas de Dios.

»El siguiente malón también fue de día. Me obsesioné con las cosechas de tal manera que me dolió más que los caballos pisotearan la mitad de las cebollas que la muerte de dos hijos de Rodríguez, de tres soldados y de las últimas monjas que nos quedaban vivas. Se prendieron fuego ellas mismas antes de que las llevaran cautivas. Y yo y varias como yo, estábamos preocupadas por las cebollas. Supongo que lo mío era el futuro y lo otro era el presente inevitable. Ya le dije qué era lo peor de la guerra… la alegría que da la muerte que no toca. Lloré cuando las heladas quemaron los brotes de frijoles. Mi hija María me regañaba, decía que me estaba volviendo loca. Tenía razón. Yo con la comida y Bastidas con la guerra, mejor dicho con la defensa inútil de nuestra propia prisión. Ambos sin ver lo importante. Pero mi lucha era más razonable, su señoría. Creo que lo era. Es lo que nos permitió vivir un año más y estar aquí… a algunos.»

María se refregó los ojos con el índice y el pulgar de la mano derecha, como si quisiera ver bien lo que pasó hace diez años. El escribano aprovechó de terminar las últimas frases pronunciadas con prisa. Don Luis Merlo estaba adormecido, entregado, conforme. Esperaría.

«Cuando se cayeron las flores de los canelos y de las huellas, decidimos celebrar Día de Reyes. Sacamos la primera cosecha de papas y nos comimos diez cebollas anticipadas. Pusimos a todo el pueblo que quedaba en fila. Mire, señor, este dato le puede servir. Recuerdo haber preparado ochenta y siete raciones. Esos quedábamos de los trescientos que éramos.

¿Éramos trescientos?, ¿quinientos? Recuerdo ese día de cosecha, lo recuerdo bien. Fue el primer día de mucho calor así que aprovechamos todos de secar ropa.»

Luis Merlo se acomodó en la silla y doña María estiró sus dedos y empezó a contar en silencio. El más feliz era el escribano, pues disfrutaba de apuntar números, cantidades de lo que fuera, menos de muertos.

«Ochenta y siete raciones con niños y sirvientes incluidos. Ya no quedaban indios amigos. Quizá solo un par… Comimos en la casa mis cuatro hijas, mis cinco nietos, Juan Sarmiento, mi yerno, mi hermana Juana, Catalina y las dos esclavas (ya no me quedaban criadas indias), Gonzalo Sánchez, las hermanas Lozana, cuatro niños que habían quedado huérfanos y yo. Con unos restos de cera, Isabel armó una vela, la encendimos. Isabel hacía esos pequeños milagros. Saboreamos las papas nuevas despacio y en silencio. Nadie habló. Apenas tocáron el charqui que quedaba. Los niños estaban contentos. Salí y me senté en un pedazo de tronco. Me acuerdo que cerré los ojos y puse mi cara al sol. ¿Por qué recuerdo eso y se me han borrado los rostros? El pueblo entero olía a ropa mojada. Dejé un pedazo de papa en mi boca por mucho tiempo y reviví el matrimonio de Isabel. Lamenté que Beltrán no estuviera disfrutando ese sol y que dos de mis nietos se hubieran ido por culpa del hambre antes de la cosecha. Entonces sentí unas manos en mis hombros. Era el niño cojo, el que había ayudado a entrar al fuerte, el sobreviviente de La Imperial. Bernardino. Me dio las gracias. Se veía repuesto. Sin su pierna, eso sí. Se la había cortado el médico desde arriba de la rodilla. Se las arreglaba con dos palos que usaba como bastones. ¿Alguien

sabrá que estamos aquí? ¿Alguno de los nuestros? Me preguntó eso mientras miraba como humeaba el volcán. No le contesté nada y él dijo muy seguro que no. Nadie sabe que estamos vivos por eso nadie vendrá por nosotros. Creerán que ya estamos muertos. Bastidas escuchó esas frases del chico y se acercó. Nos aseguró que los mismos indios y los castellanos entre los indios se encargarían de hacer correr la noticia. Todo se sabe al final, dijo con esa voz de autoridad que ponía, tarde o temprano llegarán, gritó. Antes del otoño, acuérdese de mí. Usted, ya se hizo una idea de lo que había en la cabeza del capitán... dentro de la cual por estos días se bebe muday en alguna aldea.

»Ese verano fue bueno. Muy bueno comparado con todo lo que nos esperaba. Nos quedaban algunas cecinas, un poco de charqui y verduras. Racionamos lo mejor que pudimos, pensando que llegarían a rescatarnos antes del siguiente invierno, como prometía el corregidor. Yo era la única que pedía que comiéramos menos porque no creía en Bastidas ni en su optimismo. Pero es muy difícil mantener a los niños con hambre mientras hay comida guardada. Los obligábamos a estar al sol cerca de las casas y apenas oíamos caballos los escondíamos en los agujeros del grano. No los dejábamos correr para que no gastaran energías ni les diera hambre. Les hizo bien el sol, a todos nos trajo algo de vida de vuelta. El problema del calor fueron los olores. Bastidas instaló todo cerca del fuerte..., las letrinas también. Nunca pude acostumbrarme al olor de nuestras heces a tan pocos pasos de nuestra comida. Mi hija Isabel que fue siempre tan optimista, me decía que lo bueno de la hediondez era que nos quitaba el hambre. Esas eran las salidas de Isabel, siempre mirando lo bueno. Había perdido cuatro hijos y aún sonreía y volvía a embarazarse.

»Hasta que un día Bastidas pidió niños como voluntarios. Había enviado ya varios mensajeros hacia Concepción sin suerte. Creyó que un niño tendría más posibilidades. Encerré a mi hija María y le prohibí siquiera pensarlo. Sabía que ella creía que podía ser la salvación de Pedro y de Juan, y yo le insistí que su hijo estaba mejor entre nosotras que solo en esa selva. Isabel escondió a los chiquillos que le quedaban sin que le dijera nada. Gonzalo Sánchez picó el anzuelo y ofreció al único hijo que le quedaba vivo: Juanito, que a esas alturas tenía unos ocho años. Ocho. Lo enviaron a fines de marzo. Le pegaron cartas al cuerpo con unas telas para que al menos viajaran con su cadáver hacia algún lugar. Le pusieron una camisa que tuvieron que cortar porque la pisaba y encima una coraza de cuero que usaba el mulato Beltrán... Le llegaba a las rodillas... Bastidas lo hizo mirar el mapa varias veces y los cerros que nos rodeaban, para que entendiera sin confundirse cuál era el norte y cuál el oeste, para que memorizara hacia donde estaba Concepción, si es que aún estaba.

»Partió el veinte de marzo. Lo recuerdo porque era el aniversario de la muerte de mi primer marido y mis hijas mayores no me dejaban olvidarlo. Se fue en la noche. Lo hicieron avanzar sobre sus manos y rodillas entre los pastos. Me paré junto a su padre en el portón de retaguardia hasta que su silueta desapareció entre los árboles. ¡Qué ganas de haber tenido algo de fe! Su padre rezaba en voz alta y a mí se me encogía el corazón. Esa noche empecé a odiar a los míos. A Sánchez por ofrecer a su hijo, a Bastidas por su estúpida idea, a ese lote de soldados cobardes encerrados detrás de esa pared en vez de ir a buscar ayuda, a la madre de ese pequeño que lo había abandonado. Mi rabia era tan inmensa, que quería escupir fuego... Quería gritar, pero delataría a nuestro frágil

mensajero, quería asesinar a alguien ahí dentro, pero tenía que hacerme cargo de mis hijas y mis nietos. No pude contenerme. ¡No pude! Le di varias bofetadas a don Gonzalo hasta que un soldado me agarró los brazos por la espalda. Entonces, le lancé patadas… Sánchez no se movía, recibía mis golpes como un castigo merecido, como un sumiso condenado. Le hice sangrar la nariz, le boté un diente. Empezó a llover. Todos se fueron, quisieron que entrara, pero me quedé ahí. Me pegué a la empalizada pensando que al comenzar la lluvia el pequeño Juan correría de vuelta hacia nosotros. Esperé. Esperé toda la noche. Sola. Don Luis, el pequeño Juan tenía ocho años. ¿Esculpirán su monumento, señor? ¿Repetirán su nombre los libros de historia? ¿Se lo habrán comido los cuervos? Escriba ahí que un niño de ocho años salió a buscar ayuda y nunca volvió… Escríbalo. Escriba su nombre. Jamás volví a hablarle a Gonzalo Sánchez. Nunca más. Ni lo haré.»

El escribano vio por primera vez una lágrima en el rostro de doña María y cómo ella dejó que avanzara desde su ojo a su mejilla, a su cuello, a su escote, hasta que la absorbió su camisa. En todo ese recorrido, María mantuvo silencio y la vista fija en los papeles. No se había enterado de que estaba llorando.

Por primera vez, Luis Merlo tuvo que pedirle que continuara. María Cortés de Rueda negó con la cabeza, pero siguió entregando su testimonio sin levantar la vista de la mesa. Solo movió su mano con su dedo índice estirado de un lugar a otro como si estuviera mostrando caminos en un mapa.

«Nadie vino, ni de los nuestros ni de ellos, hasta la primera lluvia de abril. Entraron apenas despuntaba el amanecer.

Llevábamos dos meses sin ataques y, al menos María y yo, habíamos bajado la guardia. Los niños estaban afuera del escondite. Me despertó el ruido de los caballos, pero ya era tarde. Creo que cuando la tierra está blanda por el agua recién caída, los cascos retumban menos, no lo sé. Apenas abrí los ojos, vi cómo arrastraban a María del pelo. Juan se lanzó sobre los araucanos para detenerla y lo agarraron a él como si fuera un saco de frijoles y lo lanzaron lejos. Se la llevaron antes de que pudiera salir de mi sueño. Tanto así que creí que era una pesadilla hasta que la busqué sin resultado por todo el pueblo.

»Bastidas no alcanzó ni a cargar los cañoncillos. Los soldados se resbalaban en el barro y en su propia sangre. Los que trataban de rescatar a sus mujeres igual. Los indios solo golpearon con sus macanas a los que les pusieron resistencia para tomar a sus presas. No llevaban sus lanzas ni sus boleadoras; no fue un ataque, fue una cacería en busca de mujeres y niños. A mediodía, cuando los sucesos se calmaron un poco, cuando logramos controlar el fuego que habían iniciado en las caballerizas, recoger a los heridos y contar a los muertos, nos dimos cuenta de que se habían llevado toda la comida que nos quedaba, a María, a Aldonza Lozana y a Ana de Luna. Habían matado a diez soldados y se habían llevado al hijo de Bastidas. Ana Chavarri estaba de rodillas en la puerta de su casa con la cabeza entre sus manos. Se arrancaba el cabello. Partieron a buscar al capitán y eso empeoró las cosas; se le fue encima como una fiera, le arañó la cara y él la empujó lejos. Le gritaba que fuera a buscar él mismo a su hijo y lo trajera de vuelta, le dijo que no volviera a entrar a esa casa hasta que viniera con el pequeño Rodrigo de la mano. Le lanzó dos bastones y luego tomó un cuchillo. El capitán levantó las manos y le pidió que se calmara. Uno de

sus soldados la apuntó con un arcabuz. Bastidas lo fulminó con la mirada. Todos los que quedábamos observamos la escena perplejos. Nuestro capitán abatido y humillado por su mujer. Bastidas retrocedió sin darle la espalda. Ana me miró. Nunca fuimos muy cercanas, ambas habíamos tenido poder en el pueblo; ella tal vez temía que yo la juzgara o la opacara, no lo sé. Pero ese día me miró porque su marido avanzaba de espaldas hacia mí. Todas las mujeres estábamos armadas con algo y ella lo sabía. Sentí que Ana me pedía ayuda o tal vez quise creer eso para pegarle un macanazo en la cabeza a Bastidas o enterrarle mi puñal en el cuello como tantas veces había soñado…»

Don Luis Merlo se puso de pie.

«No pasó nada, señor juez, uno no acomete todos sus impulsos y aunque estábamos a pocos pasos de las bestias, ese día aún no llegaba para mí. Bastidas volvió al fuerte y durmió allí el resto del sitio.»

María no quiso mencionar cómo sangraban las narices de Ana ese día, cómo quedó manchada su pollera. Recordaba eso y su respiración como la de un toro, sonora, húmeda, salvaje.

«En mayo entendimos una de las razones de esa cacería. Nos rodearon unos trescientos, cuatrocientos indios. No sé sumar multitudes, su señoría. Pueden haber sido mil. Solo sé que rodeaban la empalizada completa sin dejar espacio entre sus cuerpos y todos tenían un caballo y una lanza. Más atrás había otra fila igual con menos caballos y algunos de a pie. Los vimos hacer esa formación a nuestro alrededor. Un ejército

numeroso y ordenado. Yo encerré a los niños y me quedé afuera porque quería ver si podía divisar a mi hija María. Muchas veces habíamos visto entre los indios a los cautivos recientes. Cuminahuel avanzó gritando el nombre de Bastidas… Entonces vi que traía a su único hijo, al pequeño Rodrigo, montado delante de él sobre el caballo. Ese niño debe haber tenido unos siete u ocho años.

»Nadie salía. Vi que el prior conversaba con Bastidas, con Córdoba Aguilera y con Becerra. Traté de acercarme a Becerra y el desvergonzado me alejó de un manotazo. Nadie lo respetaba en nuestro pueblo hasta que le salvó la vida a Bastidas en el primer ataque. ¡Olvidé contarle eso! Nuestro heroico comienzo, apenas en la primera embestida de los purenes, nuestro feroz capitán Bastidas cayó al suelo y su enemigo político, ese Becerra, tuvo que aturdir a macanazos a Pilcoturo y Lebopar[10]. ¡Cuánto mejor estaríamos si lo hubiera dejado ahí tirado! Era un autoritario ese Becerra, pero creo que de lo más sensato que tuvimos. Sigo con mi historia… Estábamos ahí escuchando nuestro partido, el ofrecimiento de libertad a cambio de darnos por vencidos… y yo dudé si ir a buscar a la madre del niño. En lugar de Bastidas, el prior se asomó por sobre la empalizada. Cuminahuel habló largo en su idioma, solo entendíamos la palabra Bastidas que pronunciaba con perfección mientras se paseaba sobre su caballo de un lado a otro. El niño miraba hacia dentro, buscaba con la cabeza a alguien... Corrí a buscar a Ana para que el pequeño al menos viera a su madre y para que ella comprobara que su hijo estaba vivo y se veía saludable. Se apreciaba que ya comía mucho más que en su casa solariega los últimos dos años. Cuando volví con ella al centro del fuerte, un intérprete tradujo para Bastidas el mensaje

entregado: Sabemos que ya no tienen comida, quedan menos de un ciento; les ofrezco rendirse y mantenerse vivos, ofrecemos dejar con vida a su capitán y a los vecinos que se rindan junto a él.»

Don Luis Merlo apoyó los codos sobre la mesa y la cara en sus manos. Doña María pidió agua y el escribano aprovechó de rellenar algunos espacios que había dejado sin artículos ni puntuación por el apuro.

«Bastidas ni siquiera miró a su mujer. Llamó a un soldado y entre dos guardias se la llevaron a la fuerza de vuelta a su casa. Ana lanzó maldiciones y amenazas que no repetiré por respeto a usted, señor. Le gritó a su hijo que se reuniría con él. Yo quise creer que era yo quien no estaba comprendiendo bien. Intenté acercarme al grupo de hombres que siempre discutía a puertas cerradas nuestro destino, el famoso círculo de hierro de Bastidas, pero un soldado me detuvo en seco. Le grité al capitán desde donde estaba que el toqui tenía razón, que todos sabíamos que lo que decía Cuminahuel era cierto. Le rogué que observara cuántos indios nos rodeaban, que al menos se asomara a ver cuántos eran, que hiciera el ejercicio de abrir los ojos y voltear su cabeza barbuda para contar cuántos había afuera y cuántos quedábamos adentro. Bastidas ni me miró, subió la escalera y se asomó por sobre la empalizada. Deseé que una lanza le volara la cabeza. Vi entre los troncos que tenían a su único hijo con un cuchillo en la garganta. Cuminahuel habló en castellano: Ríndase, capitán. Salve la vida de su gente. Ya es suficiente. Y, entonces, Bastidas pronunció otra vez su frase favorita: Rendición jamás. Y luego dijo: *Fuego al cañón, fuego a los arcabuces*[11].

»No sé qué pasó después entre ellos, porque apenas oí esas palabras salir de la boca de nuestro corregidor, corrí a avisarle a Isabel que se venía lo peor. Imaginé, mientras me alejaba de los soldados, que le atravesaban el cuello al pequeño Rodrigo de oreja a oreja con el puñal y se abalanzaban sobre el pueblo. Les habría tomado pocas horas arrasar con todo y atraparnos uno por uno. El ofrecimiento de rendición era un regalo. Un acto de misericordia.»

El escribano se rascó el cuello, nervioso. Doña María estaba hablando de modo veloz, no alcanzaba a seguirla. Lo distraía además la saliva que se estaba juntando en la comisura de los labios a la testigo y que comenzaba a burbujear. Lo mismo le pasaba a su abuela cuando hablaba demasiado rápido y de corrido.

«Los indios no hicieron nada de lo que imaginé. No le cortaron la cabeza al niño y, luego de gritar arengas alrededor de la empalizada, desaparecieron. Recordé las palabras de mi hija: No quieren matarnos, quieren volvernos locos. La busqué entre las filas de los naturales antes de que desaparecieran en el monte. No pude encontrarla. Gracias a Dios, esa noche Isabel dio a luz a una pequeña niña. Era lo que necesitaba para ocupar mi mente y el alimento que esperábamos para los niños: su leche materna. En esos días, las mujeres que parían se convertían en nodrizas de todo el pueblo y sus cuerpos respondían a costa de su propia salud. Cada nacimiento era la posibilidad de que al menos los niños tomaran algo de leche, luego la madre, luego los soldados y por último el resto. Bueno, confieso que eso es lo que creía Bastidas, porque nosotros nos repartíamos la leche antes de llevarle los cazos con leche aguada a sus soldados.

»Ana Chavarri se encerró en su casa y no sé de qué se alimentó esos meses. No la vimos hasta la primera nevada. Un día pensé que el viento movía nuestra puerta, debe haber sido a mediados de mayo o junio de 1601. Era su frente rozando las maderas, no tenía fuerzas para golpear. Ana llegó a nuestra casa como un esqueleto caminante, tenía heridas en los hombros hechas por sus propios huesos y apenas se mantenía en pie. Me costó reconocer a la esposa del corregidor en su cara huesuda y sucia; me costó reconocer su belleza en una cabeza que, en vez de cabellos, tenía solo un par de pelusas grasientas. La mujer más elegante y bella del pueblo estaba convertida en una viejecita que mostraba sus dientes superiores hasta los colmillos porque ya no podía juntar sus labios. Isabel me ayudó a acostarla sobre unas mantas. Le di un poco de su leche, apenas pudo beber una cucharadita, la pusimos al lado de un fuego. Olía pésimo, no había salido ni para sus necesidades. Creo que el frío la hizo pedir ayuda justo antes de morir de hambre. No sé por qué mandé a buscar a Bastidas, idioteces de una. Cuando la vio, se puso a llorar como un niño. Me asusté porque estuve a punto de compadecerlo. Aproveché su debilidad para pedirle que se rindiera. Una vez más. Se secó las lágrimas y me dijo que era una traidora de la peor calaña, que si salíamos vivos de ahí me haría un juicio por traición a la corona, que no hacía más que instigar la insurrección, que estaba coludida con el toqui Cóndor Rojo, que Dios me iba a castigar, que si seguía por esa senda insidiosa me colgaría en la plaza Mayor. Dijo plaza Mayor, me parece oírlo ahora. No pude evitar reírme en esa parte: había perdido a cinco nietos, a mi hija María, a Juan, a todos mis hermanos y sobrinos, a mi único hijo hombre…»

María espantó el sollozo que avanzaba por su garganta con una tos y trató de recordar la taza y la cucharita que había usado para alimentar a Ana durante esos días. Trató de llenar su mente con la oreja de esa taza. Si pensaba en eso, todo estaría bien.

«Estábamos todos en los huesos y Bastidas creía que había espacio para más castigo y que había plaza Mayor. Lo eché de mi casa a empujones. Mi obsesión con la mejoría de Ana Chavarri, la leche de Isabel y los cuidados de mi hermana Juana, la salvaron. Poco a poco recuperó el color. Teníamos escondidos unos restos de charqui que dábamos a los niños y la dejamos comer eso; la dejábamos chupar un pedacito cada día. Ana lo daba vueltas en su boca. No sé qué me pasó. Tenía bajo mi cuidado a mi hermana Juana, a mis hijas Isabel, Ana y Beatriz que estaban todavía conmigo. Estaban Pedro y los tres hijos vivos de Isabel… más los huérfanos que iban en aumento. Tenía las manos llenas, ¿sabe? Llenas de preocupaciones para espantar los fantasmas de mis muertos y cautivos. No sé qué me pasó, señor, pero curar a Ana Chavarri se transformó en una manía. Me pillaba en las noches poniendo mi dedo índice bajo su nariz, moviéndola un poco con el pie, como si la amenaza de su muerte me importara más que la propia.

»¿Habrá sido el odio parido que le tenía a Bastidas que se transformó en dedicación hacia quien lo odiaba tanto como yo? ¿Habrá sido María, el peso de su ausencia, la imagen de sus gritos alejándose sin que yo pudiera hacer nada? ¿Habrá sido el vacío que ella dejó lo que quise llenar con Ana? ¿Habrá sido que en ella veía mi juventud, o solo me volví una buena vecina? Estaba tan delgada que yo misma la llevaba en brazos a tomar algo de sol afuera, para que respirara aire fresco.

Aunque el sol entibiaba, demoró muchos días en dejar de tiritar y casi tres meses en volver a hablar. Tal vez la usé para reemplazar a mi Catalina que tenía cada vez más trabajo ayudando a los soldados heridos y ya no venía a hablarme. Ella sí que habla, señor, pero su conversación al final era mi música. Catalina nunca dejó de conversar, era como si creyera que sus palabras sujetaban la vida de ella y de los que intentaba salvar. Mi criada española se acercó a Gonzalo Sánchez desde que yo dejé de hablarle y ambos tomaron como ocupación ayudar a los heridos y los enfermos. Usaron las caballerizas de la casa, donde antes habían vivido las indias, para instalar a soldados y vecinos. Armaron una especie de hospital. Sánchez se volvió maestro en amputaciones. A veces, al cruzar el patio, veía yo pies, dedos humanos, manos, una pierna completa flotando en un barril de madera. Entre los dos, inventaron aparatos para hacer caminar a los cojos y lograron poner de pie a lo que rescataron de tres soldados que dábamos por muertos. Sánchez con su serrucho y Catalina con sus emplastos, brebajes y algunas oraciones que yo no había oído antes. Se corrió la voz de sus habilidades. Y a poco andar..., ya le he advertido señor juez que el hambre nubla la mente..., vi que se formaban filas fuera de casa para visitar a los curanderos. Vecinos con mordidas de ratón, mujeres con picaduras de insectos, niños afiebrados, soldados con hambre. Empezaron a creer que Catalina y Gonzalo tenían la cura para todo, que eran unos brujos. Algunos guardaban restos de sus raciones de comida, un pedazo de papa, la rata que habían cazado esa mañana, un par de callampas silvestres, para tratar de conseguir los favores de Catalina. Cuando vi los rostros de esos vecinos desesperados por saltar un puesto en la fila, varios de ellos sin dientes y con poco pelo, supe que nos quedaba poco. Supe

con solo mirarlos lo que se nos vendría encima y no era un ataque araucano. Créame, señor.

»Yo seguía desenterrando de las calles papas y cebollas. Hacíamos caldo de todo. Un día mi hermana Juana llegó con un caldo muy bueno. Le preguntamos de qué era y dijo que de alforjas. Estaba hirviendo todo el cuero que encontraba. Fue una gran idea. Yo estaba segura de que Bastidas y los soldados tenían comida escondida en algún lado porque los veía demasiado en pie para estar pasando hambre. Así que decidimos que lo que encontráramos sería para nosotros y ellos se las arreglarían por su cuenta. Juan Sarmiento, el marido de Isabel, estuvo de acuerdo y todos guardamos el secreto.

»Cuando digo que empezamos a proveernos nuestra propia comida, se imaginará usted que no me refiero a carnes ni huevos, ni nada de eso. Ya no quedaba nada. Nos habíamos comido todos los conejos, los huevos de palomas, codornices y queltehues que acostumbraban a habitar la Villa. ¡Nos habían abandonado hasta los pájaros! Mis soldados favoritos, Gabriel y Pedro, cazaban a veces pájaros con boleadoras, pero era muy difícil.

»El invierno complicó aún más nuestra situación. Los niños se quejaban todo el día y, cuando alguno se callaba, nos preocupábamos. Mi hermana Juana empezó a cazar insectos, unas cucarachas negras que algunos llamaban madre de la culebra y también unas polillas grandes que a veces encontrábamos en la propia ropa que usábamos. Les sacaba un polvo dorado que traían, las lanzaba a un sartén y se las daba fritas a los niños. Les decía que eran alitas de una gallina que había encontrado. O de un pollo pequeño. Nevó y se nos acabó la posibilidad de mascar las hierbas que teníamos, las hojas de las

papas, los restos que quedaban sobre la tierra. El hielo quemó todo. Entonces, Beatriz Lozana y Gonzalo tuvieron una idea. Antes debo decirle que Beatriz llevó muy bien la partida de su hermana, creo que yo la extrañaba más que ella. Beatriz decía que estaba contenta porque de seguro Aldonza estaba comiendo mejor que nunca y que no permitiría que le tocaran un pelo. Ella estaba decidida a reunirse con su hermana cuando Dios lo dispusiera y para eso estaba empecinada en comer lo que hubiera y mantenerse viva. Quizás por ese empeño fue la primera que se atrevió a cocinar ratas. Gonzalo Sánchez intentó contarme el nuevo plan que tenían y yo me negué a hablar con él. Vino entonces Beatriz con su taza de agua caliente; tomaba agua caliente todo el día, decía que le quitaba algo el hambre. Se acercó y me habló de las jaurías de perros salvajes. Nos rondaban fuera de la empalizada como cuervos, como si esperaran nuestra muerte y estuvieran impacientes. Sorprendidos de nuestra resistencia, aullaban de hambre como nosotros. En las noches, los oíamos rasquetear la empalizada, pero apenas nos acercábamos huían. Su idea era cazarlos y usar como carnada las partes mutiladas que sacaban Catalina y Sánchez. Una vez entusiasmados con el festín, teníamos que darles un macanazo y asegurarnos la presa. Comimos perros durante tres semanas pensando que durarían para siempre. Pero hasta los perros nos abandonaron. Pasamos ese invierno a punta de perros. Perro en caldo, perro al fuego, perro en lonjas secas…

»La primera vez que probé, no lo resistí. Estaba devolviendo todo apoyada en la pared de la casa cuando oí el grito que ya reconocía. Es parecido al ayayay, un ayayay largo… pero es otra cosa. Pedro, el segundo hijo de María, salió corriendo a protegerme. Le llegó una flecha en el cuello.»

María sobó con sus dedos de la mano derecha el espacio de piel que cubre la yugular. Miró a la mesa por unos breves segundos. Sabía que Pedro tenía los mismos ojos de su hijo Francisco, pero no podía recordar el rostro de ninguno de los dos. Su único hijo hombre y su nieto mayor se habían esfumado; a veces, se pillaba preguntándose si de verdad habían existido.

«Lo arrastré como pude a las antiguas caballerizas hasta que empezaron a quemarse. Pedro susurró que no le dolía nada. Se acercó Inés de Paz a sacarnos de ahí. Creo que me desmayé con el humo, o ya no tenía ganas de correr a ninguna parte. Nos metieron al solar y separé a Pedro de mi regazo para mirar su cara. Estaba hace días ojeroso y pálido, ahora sus labios estaban del mismo color de su piel. Se había desangrado en mis ropas. Miraba la eternidad con sus ojos negros abiertos. María ya no estaba para llorarlo y yo no tenía fuerzas para levantarme del suelo. Mi hermana Juana y mi hija Isabel se encargaron de enterrarlo al lado de Martín.

»Esa noche fuimos a rezar sobre un montículo de tierra sin cruz. Era el sexto nieto que enterraba en esa villa maldita. Su capitán tal vez pudo llegar el día antes de ese ataque, no sé qué día fue. De las ochenta y cinco que conté la última vez quedamos cuarenta y dos. Los que quedamos nos reunimos sin querer en la plaza, justo al caer la noche. Ensangrentados, flacos y sucios parecíamos una jauría en hambruna. Unas bestias sin fuerza, unos animales viejos. Busqué en las miradas por si quedaba algo humano en nosotros. No recuerdo ninguno de esos ojos. Mi mente sabe, eso sí, que ese día al atardecer quedaban vivos algunos vecinos ilustres. Pedro, Gabriel, Pablo Fernández de Córdoba, Pedro Alonso,

Domingo de Urasandi y aún más mujeres... Inés de Paz, la rara de Lorenza, la misma Ana Chavarri, mis vecinas con las que hasta hace unos años nos quejábamos de la poca variedad de paño que llegaba a la zona. Sé que los observé con paciencia, iluminados por un fuego débil que los hacía pasar del gris al rosa. Recuerdo la mugre, los pómulos salidos, las uñas negras, los cabellos apelmazados. Recuerdo la sangre de Pedro en mi vestido. Me acerqué al fuego para que se secara la mancha en mi basquiña de paño verde. Su sangre formó en ella el mapa de un país irreconocible... Llevé su huella conmigo hasta que me desvistieron los indios meses después. Ana Chavarri se acercó a mí y pasó su brazo sobre mis hombros. Me susurró al oído. Aseguró que tenía que haber una razón para estar vivos y que apenas tuviera fuerzas se iría tras su hijo. Huir podía reunirme con María, pero no podía dejar solos entre esos hambrientos a Isabel, a mi hermana Juana y a los tres nietos que me quedaban, y menos a Juan que solo me tenía a mí. Recuerdo que ese día pensé: no puedo dejarlos solos porque pueden comérselos. Eso pensé, señor juez. Sabía lo que se venía. Alrededor de esa fogata creo que todos lo supimos.»

María Cortés de Rueda se veía cansada, como si su cuerpo hubiera viajado a la tarde de su relato. En las últimas frases su voz se había pausado; un desaliento antiguo se arrastraba en sus palabras.

«¿Sabe? Mi nieto Pedro habría sido un gran soldado. Era valiente y decidido, prudente a la vez. Podría haber llegado a ser capitán de este reino...»

El escribano ocupó el último pedazo de la hoja con «nietos que me quedaban» y no siguió escribiendo. Guardó para sí algunas incoherencias de doña María, como hablar de Pedro y Gabriel cuando ya los había dado por muertos.

Día siete

Testimonio de Lorenza de la Calzada, originaria de Angol[12].

«Fui bautizada en Angol, soy hija de castellanos, bebí por primera vez la sangre de Cristo en la Villa Rica a los diez años. No traicioné a la corona y resistí hasta el último día al lado de los cristianos y acompañada de mis antepasados.»

Luis Merlo de la Fuente habló mirando sus papeles. Había algo en Lorenza que lo ponía muy nervioso. No era la soberbia de María Zapata ni su desparpajo. No era la culpa sensual de Constanza Ponce de León, ni el letargo depresivo de Inés de Paz. Era algo que casi lo asustaba. Tal vez era su vestido negro abotonado en el cuello, o su negativa a descubrirse la cabeza dentro de la sala. Con algo de temor y sin levantar la vista de los documentos, le aclaró a la testigo la razón de su presencia: la necesitaba para reconstruir lo que quedaba en la Rica setenta días antes de su caída.

«Ruego al Espíritu Santo que me ilumine, señor, para ser justa y no confundir los tiempos, las pesadillas con la realidad, las premoniciones con los hechos. Cuando estoy angustiada, llamo al Señor y él me responde. Me acoge en sus brazos y

perdona mis debilidades… *Señor, líbrame de los labios mentirosos y de la lengua embustera. ¿Qué más puedes recibir, lengua embustera? ¡Flechas puntiagudas de guerrero! ¡Ardientes brasas de retama!*[13]»

Lorenza se demoró en continuar. Acarició las cuentas de su rosario, movió los labios sin pronunciar sonido, hizo la señal de la cruz y se persignó.

«Setenta días antes del final, le diría que había… silencio... Y creo que los primeros en quedarse callados fueron los hombres. Ya no se oían las risotadas burlonas, los gritos de los capitanes, los llamados de atención, ni las groserías. Tampoco se escuchaban de lejos los cantos mientras cepillaban los caballos. Eso se había terminado hace tiempo. Unos se adormecían en sus puestos por el hambre. Otros se paseaban taciturnos, pensantes, pegados a la empalizada como si estuvieran todo el tiempo buscando una salida. Como cuando usted caza una rata y la rata se da vueltas en una caja hasta que pausa, piensa y vuelve a dar la misma vuelta. Así andaban los hombres. A no ser que estuvieran peleando por comida o con los indios, a no ser que fueran los jefes. Si no disparaban, si no cabalgaban de un muro a otro, si no estaban blandiendo su espada, si no cargaban los cañoncillos, caminaban callados con la vista fija en algún pensamiento interior, o tal vez solo en sus pies. Creo que la fe les abandonó muy temprano.

»Algunas mujeres siguieron trabajando y hablando. Cuidaban a los niños que chillaban, cocinaban lo que hubiera. Intentaron cocer hasta las cuerdas. Las nodrizas alimentaban al pueblo entero. Los soldados eran salvados gracias a la leche de los críos. Dios es grande, es glorioso, ha hecho maravillas.

¡Alabado sea el Señor! ¡Grande es el Santísimo! Y algunas orábamos, ese era mi deber. Al morir el padre Andrés y luego las monjas, solo quedé yo y tuve que aceptar mi responsabilidad ¿Quién más si no? Me convertí en la sierva de mi Señor, nada más ocupó mi cabeza, mi corazón, apenas me alimenté para no quitarle tiempo a mis oraciones ni comida a otras bocas. Me preocupé de alimentar mi alma, intenté despojarme del cuerpo que es solo fuente de vicios y perversión. Rezaba para que Dios nos liberara del mal. No del sufrimiento, porque el sufrimiento que padecíamos nos acercaba a la santa eternidad. Oraba a nuestro Santísimo Señor para que nos diera la fortaleza para resistir como cristianos el calvario que nos había asignado. Pedía a la Virgen para que se hiciera su voluntad, que me diera las fuerzas de Santa Catalina de Siena y contagiar a los demás con esa aceptación, hacerlos ver que ese sacrificio que nos había enviado su Divina Majestad, nos acercaba al fuego de la pasión de su Hijo. Éramos como Jesús en la cruz, sangrantes y heridos, hambrientos por defender nuestra fe. No era tarea fácil la mía. Puede imaginar usted, señor, cuánto me costó mantener la Fe dentro de aquella empalizada. Cuando los estómagos están vacíos, los ojos cansados de llorar y las almas turbadas, el terreno es fértil para la siembra de los espíritus malignos. Las buenas mujeres oraban. No eran capaces de abandonar las necesidades de sus cuerpos, pero oraban. Al inicio del cerco, rezábamos el rosario en voz alta, en la fuente, cuando nos escondíamos durante los ataques mientras comíamos lo que hubiera. La oración apaciguaba las aguas, acallaba los gritos de los heridos, nublaba la vista a la sangre y al horror. Mas mi sacrificio necesitó ser mayor, como el de Job, como el de Santa Catalina… Mortifiqué mi cuerpo inmundo, heredero de tantos pecados carnales. Me

encerré en la Iglesia a venerar al Señor con mi hambre y mi podredumbre...»

El juez escuchó a dos hombres saludarse fuera de la ventana. Reconoció la voz de uno de sus vecinos, deseó estar con ellos o preparando su siesta. Reconoció con indignación cuánto necesitaba a María Cortés de Rueda, a pesar del tiempo que demoraba en llegar al fondo del asunto.

«Yo era una soldado de Dios nuestro gran Señor y de su Hijo quien sufrió el dolor de la carne por nosotros. Me tocó dirigir ese pequeño y humilde ejército. Estábamos en esa tierra para convertir almas que no conocían a nuestro Jesús... ¡Cuántos olvidaron que por eso abandonamos España! ¡El oro encandiló sus almas! ¡Las indias desnudas enceguecieron su mirada! Los que no olvidamos que Cristo era la única razón de estar vivos, cumplimos con nuestra misión. Pero tuvimos almas perdidas, señor juez, almas desorientadas. Fue entonces cuando empezamos a perder las fuerzas. Levantamos muros para que no entraran los indios, pero abrimos de par en par demasiadas almas al diablo. Ese fue nuestro verdadero enemigo. El diablo. Se coló por los amancebamientos, se metió entre medio de las piernas de indias y doncellas, salió por la boca de mujeres que perdieron la fe al ver muertos a sus hijos, agarró las manos de las curanderas y los médicos que creyeron más en sus hierbas y en sus cuchillos que en el Señor. Mareó a los soldados con espejismos de riqueza, infectó las cabezas de mujeres que incendiaron con sus discursos al pueblo y lo dividieron y lo llamaron a la violencia... Oh, debería juzgar usted a otros, mi señor. O a otras, a otras que han venido a escupir su veneno sobre esta mesa.»

Lorenza de la Calzada limpió con la manga de su vestido la mesa en la que se apoyaba. El escribano había perdido varias de sus frases. A veces, a propósito.

«Habiendo tomado posesión de esas bocas, el diablo decía que Dios no existía, que nos había abandonado, que era el culpable de nuestras miserias. Usó las lenguas de algunas de las señoras más distinguidas, de las que más mandaban y menos rezaban. Atrapó las voces de las que perdieron, durante el sitio, la humildad de nuestra Santísima Virgen María, de las que empezaron a actuar como hombre. Esas almas agarró el demonio como el lazo a un potro salvaje, y les hizo creer que podían tener el control. Les hizo creer que sus manos podían más que la oración y la voluntad divina. Dejaron de ir a misa. Empezaron a diseminar el odio entre nosotros, a hablar mal de nuestras autoridades, a instigar motines. Mujeres que habían sido señoras respetables, andaban ahora por la calle con las manos en la tierra, usando la mitad de sus ropas, mostrando los brazos desnudos, rebeldes ante los designios de nuestro Señor... y así entró Lucifer, él mismo. Ay, señor, yo lo vi. Lo vi. En pleno día, después de uno de los ataques. Es alto y de color mestizo. Desnudo, fuerte, musculoso. Me miraba sentado en la plaza Mayor. Llevaba dos cadáveres de niños colgando de sus hombros y su sexo erecto dentro del ano de un soldado muerto. Lo vi con estos...»

El juez tosió sin disimulo para callar a la testigo. El escribano había dejado la pluma sobre la mesa luego de la palabra desnudo y miraba fijamente a Lorenza. Ella parecía estar en otro lugar, apretaba el rosario entre sus dedos y elevaba la vista al

cielo sin mover la cabeza. No escuchó las toses del juez, pero se persignó un par de veces y cerró los ojos.

«Reía a carcajadas. Era un ser espeluznante. No lo miré a los ojos… *Sancte Michael Archángele defende nos in prelio contra nequítiam el isídas diábolo esto proesidum. Imperet illi Deus, súpplice deprecámur: tuque, Princeps milítioe coelésti, Sátanam aliosque spíritus malignos, qui ad merditiónem animárum pervagántur in mundo, divína virtúte, in infernum detrúde.*[14] Aún camino por las calles ahuyentando sus pasos con mis oraciones, porque debo decirle que nos ha seguido hasta aquí, y que está en algún lugar de esta habitación ahora.»

La testigo se puso de pie. El escribano miró de reojo al juez. Doña Lorenza de la Calzada observaba la habitación como si hubiera estado buscando un zancudo. Luis Merlo apoyó la frente de golpe sobre su palma derecha, no podía creer su mala suerte.

«De seguro lo escupió María Zapata aquí como si fuera un hecho cierto. Como todo lo que dice. Poseída por su soberbia, lo lanzó en esta sala en las gotas de su saliva. Porque ella todo lo sabe, todo lo recuerda, todo lo dirige. Porque su alma no conoce humildad, porque es de esas que no se arrodilla ni ante Dios. Desgraciados ustedes que habéis tenido que soportar su veneno de tan cerca…»

Luis Merlo levantó la cabeza y abrió los ojos sin mirar a la testigo, ahora esbozó una sonrisa. El asunto cobraba interés.

«Dios me libre de erigirme en juez de nadie, mi señor, menos delante suyo. Pero esa mujer se llenó de soberbia. Sé que vendrán muchos aquí a decir que les salvó la vida. Bien sabe usted que solo Dios Nuestro Señor es capaz de hacer eso. Solo él. Y debería usted investigar por qué de cuatrocientos habitantes solo se salvó casi completa la familia de doña María Cortés de Rueda. Ella y todas sus hijas. Solo perecieron sus pequeños nietos. ¿No le parece sospechoso? El grueso de su familia está viva. Hay algo sobrenatural en todo eso, se lo aseguro. Algo entregó esa mujer a cambio de vida para los suyos. Algo que ahora nos vigila en esta habitación.»

El escribano movió los hombros para espantar un escalofrío; justo la noche anterior había participado en una sesión de espiritismo. Sabía que tendría que confesarse. Su madre tal vez tenía razón, no era una buena idea estar solo, sin esposa, en una ciudad lejana donde no conocía a nadie. La necesidad de estar con otros lo llevaba a cometer esos errores. Por culpa de su culpa, perdió las primeras frases de lo que dijo a continuación Lorenza mientras volvía a sentarse.

«En la Villa nadie me creyó lo que había visto. Nadie creyó que Lucifer se sentaba en nuestra plaza a regocijarse de nuestra tragedia, que también Satanás estaba vivo entre nosotros y siguió haciendo de las suyas: matando niños, violando mujeres y cuando ya no quedaban niños mandó el hambre. ¡Y los poseídos culpaban a Dios de eso!

»Empezaron a pasar cosas extrañas. Sin sentido. Un día vimos a una india blanca en la retaguardia de la caballería que nos atacaba. Pasó por nuestro lado y no nos quitó los sacos de grano que vio. Nos miró y nos habló en castellano, dijo

que era española cautiva, que solo andaba buscando joyas y telas. Le dije que se quedara pues estaba entre nosotros, y con ninguna razón la pude persuadir. *Con que diciéndole si era cristiana y dijo que sí, que se llamaba Ángela. Replíquele que cómo quería condenarse volviendo al barbarismo y enfadada no quiso hablar más en castellano.*[15]

»Si usted me pregunta, señor, cosechamos una mala siembra. Permitir que los nuestros, hombres y mujeres cristianos se mezclaran con los indios sin exigir al menos la conversión religiosa. Eso estuvo mal, muy mal. Nuestros soldados metían su sexo en las bocas y entre las piernas de las indias. Lo digo porque los vi con mis propios ojos, sin importarles lo que produciría esa mezcla. Y dejamos ir a demasiados hispanos sin atraparlos y darles castigo. Perdimos muchas doncellas de la Rica así. Partían a salvar su vida y comer, aunque a cambio tuvieran que entregar su honor, su castidad y renegar de Jesucristo ¡Algunas madres las obligaban! Y los soldados miraban, sin hacer nada, cómo ellas se fugaban entre los palos de los muros y avanzaban medio desnudas bajo la luz de la luna. Es cierto que los gobernadores han tenido gran descuido al no sacar a toda la gente blanca de entre los indios y llevarla aparte para que jamás pudiesen volver a mezclarse con ellos[16]. En eso estuvo muy bien el capitán Bastidas, en prohibir la salida del pueblo. Tuvo que encerrarnos. Era necesario. Éramos el único bastión cristiano que quedaba en pie, la única luz en medio de las tinieblas. Eso debe haber sido un año antes de lo que usted investiga. Tal vez, dos. El capitán, con justa razón, se puso muy estricto con las salidas, amenazó con disparar por la espalda a los que huyeran. Honor ante todo, dijo, rendición jamás, ni él ni nadie. Pero la mescolanza ya había ocurrido antes. Son los tentáculos

de Asmodeo; suaves, sensuales, húmedos. La mulata que quedó adentro del pueblo permutaba su cuerpo por comida. Nos volvimos indecentes.

»Eso es mucho más relevante de lo que ustedes imaginan. Debíamos mantener la moral cristiana para dar el ejemplo al mundo bárbaro y fallamos. La lujuria nos condenó. Escuche usted esta historia. *Estando yo observando desde la ventana de mi casa, por detrás de las celosías, vi a unos incautos mancebos y fijé mis ojos en un joven sin seso que pasaba por la plaza junto a la esquina y se paseaba por la casa de aquella mala mujer. Allá entre dos luces después de anochecido, en medio de las tinieblas. Cuando he aquí que le sale al encuentro dicha mujer con atavíos de ramera, apercibida para cazar almas, habladora y callejera. Incapaz de sosiego, cuyos pies no pueden parar en la casa. Y así se pone al acecho ya fuera de la ciudad, ya en la plaza, ya en las esquinas. Esta mujer, pues le echa sus brazos al incauto mozo, le besa…*[17]»

Sin reconocer los versículos del capítulo VII del «Libro de Proverbios», Luis Merlo interrumpió y preguntó a la testigo si aquello que narraba había pasado setenta días antes de la caída. Lorenza cerró los ojos, movió los labios murmurando frases ininteligibles y cruzó ambas manos sobre su pecho.

«Creo que no, señor, mas se confunden los días en mi memoria. Setenta días antes. ¡Señor Santísimo, ilumina con tu luz que no conoce oscuridad el fondo de mis recuerdos! ¡Despeja las tinieblas como en el origen! Era primavera, teníamos hambre, quedábamos pocos. Hubo un grupo que sobaba sus huesos en la piel con algo de placer. Ana Chavarri fue una de ellas. Parecía alimentarse de la cola de un demonio, caminaba

como un fantasma en las noches. Nadie podía verla de día. Fue después de que se llevaron a su único hijo. Decían las vecinas que había perdido la razón. ¡No, no, no! Perdió la fe, expulsó a su marido de su hogar y recibió al diablo con las piernas abiertas. Por eso no necesitaba comer. Y paseaba en las noches sin abrigo alguno, pisaba descalza la nieve. ¿Quién es aquel que no sufre hambre ni frío? ¿Qué es aquel que no necesita a nadie, ni al mismo Dios? ¿Quién es, sino un ángel endemoniado? No hay otra explicación. Los huilliche deben haberla matado allá por eso. Ellos tienen sus sentidos más agudos para percibir los malos espíritus. Los reconocen en los objetos, en el aliento de las personas, en la luz que emanan. Son capaces de ver los espíritus en lo material y distinguen las almas sucias y las puras en los humanos. Solo que los indios aceptan el mal como parte de la vida, como si fuera un pedazo necesario de su existencia. En su ignorancia de Dios, creen que el mal y el bien ocupan el mismo espacio y se confunden. ¡Oh, qué desgracia haber fallado en mostrarles el rostro de Dios! Y fracasamos, señor, porque nuestros pecados le abrieron la puerta a las maldiciones, porque no fuimos capaces de predicar con el ejemplo. Que Dios nos perdone, que tenga misericordia de todos nosotros. Codiciosos, lujuriosos, sucios. Nuestra culpa, nuestra gran culpa…»

La testigo se persignó otra vez y golpeó tres veces su pecho con la mano derecha. Merlo no dijo nada, ya se había dado por vencido. El escribano volvió a pensar en su propia culpa.

«Pude ver a los ángeles buenos hacia el final, señor. Quizá cuando ese capitán que usted nombra pudo llegar, comenzaron a volar sobre nuestras cabezas los ángeles de Dios.

Vinieron cuando ellos devoraron carne humana. Yo no, señor, yo me senté en lo que quedaba de la iglesia a esperar mi encuentro con Jesús, me negué a pecar de esa manera. Y ahí, con mi espalda apoyada en los restos de lo que fuimos, mientras escuchaba masticar a las bestias en que se habían convertido mis vecinos, pude ver con mis ojos a los seres alados más maravillosos que pueda imaginar. Aparecieron como destellos a los lados de mis ojos. Pensé que mi Señor venía a buscarme, a separar mi alma pura de mis carnes adoloridas, podridas y hambrientas. Luego vi que circulaban sobre nuestras cabezas con sus alas abiertas. Eran siete. Se lanzaban en picada contra ese macho erecto que seguía ahí sentado en la plaza Mayor, le picoteaban los ojos, le quitaban a los niños que quería mascar y tragar, los vi levantar a mujeres hacia los cielos para salvarlas de la violación. Después eran miles, señor, miles. Algunos de ellos tenían el rostro de nuestros muertos. Algunos volaban con una pierna menos, con un brazo truncado, eran los que había amputado esa Catalina con el médico…, pero se veían gordos, rosados, felices. Uno de ellos seguía a Bastidas que estaba flaco y demente. Creo que ayudaron a que todo terminara de una vez. A Dios debe haberle enfurecido mucho que en vez de amarnos los unos a los otros como él nos ama y nos amó…, estuviéramos comiéndonos como si fuéramos unos viles pumas, unas ratas cualquiera, unos perros salvajes. ¡Nosotros! ¡Hechos a su imagen y semejanza! La furia del templo había caído sobre nosotros. El Divino había pateado nuestras cabezas y nuestras espaldas por perder la fe, nos había arrancado los dientes. Bien merecido lo tuvimos.»

El escribano notó que en las mejillas de Lorenza, cerca de sus orejas, aparecían unas manchas rojas. Hablaba levantando

las cejas y mirando hacia sus hojas con asco. De pronto, la testigo levantó la vista hacia los ojos del muchacho y el escribano botó la pluma del susto. Lorenza respiró, ordenó su tocado sin sacarse el velo, y luego de mover otra vez sin sentido los labios, esperó que el escribano recogiera su pluma para continuar.

«Éramos poco más de una veintena los que quedábamos al final. Trece mujeres, seis de la familia de María Cortés de Rueda. Fíjese usted. Seis. Media docena de la docena... Extraño, ¿no le parece? Como yo estaba entre las ruinas de la iglesia hacía días, nadie me vio, ni los mismos indios. Hasta que volvieron no sé si días u horas después a quemarlo todo. Entonces recé con fuerza, pedí morir antes de que el fuego me alcanzara. Recuerdo que usé mis últimas fuerzas para levantar el rostro hacia el Señor. Una mujer de ellos me encontró. Me arrastró tirando de la manta sobre la que dormía hacia fuera de la iglesia. Quiso que yo mirara cómo se quemaba nuestro altar. En el fuego, vi retorcerse al Lucifer desnudo de la plaza, una gruesa cadena rodeaba su cuello, oí sus gritos de dolor, estiraba la espalda y levantaba el mentón hacia el cielo en una mueca que no olvidaré. La india vio mi cara de alivio y puso en mi boca un poco de agua y unas migas de pan. Luego, en un gesto que repetiría varias veces en los próximos años, me acurrucó en sus brazos y dijo en español que todo estaría bien.

»¿Dígame su señoría si ese no fue mi premio por serle fiel a Cristo? Bienaventurados los que sufren porque de ellos será el reino de los cielos. Y así fue. Ni un hombre osó tocarme en cautiverio. Aylén, quien en lugar de labios lleva una cruz en la boca, me protegió como si yo hubiera sido su madre, fue mi ángel de la guarda. Yo sé que me la envió Dios. Estaba

marcada para eso, una enviada del Señor con una señal que nadie podría confundir.»

En vez del rostro de Aylén, Lorenza sintió la presencia de María Cortés de Rueda. Pudo ver su nariz levantada, la risa burlona con que la saludaba en las calles, el desprecio con que le hablaba. Lorenza miró nerviosa hacia la puerta, se inclinó sobre la mesa y bajó el volumen de su voz.

«Al capitán Bastidas lo decapitaron, como sabrá usted. Y yo... Se lo diré jurando por mi alma, yo no creo que hayan sido los indios. No fueron los indios. Sé que no fueron ellos. Los araucanos bebieron de la sangre de su corazón, pero los pecados de los indios no son mortales, su señoría, ni siquiera son pecados pues ellos no conocen la palabra de Jesús. Desconocen el bien. Pecadores son aquellos a quienes les ha sido revelada la Palabra y la rechazan o la agreden. Aquellos que la pisotearon son los que recibieron merecido castigo en el asedio y en el cautiverio.»

Luis Merlo disimuló un bostezo y consultó a Lorenza por su descendencia o familia. La testigo negó con la cabeza.

«Ya estaba viuda cuando empezó el sitio, señor. Mi marido murió junto a Pedro de Maluenda siete años antes del desastre de Curalaba. Me entregaron su cuerpo sin cabeza. El Señor no me dio hijos porque mi destino era servirle con devoción a Él y a las almas que quisieran escuchar su palabra. Cuando mi esposo murió, me fui a vivir con las monjas al convento de la Virgen Blanca. Me convertí en una de ellas. No sé por qué morían rápido; no se acostumbraron al frío y

creo que el miedo a ser ultrajadas las hacía alcanzar al Señor o buscarlo… muy jóvenes. Son los misterios de Dios. Al final del sitio, quedábamos solo dos monjas viejas y yo refugiadas en los restos de la iglesia parroquial. En el penúltimo ataque ambas se encerraron y se prendieron fuego para salvarse de las violaciones y el cautiverio, o tal vez para que hubiesen menos bocas que alimentar. Confieso y espero que nuestra Divina Clemencia me perdone alguna vez… Yo solo cerré la puerta por fuera, tal como ellas me pidieron. Estaban en ese cuarto abandonado de un antiguo solar. Sé que no he sido perdonada por ese pecado, señor. Solo hice lo que ellas y Dios me indicaron. No gritaron, solo tosieron un par de veces, tampoco oraron en voz alta. Quiero creer que Su Majestad Divina se las llevó antes de que las tocaran las llamas. Y volviendo al asunto que le interesa, creo que setenta días antes de la caída final ya no quedaba nada que salvar, nada que valiera la pena, señor. Su capitán es inocente.»

Don Luis Merlo se restregó los ojos, agradeció a la testigo y le advirtió que podía llamarla de nuevo para solicitar más detalles. El escribano lo miró espantado.

Cuando Lorenza estaba por alcanzar la puerta, el juez la detuvo pronunciando su nombre y con su mano le solicitó que volviera al estrado. Acababa de darse cuenta de que lo más importante había sido dicho al pasar. La edad le estaba jugando malas pasadas. Si Lorenza afirmaba que a Bastidas no lo habían decapitado los indios, faltaba el resto de la información. La testigo se persignó una vez más antes de contestar.

«Le habrán dicho ya que los últimos días las mujeres que quedaban con más fuerzas tomaron las armas. Puede imaginar

usted quiénes eran esas, yo no las nombraré, señor. Las que comían carne humana, las que pasaban juntas confabulando, las que quedaron vivas…»

La testigo comenzó a respirar nerviosa, el escribano pensó que se desvanecería, pero continuó hablando agitada y mirando de reojo hacia la puerta.

«Dios las perdone, tenga misericordia de ellas, mas yo sé que arderán en el infierno. Me amenazaron, señor. Era yo un despojo humano apoyado en las ruinas de la pared de lo que un día fue una iglesia y entraron a decirme que si yo aseguraba haber visto algo me matarían donde fuera que me encontraran… que entre quinientos muertos mi vida ya no le interesaría a nadie. Yo no vi nada, ya le dije que estaba dentro de esas ruinas y no salí… Pero mientras se acercaban esos ángeles que le acabo de describir, las oí, eso sí, las oí organizarse, gritar instrucciones, quitarle las ballestas a varios soldados, hacerse de los cañoncillos. Vi a algunos soldados correr hacia mi escondite y escuché el grito de Bastidas. Lo oí antes de que los indios saltaran la empalizada. Entre el polvo que ya levantaban los caballos y las escapadas, vi a una mujer española de espaldas con una cabeza sangrante en su mano derecha. Una cabeza que chorreaba de sangre su saya. La levantó, se la entregó a los indios y luego desapareció. Creo que nuestros soldados no lucharon contra los indios ese día, señor juez. Creo que pelearon contra un grupo de mujeres que quería rendirse hace rato. Solo pensaron en ellas y en los suyos. Egoístas, mal agradecidas, traicioneras y asesinas. Traidoras. Esas merecen la cárcel, la hoguera, señor, la hoguera.»

Don Luis Merlo le aclaró a la testigo que estaba haciendo una acusación grave y que debía delatar a las autoras de tamaño crimen. Lorenza besó el rosario que estrujaba entre sus dedos y negó con la cabeza. Entonces suplicó.

«No puedo decirle más, ya he dicho suficiente, ya he hablado más allá de la prudencia. Comprenda mi miedo, ya he sacrificado bastante. Y no vi a nadie, solo oí voces y vi espaldas. Mi alma está débil, no quiere más dolor. Mi martirio ha terminado. Esas mujeres tienen un pacto con el diablo, se lo juro. Solo sé que Ana Chavarri no fue, porque desde donde yo estaba tirada pude ver que no lo hizo. Ella caminó hacia el centro mientras los caballos de los indios galopaban a su alrededor, volaban lanzas, mazas, y se escuchaban las explosiones de los cañoncillos. En medio de todo eso, como si estuviera segura de que nada la atropellaría, Ana se arrodilló y abrió un poco los brazos, sin levantarlos, mostrando al enemigo que ingresaba al fuerte la parte interna de sus muñecas y las palmas de sus manos abiertas. Y levantó la cara. Parece que lo veo ahora. El polvo, el caos y, en medio de todo, ella… Ana arrodillada sobre su saya verde y sucia que parecía una gran esponja de musgo bajo su cintura. Su rostro hacia el cielo, sonriendo como si agradeciera a Dios ese día, con los ojos cerrados. Hasta que se le acercó un indio. Apareció detrás de una nube de tierra. Oscuro, musculoso, fuerte, calvo. Parecía estar cayéndose de su caballo, pero solo se agachó hacia ella, la levantó por la cintura y la puso delante de él como si estuvieran bailando, como si hubieran ensayado cada uno de los pasos. Sé que Ana no fue.»

Lorenza de la Calzada había pronunciado las últimas frases con una leve sonrisa y cerrando los ojos como si imitara para

sus oyentes el rostro de Ana ese día. ¿O como si algo en ese recuerdo le provocara placer?

«El mal se inocula donde usted menos lo imagina, señor. Al capitán Bastidas le habrían cortado la cabeza los indios horas después, como es lógico. Aún conservan su cráneo… Ahora que sabemos que los únicos refuerzos enviados por nosotros ya se habían desviado por un mejor pasar, podemos estar seguros de que su final habría sido el mismo, solo que más honorable, más digno. Verá usted si vale la pena seguir con esto. El fuego ya lo arrasó todo. Ahí quedó la Rica destruida. *Nunca más se oirá en sus calles música de arpas, flautas y trompetas. Ni habrá allí trabajadores de ningún oficio, ni se oirá en ella el ruido de la piedra del molino. Nunca más brillará la luz de una lámpara, ni el bullicio de las fiestas. ¡Alabado sea el Señor! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque él juzga rectamente y con verdad. Nada queda de los que fuimos, la ciudad que habitamos se convirtió en Sodoma y por eso bajaron los ángeles a destruirla. Nos advirtió el Señor: vendrán las calamidades, la muerte, la aflicción y el hambre*[18]. Nadie me oyó, fueron sordos a mis advertencias…»

Lorenza agachó la cabeza y pareció llorar, aunque el escribano observó con cuidado que no había lágrimas rodando por sus mejillas. Lorenza solo susurraba un mantra, una oración o un conjuro, moviendo sus labios a gran velocidad y mirando fijamente la cruz de su rosario. Merlo la observaba callado, creyó que eran sollozos porque solo le veía la nuca y dudaba si dejarla ir. La testigo se levantó, se acercó al juez, que alejó su torso de ella, y le susurró frente a la nariz.

«Allí vi a una mujer montada en un monstruo rojo, que estaba cubierto de nombres ofensivos para Dios, tenía siete cabezas y diez cuerpos. No les crea nada a ellas. Son todas unas prostitutas inmundas.»

Merlo contuvo la respiración porque el aliento de la testigo era tibio y pesado. Sin esperar nuevas órdenes, Lorenza de la Calzada inclinó su cabeza hacia ambos hombres, los miró a los ojos y salió. Cuando cerró la puerta, ninguno de los dos se atrevió a decir nada.

Día ocho

Cuarte parte del testimonio de doña María Cortés de Rueda, conocida también como María Zapata.

«No sé muy bien qué puedo agregar, señor. Creo que lo último que relaté es lo que pudo hallar su capitán Hernández de no haber creído en los rumores que nos daban por muertos. Vivos… Vivos, no estábamos, pero muertos como él creía tampoco. ¿Qué más quiere de mí?»

Don Luis Merlo le dijo a María Cortés que había recibido acusaciones graves sobre los últimos días del sitio y que, para empezar, necesitaba información sobre el comportamiento de los habitantes en los últimos días. Doña María se acomodó en su silla, puso el codo izquierdo sobre la mesa y con esa mano se pellizcó el labio inferior de su boca mientras pensaba. El escribano estaba intrigado con el estado de ánimo de la testigo, no lograba distinguir si doña María estaba cansada, triste o aburrida.

«En el ataque final y decisivo peleamos casi todos como leones en lo que hoy considero el acto más irracional de nuestra estadía en la Rica. Éramos poco más de veinte y creíamos que venceríamos a una caballería de más de mil o siete mil…

Muchos, muchísimos que aparecieron por todas partes. Vinieron por los cuatro costados y, antes de avanzar, prendieron fuego a todo. Los incendios nos lanzaron fuera de nuestros refugios. Pude atravesar a un par de indios con mi espada, agarré a mi nieto Juan de un brazo y huí con él hacia la playa. Ahora sé, por lo que contaban los sobrevivientes, que los capitanes Becerra, Villagra y el propio Bastidas murieron peleando.»

Don Luis Merlo le preguntó a María si ella había tomado las armas ese día.

«Acabo de decirle que sí, que maté a dos indios con una espada. Todas tomamos las armas, no teníamos opción. Varias nos habíamos entrenado durante el tiempo que protegimos nuestras cosechas. Estuvimos los últimos meses haciendo velas y centinelas igual que los hombres. Ese último día, salí para salvar a Juan que peleaba con la misma arrogancia que nuestros más curtidos soldados y era apenas un niño.»

Justo cuando el juez iba a preguntar por la muerte de Bastidas, un asistente nervioso abrió la puerta de la sala y se acercó a él. La testigo percibió entre el sonido del susurro que Merlo consultaba si había certeza de la información. El asistente afirmó con la cabeza y entregó una nota que traía en las manos. Don Luis leyó varias veces lo que a todas luces era un breve mensaje. En voz alta dijo que Ana Chavarri, María Plasencia y Cortés y Catalina Aguilera habían sido liberadas.

Doña María hizo lo que menos esperaban todos: miró al cielo, se persignó y en voz alta dio las gracias a Dios por devolverle a su hija.

El juez suspendió la sesión.

Día once

Testimonio de doña María de Plasencia y Cortés, criolla, hija de Juan Lázaro de Plasencia y doña María Cortés de Rueda. Viuda del capitán y corregidor de la Villa Rica, don Pedro de Maluenda, madre de Juan de Maluenda.

«Nací en La Imperial, señor, y me convertí en vecina de la Villa Rica en 1585.»

El cabello y la piel de la testigo expelían un agrio olor a humo, a pesar de que se veía limpia. Su pelo negro caía brillante sobre sus hombros y solo llevaba un pequeño mechón atado con aparente descuido a la altura de su coronilla. María de Plasencia se apoyó con toda la espalda en el respaldo de la silla, cuidando de no aplastar sus cabellos. Aquel gesto la hizo levantar el busto por unos segundos y mecer un poco su cabeza. Luego cruzó sus manos sobre los muslos en una simetría bella que solo rompía la hombrera caída de su vestido prestado.

El escribano no podía dejar de mirarla. Había algo que lo hipnotizaba en la placidez de su sonrisa y en la armonía de su rostro. Un gesto que le hizo recordar una expresión parecida que vio en una pintura durante un viaje a Italia. Era un cuadro pequeño, pero él recordaba bien el rostro de esa

mujer; ella posaba frente a un paisaje con una sonrisa dulce y, a la vez, congelada. El escribano intentaba descubrir si en este caso era una alegría cierta. Tuvo que empezar a escribir antes de estar seguro.

«Imagino que mi madre le habrá relatado en detalle los hechos, señor juez. Nadie más tiene el brillo y la agudeza de su memoria. Prometo hacer mi mejor esfuerzo, pero antes quería agradecerle que me haya dado usted unos días para estar con ella y con mi hijo Juan. Podrá adivinar mi felicidad, respetado señor.»

Don Luis Merlo le explicó a la testigo el objetivo del encuentro y enfatizó la importancia de su testimonio. Al mirarlo, María entrecerró los ojos en un gesto de concentración. Solo entonces el juez notó cómo resaltaban sus ojos verdes en medio de su piel oscurecida por el sol.

«Señor, esto ha sido como vivir varias vidas y cada vez que despido una para siempre, surge otra. Así es difícil distinguir los principios de los finales. Verá usted, con la muerte de mi marido, sentí que se iniciaba el fin de mi vida como mujer y madre. En cada ataque creí que era mi último día viva. Cuando se acabó el alimento, sospeché que desfalleceríamos en el mismo suelo donde le había dado la vida a mis hijos. Cuando me arrastraron del cabello, imaginé que no volvería a ver a cristiano alguno, supuse que era el fin de mi existencia entre españoles. En estos diez años cautiva quise olvidar mi pasado, aprendí su idioma, su religión, su cultura... Me entregué a los brazos de ese destino y decidí vivir ese presente. Tuve otros tres hijos, y más de nueve años después he sido rescatada y

me he vuelto a encontrar con mi hijo Juan y con mi madre. Como usted ve, cada vez que creo que todo termina, se inicia otro ciclo. Aquí me tiene ahora, repasando esta historia trágica y eterna.»

María de Plasencia relató lo anterior de manera pausada, puntuando como no lo había hecho ninguna testigo anterior. El escribano alcanzó a terminar el párrafo al mismo tiempo que se apagó su voz. Don Luis Merlo lamentó en voz alta que el rescate hubiese coincidido con los pocos días que le quedaban a él para tratar el asunto y agradeció con caballerosidad la voluntad de María Plasencia y su disposición de quedarse unos días en Santiago, a pesar de la urgencia y el deseo de recuperar el tiempo con los suyos. Ella bajaba levemente el mentón cada vez que el señor juez le agradecía, sin abandonar su sonrisa suave ¿o falsa? ni la mirada fija en los ojos de la autoridad judicial.

«Entiendo que cumple con su deber, doctor. Para comenzar, debo informarle que en nuestro viaje de regreso, vimos el sur sin españoles. No queda nada de lo que fue La Imperial ni Angol. Nuestros coseletes, jacerinas y cotas yacen desparramadas en algunos campos, incluso porras y partesanas, como si ya ni siquiera les importara a los araucanos recoger nuestras vestimentas y armas. Las ciudades que fundamos se convirtieron en montones de cenizas y, en la mayoría de las plazas, la selva recuperó su territorio. Nuestros techos, los solares de nuestra infancia, son abono de helechos, enredaderas y árboles nuevos. Siento que esa vida entera fue un mal sueño. Y todas las heridas y sufrimientos se vuelven aún más absurdos y lejanos. Excuse mi honestidad,

señor. Llego a Santiago y me encuentro con esta residencia. Me entero así de que pudimos haber sido rescatados. ¿Un capitán de nuestro ejército desobedece una orden y no recibe castigo alguno? Es mi deber decirle que duelen todas esas cicatrices de nuevo. Haré lo que pueda, señor, para ayudarle en su magna tarea, pero le pido entendimiento si mi mente no recuerda con detalle lo que vuestra autoridad necesita y merece. *Es imposible decir las cosas como fueron, porque lo que diga nunca podrá ser exacto, uno siempre debe dejar algo fuera, hay tantas piezas, aristas, contracorrientes, sutilezas, demasiados gestos que pueden significar esto o aquello, demasiadas formas que no pueden describirse completas, demasiados sabores en el aire o en la propia lengua*[19]. Le advierto señor que mi memoria no será justa. Después de todo, sabemos que la historia es siempre pura cuestión de fe.»

¿Podía esta mujer ser de verdad hija de su madre? Pensó Merlo, extasiado con su inquietante hermosura y elegancia. Le aclaró con paciencia que estuviera tranquila, que iniciara su relato como le fuera menos doloroso.

El escribano intentaba redactar confiado en lo que oía, a pesar de lo impostada que sonaba para él la voz de esta cautiva recién liberada.

Sin mover su cuerpo, María levantó las cejas, buscando en algún lugar del aire un recuerdo no doloroso de ese pasado. Ladeando un poco la cabeza hacia la derecha y levantando su mentón pequeño y partido en la mitad, habló.

«Mi recuerdo alegre de la Villa Rica tiene que ver con el sonido de las aguas. Todas las tardes caminaba desde mi casa al nacimiento del Toltén, justo donde el lago Mallolafquén

desagua hacia el mar. En verano tenía la manía de despejar las ramas y las hojas que se atascaban entre algunas rocas y obstaculizaban el paso. Descubrí que la salida de las aguas tenía una melodía y que esta variaba cuando se producía un atasco entre las piedras. Era mi único momento a solas durante el día. Me gustaba equilibrarme en esas rocas, ver fluir las hojas que liberaba y escuchar cómo el origen del río recuperaba su cantar. Imaginaba que las hojas que sacaba de los atascos viajarían hacia la libertad del océano gracias a mi humilde acto. Cuando el día estaba caluroso, me atrevía a despojarme de mi calzado y metía los pies al agua. Créame que es muy fría en esos lares. Si los dejaba dentro un buen rato, a veces veía pasar cachuelos sobre ellos contra la corriente. Me quedaba así, quieta, hasta que empezaban a dolerme los huesos. Oír el agua fluir pacifica mi alma tanto como la oración. Seguí buscando refugio en ello durante el cautiverio y el sonido lejano de ese río me ayudó a levantarme en los días más oscuros.

»Mis buenos recuerdos de la Rica tienen que ver con eso, señor, con escuchar el escurrir del agua a solas. Esas tardes sentía que estaba unida a alguna otra mujer río abajo que vería pasar esas hojas si tenía un momento de paz. Quizás no esa tarde, ni ese año, tal vez siglos después. Durante el cerco… por tres años no pude tener esos mòmentos. Los recuperé en mis días de cautiverio. Volví a acercarme al río sin miedo. Hay algo en las aguas que asegura continuidad. Dan vuelta, van al mar, vuelven al cielo, bajan como lluvia a ese lago, vuelven a ese río. Nos recuerda que somos parte de un sin fin. Me parece, al menos así lo siento, que el agua nos pone en nuestro sitio. Somos un eslabón pequeño de una cadena enorme e infinita; antes de mí estuvieron Eva, Helena, Safo, María y las Juanas, también Guacolda, Fresia, Janequeo. Si la vida eterna

tiene una forma, siempre he imaginado que es la de un río. En cautiverio, era el río lo que me unía a mi pasado español y a mi nuevo futuro. En los ríos el presente no existe, pasa, se va, tal como es en la vida, ¿no cree? Nunca se puede tocar el mismo río dos veces.

»Los huilliches cada mañana entran al arroyo a lavar sus cuerpos, por eso no huelen como nosotros. Piden permiso a esas aguas para interrumpir su cauce, para desordenar sus quietas superficies o para entorpecer su flujo si es un estero. Al pasar los meses, las tardes, los amaneceres, empecé a creer que era el mismo río el que me había llevado ahí, que mi destino era ser huilliche… Fueron nueve años allá. ¿Sabía usted, señor, que para los hombres y mujeres de esa tierra el futuro puede estar atrás y el pasado adelante? Déjeme decirle que eso tiene mucho sentido; mire cómo he vuelto a mi pasado que también es mi futuro… Disculpe, usted, que me haya alejado del asunto con estas ideas.»

Don Luis Merlo escuchó a María embelesado hasta que oyó su penúltima frase. Aunque nada tenía que ver con el caso, le preguntó a María de Plasencia si quería seguir cautiva. Las palabras de Lorenza de la Calzada aún resonaban en su mente. María demoró unos segundos antes de negar con un movimiento suave de su cabeza. Pareció no sorprenderle la pregunta y la contestó con una sonrisa tierna y algo condescendiente.

«¿Por qué querría yo permanecer lejos de mi hijo y mi madre, señor? Cuando los liberaron quería estar con ellos más que nada en mi vida. Solo que en los años de cautiverio, en esos nueve años, tuve paz, soledad y libertad. Recién cautiva, un

día de lluvia me interné sola en el bosque y allí, arrodillada a los pies de una encina centenaria, en vez de huir, dije adiós a la vida que dejaba atrás. *Despedí con el llanto mi congoja y con la contemplación verdadera mi tristeza*[20]. Y desapareció el miedo y la morriña. Pude respirar hasta ensanchar mis pulmones, comer siempre que tuve hambre, levantar la cabeza, reír a carcajadas. Pude hacer todo lo que me había arrebatado durante años el temor. Traté de no añorar lo que ya no estaba a mi lado, traté de vivir cada día como si hubiera sido mi único tiempo, sin pasado, sin mañana, pensando que…»

María perdió el hilo de su relato cuando su mirada se cruzó con las manos peludas del juez. Al rascarse éste la nariz, vio que los vellos alcanzaban casi la mitad de sus dedos. Entonces, recordó la piel del amante que había dejado atrás, el cuerpo de su esposo huilliche sin pelos, sus piernas suaves y el pecho tan fácil de besar. El olor fresco de sus sudores. Pudo verlo sobre ella; sus hombros, sus brazos gruesos apoyados a los lados de su cabeza, los músculos tensos marcados bajo la piel dorada, la tibieza de las mantas en su espalda. Con el golpe de un tacón en el piso, el escribano espantó la imagen de Huenchullán penetrando a María de Plasencia y la añoranza del placer que venía después.

«Eso, como le contaba… allí parí tres hijos. Tres niños hermosos, tres hombrecitos a quienes tuve que dejar atrás, no fui capaz de arrancarles de su mundo, tampoco creo que se me hubiera permitido. Mi liberación no fue fácil. En cautiverio entendí que los huilliche defienden la tierra y las espesuras como usted y yo defenderíamos a nuestras madres o a nuestros hijos. Los campos y los bosques no son cosas para

ellos, sino personas, familia, ancestros. Creen que los lagos, los montes y el cielo tienen alma, señor, son para ellos sagrados como lo es para nosotros lo que representa esa cruz.»

El escribano vio por primera vez el crucifijo que colgaba a sus espaldas. Don Luis Merlo miraba a María sin hablar hasta que el escribano hizo sonar sus papeles y lo sacó de su arrobamiento.

El juez mencionó a la fuerza el asunto de los setenta días antes de la caída final. Ya lo tenía aburrido su propia pregunta.

«Como usted sabe, fui tomada cautiva poco antes de la caída final. Lo último que recuerdo del sitio es el hambre, el miedo, las ratas comiéndose a los muertos, nosotros tratando de comernos a esas ratas, mi incansable madre haciendo y haciendo cosas... También recuerdo los absurdos intentos de juicio en contra de Catalina y otras dos mujeres acusadas de brujería. Me acuerdo de Inés de Paz y de su marido Pedro González de Aguilera, que necesitaron mucho cuidado esos últimos meses y a quienes encargué a mi madre gritando el día que me secuestraron. También recuerdo a Lorenza de la Calzada; pobre Lorenza, encerrada en las ruinas de la iglesia, sentada en sus excrementos y orines, rechazaba la comida... Quería martirizarse así, se creía santa... El hambre juega feos trucos a la mente, señor juez. Mi querida Lorenza veía demonios, ángeles y se hacía heridas en las manos. Imaginaba situaciones absurdas. La última vez dentro del asedio sus llagas supuraban pus y ella lo bebía, clamaba que quería ser la Santa Catalina de esta Nueva España. Pobre Lorenza, antes de perder la cabeza era una buena mujer, muy piadosa y reservada.»

María de Plasencia sonrió con lástima ¿o burla? y apuró el ritmo de su relato. Hablaba mirando una pared blanca que estaba al lado izquierdo del escribano, como si se fueran dibujando en la cal esos recuerdos que tenían ya una década de guarda. De pronto cerró los ojos.

«Recuerdo a mi hijo Pedro, sus ojos negros, su delgadez. Cada vez que yo lo miraba, él enderezaba la espalda para hacerme creer que todo estaba bien. Desde que su padre murió sintió el deber de protegerme, y era tan menudo. Recuerdo, por desgracia, el dolor impotente de mi madre al quedarse sin su único hijo hombre. La muerte de mi hermano Francisco la transformó en una mujer sin fe, sin quietud ni silencios. Mi madre perdió a todos sus hermanos, tuvo que ver a sus nietos morir de uno en uno, y encima darle fuerzas a mi hermana Isabel para que siguiera viviendo cuando habían partido ya cinco de sus hijos. Puedo escuchar dentro de mi cabeza nuestras oraciones en ese agujero infesto donde siempre escondíamos a los más pequeños. Me parece oír los regaños de mi madre porque seguía yo teniendo fe y los quejidos de niños hambrientos en otras casas con aún menos comida que nosotros. Recuerdo la mirada de mi sobrino Martín, su sonrisa para tranquilizar nuestras almas y sus ojos sinceros que suplicaban por ayuda. Habría bastado con sacarlo de ahí, con que me hubieran permitido caminar una legua.»

La testigo abrió los ojos como si hubiera visto en frente al niño de quien hablaba y por primera vez perdió la sonrisa. Se escuchó una carreta pasar fuera de la ventana y el murmullo de la calle se coló por entre las persianas cerradas. María de Plasencia fijó su vista en la mesa y vio dedos. Dedos de niños

agarrados de los bordes de otra mesa, vieja y sucia, niños clamando por comida, asomando sus ojos por sobre la superficie, niños ansiosos por una migas de pan.

«Recuerdo que mi hermana Isabel seguía poniendo flores en las tumbas de sus hijos, unas malezas más pequeñas que mis dedos. Hacía unos atados pequeños y partía. También veo la cara de Ana Chavarri cuando se llevaron al suyo. A muchas mujeres les quitaron a sus hijos, a muchas se los mataron, a muchos se los llevó Dios y el hambre. Ana sufrió como ninguna. No sé por qué, quizá ya había perdido la fe en el Señor, en la idea de que partía a una vida mejor. Tal vez por lo mismo, porque en vez de morir, el pequeño Rodrigo tendría otra vida y crecería para ser un esclavo. No lo sé, pero una parte de su razón murió ese día, jamás volvió a ser la misma mujer a quien yo tanto admiraba y casi temía. Recuerde que ambas fuimos mujeres de corregidor. Tal vez se puso así porque Bastidas hizo poco para rescatarlo. Mejor dicho, hizo justo lo contrario a lo que uno esperaría. Como usted ya sabrá, Ana intentó huir del fuerte tres veces. La primera de manera muy torpe y fue atrapada antes de cruzar el portón; la segunda utilizó el agujero de la empalizada por donde salíamos a buscar comida, pero los perros la delataron y un par de soldados la laceó de vuelta. El capitán Bastidas había azotado a dos pobladores la semana anterior por intentar una fuga, así que la tercera vez que la atraparon, el corregidor ordenó que la azotaran cinco veces en la plaza Mayor como escarmiento. No aceptaría traidores, dijo, ni aunque fuera su propia esposa. Le dieron los azotes con su camisa puesta. Ese día entró a su casa y decidió morirse en vida, hasta que apareció famélica en nuestro solar en medio de ese último invierno. Disculpe,

respetado doctor, tengo la sensación de que no agrego nada nuevo y que todo cuanto digo, usted ya lo sabe.»

Merlo negó rotundamente con su cabeza y su voz mientras María de Plasencia y Cortés evocaba su solar, lo que veía desde la puerta de entrada, su despensa, sus tazas, el lugar donde dejaba su manto cuando entraba. Hoy la palabra solar le parecía ajena, de una cultura que ya no era la propia.

«También recuerdo la obsesión de Bastidas por hacer discursos casi diarios. Nos reunía para repetirnos que seríamos recordados como la Numancia de las Indias. Se empecinó en contar la historia de aquel pueblo anterior a Cristo que prefirió inmolarse antes que aceptar una rendición indigna. Varios vecinos lo escuchaban atentos, asentían con sus cabezas, se abrazaban aceptando este destino. Y yo pensaba, entre lo nublados que se vuelven los pensamientos con el hambre, que fue allí en Numancia donde los celtíberos prefirieron morir de hambre antes que entregar sus tierras a los romanos. Mas en nuestro caso, señor, los invasores éramos nosotros y los invadidos eran ellos. Nosotros los romanos y los araucanos los celtíberos. El imperio que pisaba tierras de otros era el nuestro, solo que esta vez los invasores nos estábamos muriendo de hambre. Me atreví a comentarlo un día con Bastidas; giró sobre sus talones y me dio una bofetada. Isabel estaba a mi lado. Yo le mencioné al capitán el tema con prudencia, no al estilo de mi madre, fui muy respetuosa, se lo juro.»

María no quiso contarle a Merlo que luego de esa bofetada giró para observar la reacción de Isabel y vio por primera vez en ella el rostro que desconocía. Fue como si el golpe de

Bastidas hubiera lanzado lejos su infinita bondad, comprensión y generosidad. Como si aquella cachetada hubiera dado en el rostro de Isabel y le hubiera puesto en la mirada una maldad ajena. María recordó aquel breve instante en que tuvo miedo de su hermana. Nada dijo de ese asunto.

«Creo que setenta días antes de la caída final pasaron muchas cosas irracionales, señor. Puede haber sido el hambre, puede haber sido un castigo divino por invadir a esos seres y tratarlos como animales. Puede haber sido el wekufe, las energías que perturban el equilibrio, que traen la destrucción y la muerte. Un kamillú al que ninguna tragedia saciaba. No lo sé, señor, pero setenta días antes de la caída final ya debíamos estar todos muertos y no lo estábamos.»

María levantó con disimulo la manga caída de su vestido. Con un movimiento de cabeza, puso un mechón de cabello detrás de su hombro y despejó así su clavícula derecha huesuda y dorada por el sol. Por esta razón el escribano perdió sus primeras dos frases cuando la testigo volvió a hablar.

«Habrá escuchado ya usted las distintas teorías sobre este asunto. Unas siete veces recibimos comida en las noches. Alguien nos alimentó hacia el final. Creo que solo pudo ocurrir con la ayuda de Dios. Mi madre le habrá dicho que algunos de nuestros indios amigos, entre ellos antiguos sirvientes, ponían en riesgo su vida por nosotras. Lorenza puede haber dicho que era nuestro pacto con el demonio. Ana creía que era su hijo. Otros creían que eran unos duendes regordetes que varios dicen haber visto. Primero los culparon de robar comida y luego los usaron para decir que ellos la traían

de vuelta. Sea como sea, creo que era un acto solo posible gracias a Dios, un buen samaritano que actuó como lo habría hecho Jesús. Hicimos guardia para intentar descubrir quién y cuándo lanzaba los sacos con comida. Nunca lo logramos. Si estábamos despiertos a un lado, la comida aparecía en otro. Y siempre la encontrábamos nosotras, mi tía Juana, mi madre, Isabel, Catalina o yo. Eso hizo que empezaran a sospechar de nosotras, de brujerías o de hurtos y que el pueblo entero sacara cuentas. Éramos la familia con mayor número de sobrevivientes a esas alturas. Bastidas, quien no podía ver a mi madre, ni ella a él, y Lorenza, quien condenaba su soberbia, se empecinaron en alimentar las sospechas contra mi madre y Catalina.»

El pelo de María había vuelto a cubrir su clavícula cuando Luis Merlo retomó algo declarado al pasar: ¿hubo juicios en los últimos días? La testigo escuchó la pregunta frunciendo un poco los labios. El escribano imaginó que lanzaba un beso al aire. Sin sacar las palmas de las manos de sus muslos, María cargó aún más su espalda en la silla.

«Es un asunto sin mayor importancia, ninguna de esas sentencias existen ni tienen validez alguna. Y para su causa, señor, carecen de toda relevancia.»

La negativa de María de Plasencia encendió un nivel de curiosidad inédito en el juez durante el proceso de la residencia. Agregó que eso dependía de si estos juicios ocurrieron en los setenta últimos días del sitio. Una cosa más que el capitán Hernández pudo haber evitado.

«Imagine usted señor, podría saber yo si aquellos hechos ocurrieron antes o después de ese plazo. Es más, creo que pasaron mucho antes de los días que usted menciona. Han pasado casi diez años, es imposible saberlo y todo registro está convertido en cenizas y sumergido en lo que ahora son bosques. No queda nada de lo que fuimos, nuestro pueblo ya fue tragado por la selva. Para efectos de la tierra no existió, no existimos.»

El juez se acomodó en su asiento y mirando al escribano dijo que partirían del supuesto de que esos hechos ocurrieron en los últimos setenta días del sitio, por lo que pidió a María de Plasencia que relatara los procesos en detalle. María cerró por un momento los ojos y estuvo a un tris de perder su suave sonrisa antes de empezar a hablar.

«Mis escasos conocimientos de la ley y sus formas harán que mi relato sea pobre e impreciso. Intentaré enumerar los hechos que aún guarda mi memoria así como fueron percibidos desde mi persona, una vecina común y corriente y sin título alguno ni posesiones para esas fechas, mi señor.»

El tono de la testigo había cambiado. El escribano notó que su espalda y su rostro se habían tensado y que ahora tenía la vista fija en su escritura. Es más, hablaba como si le ordenara escribir lo que estaba diciendo.

«El capitán Bastidas reunió al cabildo. Quedaban tres vecinos vivos de los que lo habían formado. Las mujeres de mi familia supimos de esto y nos pareció gracioso que siguiera funcionando tal institucionalidad en medio del desastre en

que nos encontrábamos. Demás está decirle que para entonces no existía edificio oficial en pie, solo algunas construcciones del fuerte. Supongo que así como algunos intentamos hacer misa hasta el último día, los hombres quisieron creer que sus cargos y su poder aún existían. No sé qué ocurrió allí, solo recuerdo que al salir de la reunión fuimos informados de que se realizaría una audiencia pública a la mañana siguiente. Mi madre creyó que la acusarían de robo, porque Lorenza de la Calzada ya había hecho correr el rumor de que la comida que decíamos que aparecía, en realidad había sido sacada de las casamatas por nosotras. Decía nosotras cuando hablaba de mi madre, mi tía Juana, mi hermana Isabel, Catalina y de mí como si entre todas formáramos un solo ser. Aunque nos llegaba maíz que nunca hubo guardado, verduras frescas, manzanas y frutillas, Lorenza insistía en que eran víveres que habíamos acopiado en secreto quitándole alimento al pueblo.

»Hablamos esa noche sobre las posibles consecuencias de una acusación de ese tipo. Mi cuñado Juan Sarmiento de León era el que estaba más nervioso. Él era el único hombre de ese grupo que nos defendía, por lo que ya lo habían excluido del cabildo y de varias decisiones militares. Bastidas lo acusó de estar envenenado con los pensamientos de mi madre. Cuando todos se durmieron, vi que Ana salía en medio de la noche hacia el fuerte. Hoy imagino que fue a hablar con Bastidas. Al volver despertó a mi madre y le dijo que huyera antes del amanecer. Pero usted ya sabe cómo es ella. Se sentó y dijo que no le tenía miedo a ninguno de los cobardes encerrados en esa empalizada, que si no había huido de Ankanamún y Pelontraru menos huiría de un capitán decadente, mentiroso y embustero. Disculpe usted, pero ella usó esas palabras, señor.

Lo odiaba desde la muerte de mi marido, lo que es harina de otro costal.

»A la mañana siguiente supimos de qué se trataba la audiencia: había tres mujeres acusadas de brujería. Nuestra Catalina por realizar ritos y hablar en lenguas para curar a los enfermos, Ester —la esclava negra que apenas se movía porque estaba muy enferma— por no asistir a misa y practicar magias oscuras, y mi madre por hablar en contra de Cristo y realizar un pacto con el diablo. El capitán apenas pudo leer esa última frase porque a él mismo le daba pudor y agregó a la lista de acusaciones contra mi madre el cargo de sedición; único punto razonable porque es cierto que hubo intentos de ella para que los vecinos desobedecieran sus órdenes. Escuchamos estas acusaciones sentadas las cinco en la misma banca: Isabel, Catalina, mamá, Juana y yo con los niños que quedaban vivos en los brazos. Las risotadas de mi madre hicieron eco en los cerros. Imagine usted que esto tuvo lugar en la plaza, pues ya no quedaban ni edificios públicos en pie.

»Bastidas se levantó y llamó a los testigos. Mis recuerdos se vuelven vagos, señor. Aquí empezaron a mezclarse cosas. Lorenza habló primero y dijo que mi madre le había hecho un ritual a Ana Chavarri para que esta expulsara a su marido y ella no necesitara ya de alimento ni abrigo. Luego dijo que Catalina entonaba cánticos en lenguas paganas, invocaba dioses extraños para curar a los soldados, amputaba los cuerpos para evitar la resurrección de la carne, no aceptaba que las enfermedades eran una expiación y solo Dios podía detenerlas, y comía de los pedazos que les arrancaba. A mi esclava Ester la acusó de volver locos a los soldados utilizando magia negra alojada en lo profundo de su sexo. Lo único cierto de esto, mi

señor, es que a veces Ester usó su cuerpo para obtener comida. Debe usted comprender que estábamos en una situación desesperada...»

María mojó despacio sus labios con la lengua. Estaba seria y con la vista fija en el aire que había entre sus ojos y la esquina de la mesa. Ya no estaba ahí, aunque veía todo.

«Recuerdo a Bastidas escuchando con su mano derecha cubriendo su boca, así como usted me oye ahora, señor juez. Pero él apenas podía disimular su risa al oír a Lorenza. Los vecinos no reían, cuchicheaban, algunos se persignaban. Por unos breves momentos, señor, pensé que estaba soñando. El día estaba nublado, pero iluminado con una luz anaranjada y no hacía frío. Había humedad... Los elementos incoherentes que ocurren juntos en los sueños. Miré a mi madre y le pregunté si estábamos soñando. Me dijo que ella creía que no. Sonrió socarrona y me contestó que o llevábamos dos años y más soñando o estábamos bien despiertas.

»Llamaron luego de testigo a Inés de Paz, quien se puso a llorar apenas habló y solo dijo que cuando encontró a Micaela colgada vio a mi madre y a Catalina saliendo de su casa. Nada extraño, pues fueron ellas quienes la descubrieron así, pero se levantó un barullo entre los que oían. Catalina susurró en el oído de mi madre: esto es lo que ocurre cuando un pueblo pasa muchas temporadas sin fiestas. Alcancé a oírla desde mi puesto. Mi madre se levantó antes de que llamaran al siguiente testigo e interpeló a Bastidas. Le preguntó qué pretendía, si quería matarla, encerrarla un poco más aún o cortarle una mano. Le dijo que fuera lo que fuera lo hiciera rápido, que había asuntos más urgentes de qué preocuparse. Dos vecinos, creo

que Becerra y Villagra, le dijeron que respetara la audiencia y se mantuviera callada. Agarró a dos de sus nietos en brazos y dejó a todos hablando solos. Juana e Isabel fueron tras ella, yo me quedé para ver qué pasaba. Nadie siguió a la acusada, los pocos soldados que teníamos estaban en sus puestos y los que quedábamos ahí elegíamos muy bien en qué gastar nuestras escasas energías. Llamaron al tercer testigo. Se me doblaron las piernas cuando vi que se levantaba Gonzalo Sánchez, tan cercano a Catalina. No pude creer que fuera parte de todo esto. Vi su cara de sorpresa y supe que no era parte del plan. Bastidas le preguntó si estaba teniendo sexo con una de las acusadas. Sánchez bajó la vista y asintió. Todos sabíamos que no era mi madre ni la esclava. Luego Bastidas le preguntó si creía haber sido víctima de alguna hechicería que estuviera nublando su juicio, si le costaba contralar sus impulsos sexuales y mantenerse fiel a su esposa que estaba cautiva. Como preguntó todo eso junto, Sánchez volvió a asentir. Yo entendí a qué se refería, el resto no. Cuando Sánchez trató de explicar todos gritaron al mismo tiempo y Bastidas ya había salido del lugar. Lorenza se levantó y pidió que quemaran a las tres mujeres, o que al menos… Sí, recuerdo que lo dijo así: que al menos las ahorcaran. Aseguró a los treinta presentes que sus males desaparecerían si hacían ese pequeño gesto. Varios se dieron vuelta a mirarme, descubrí mi cabeza y les dije que si asesinaban a tres mujeres sin causa alguna, Dios jamás los iba a perdonar y lo que estábamos sufriendo ahora les parecería el paraíso al lado de lo que les depararía la eternidad.»

El escribano avanzaba rápido para ganar algunos segundos que le permitieran observar a la testigo. María había adoptado un ritmo en su relato que apenas le permitía asegurarse de

que era ella quien seguía allí y que lo que estaba escuchando no era una de sus pesadillas.

«Bastidas volvió a la audiencia a contar lo que yo ya sospechaba, como en esas historias malas donde usted adivina antes el desenlace. Catalina y la esclava habían huido. Bueno, el capitán no lo contó así… Para seguir con el barullo, dijo que Catalina y la esclava se habían esfumado. Detrás de él llegó mi madre, se paró en medio de la plaza y empezó a caminar mirando a los ojos a cada uno de los presentes. Varios de ellos se echaban hacia atrás asustados, otras cerraban los ojos y Lorenza, nuestra pobre y demente Lorenza, como es de suponer, se persignó cuando mi madre pasó frente a ella y levantó el rosario para protegerse la cara. Gritando a poca distancia de sus rostros, doña María Cortés de Rueda les dijo que si la quemaban en la hoguera o la ahorcaban, los penaría a ellos y a sus descendientes por el resto de sus vidas, que se aseguraría desde el más allá de que se los comieran vivos, que si le hacían algo a ella o a alguien de su familia, les vaciaría desgracias dolorosas sobre sus cabezas. Se acercó a Lorenza y le aseguró que no era casualidad que las mujeres de la familia Cortés, ella, su hermana y sus hijas estuviéramos vivas. Quienes quieran salvarse deben estar a mi lado. Esa última frase la dijo mirando a Bastidas, quien se percató de que su plan le había rebotado en la cara.

»Desesperado, nuestro capitán anunció la detención de mi madre mientras, según él, se terminaba de investigar el caso. La encerraron en un calabozo improvisado. Su encierro duró solo una noche, porque a la mañana siguiente dos vecinos amanecieron con fiebre alta. El marido de Inés de Paz, don Pedro, y la mismísima Lorenza, que arrastrándose en su

vómito le rogó a Bastidas que soltara a mi madre porque ya la estaba matando a maldiciones.»

María de Plasencia apoyó los codos en la mesa y con sus dedos índices tocó sus sienes mientras negaba con la cabeza y cerraba los ojos. El escribano sintió su elegante vergüenza.

«Dos días de absurda locura, de sin sentido, de demencia social. Oré sola esa noche por mi madre y por mi pueblo. Pedí sobre todo a Dios que no prolongara más aquel calvario. Y cuando supe de los enfermos recordé que, durante el llamado juicio, don Pedro y Lorenza comieron unos frutos extraños que habían salido junto a la fuente de agua. Nadie más los tocó. Nunca más molestaron a mi madre, nuestra esclava murió dos años después en cautiverio y Catalina volvió a aparecer en el fuerte a la semana siguiente. No habían ido a ningún lado, mi madre las había ocultado en nuestro propio solar.

»Don Luis, lamento relatar estos hechos que aún me avergüenzan. Insisto en su irrelevancia y en que son solo el síntoma de la debilidad propia de un grupo de servidores azotados por las circunstancias. Ruego a usted que no les dé importancia en sus escritos. Gracias a Dios nadie fue ahorcado ni sentado en la pica como parte de esta locura. Lo habían hecho ya con huilliches y puelches…, dormíamos oyendo sus gritos y oliendo su descomposición. Uno de ellos duró tres días. Reconstruir estos días, volver mi mirada a esos diez años me ha cansado, señor. No me siento bien…»

Don Luis Merlo de la Fuente tenía muchas preguntas y, sobre todo, ganas de oír a María de Plasencia respondiéndolas, mas se puso de pie y dictó que la sesión había terminado. Era

suficiente por aquella tarde y la testigo necesitaba descansar. María se puso de pie, sacudió su pelo con el mismo leve movimiento de cabeza, despejó ambas clavículas, sonrió amable al escribano y al juez, y se retiró flotando hasta la puerta. Ambos hombres se quedaron de pie mirando su paso. Y siguieron así varios minutos después de que María cerrara la puerta tras ella.

Día once, horas más tarde

Testimonio de Catalina Aguilera[21], española, natural de Lugo, hija de don Cándido Aguilera Moure y de doña Elena Rodríguez. Criada, soltera, sin descendencia, no sabe leer ni escribir.

«Muy buenas tardes, ¿o días aún? Es difícil seguirle el ritmo al día aquí en medio de la ciudad. Con tanto bochinche y ventanas pequeñas, tanta persiana y tantas construcciones que tapan las montañas, es imposible. Disculpe, señor, ¿o doctor? Soy Catalina Aguilera. Crucé hacia el nuevo mundo a los diez años como criada de doña María de León y Rueda y su esposo, el honorable conquistador don Leonardo Cortés, los padres de María Zapata a quien usted conoce ya, señor. María Cortés de Rueda le dicen también. Nunca he sabido por qué tiene dos nombres, señor. Vinimos con muchos baúles y criados porque don Leonardo era un conquistador de buena cepa, de familia digna, decente, de alcurnia y partió como usted sabrá con varias encomiendas adjudicadas.»

Catalina Aguilera empezó a hablar apenas cruzó la puerta y recién tomó asiento cuando dijo alcurnia.

«Don Leonardo siempre quiso seguir hasta Chile, donde nadie quería venir, menos mi doña, a quien esa idea le parecía muy peligrosa pues este era el rincón más alejado y con peor fama de por acá. Mis padres se quedaron atrás cuidando las pertenencias que él dejó en el reino y sirviendo a uno de sus hermanos que era de esos cuya mente nunca creció, ¿me entiende? Como que el pensamiento se le quedó de niño pequeño. Partimos instalándonos en La Serena, que a mí no me gustó nada porque era seco, después el señor Leonardo se fue al sur con don Pedro de Valdivia y no volvimos a verlo hasta que fue regidor y encomendero de La Imperial. Cuando llegamos a reunirnos con él a Concepción, me pareció que habíamos viajado en círculos porque todo se parecía a las costas donde crecí allá en La Coruña, solo que un poco más alto. Ay... ¿Cómo puede ser que después de tanto tiempo aún extrañe las castañas, las rías, ese olor a tierra mojada? La morriña es como una enfermedad, ¿sabe, usted? Y de esas que no se quitan y pasan de la cabeza al corazón y así... Doña María de León, la madre de la señora Zapata, me daba correazos cuando me veía llorar de nostalgia. Deja de pensar y haz cosas, niña. Y después su hija, la que usted conoce, me decía lo mismo, aunque era algo menor que yo. Terminé repitiendo eso en mi cabeza para mí misma y también a las esclavas negras, a los indios, a las indias, a todos. Dejen de pensar y hagan cosas. Es que el pensamiento es terreno perverso y peligroso. Vi a muchos morir por culpa del pensamiento, echaban a andar una cosa aquí adentro y ya no había manera de sacarlos de ese encierro. Le tengo miedo a los pensamientos, señor, ¿me entiende?

»Mientras viajábamos en el galeón, la señora me enseñaba las cosas de la casa con palabras; hacía que yo me imaginara

el tipo de solar que íbamos a tener. En su camarote, me hacía repetir los deberes que tendría en la casa, al amanecer, a mediodía y así. En los días de temporal, me dejaba dormir en el suelo a los pies de su cama, no sé si por el miedo que le daba a ella o por el que creía que sufría yo. El solar que imaginamos navegando hacia Concepción fue bien distinto al que al final tuvimos. Cuando llegamos a La Imperial, nos entregaron un grupo de yanaconas para el servicio. A mí, cuando era así de niña, me daban miedo los indios, me daba susto que me tocaran siquiera... por todo lo que había escuchado, hasta que me hice amiga de las yanaconas que trabajaban conmigo. Lloraban de amor, de rabia por la muerte de sus hijos, se peleaban con sus madres y ahí fui dándome cuenta de que somos todos más parecidos que los paisajes que habitamos.

»Si me permite, señor, quiero empezar diciéndole que jamás he hecho brujería alguna. Creo en leyendas y duendes, en los espíritus de los muertos que siguen por aquí un tiempo, eso, jamás los he invocado ni se ha usado mi cuerpo como medio para hablar por uno de ellos. Aprendí de las machis, pero más aprendí de mi abuela gallega y, para que sepa usted, allá y aquí los fantasmas y sus andanzas son parecidas. Hay de aquellos que molestan doncellas de noche, otros que vengan su honor y...»

Luis Merlo golpeó la mesa. Al fin pudo saludar a la testigo y aclararle que lo único que le interesaba era lo ocurrido setenta días antes de la caída final de la Rica, fecha en la cual podría haber llegado a rescatarlos el capitán Hernández de no haberse distraído en el repoblamiento de la ciudad de Valdivia. En la última parte de su aclaración no logró aguantar un bostezo.

El escribano aprovechó la interrupción para apuntar el nombre de la testigo y algunos datos esenciales. La velocidad del relato de Catalina Aguilera no le había dado tiempo de nada. Lo distrajo además que uno de los colmillos de la mujer se tambaleaba mientras hablaba. Sin levantar su cabeza, habría imaginado que Catalina tenía treinta años menos y era bonita. Ni su voz vital ni su ritmo infantil calzaban con esa mujer con pocos dientes, cabellos blancos atados en un moño tirante y ojos azules casi cubiertos por las arrugas pesadas de sus párpados. Decidió intentar escribir y no volver a mirarla.

«¿Mandaron a alguien a rescatarnos? ¿De verdad? ¿Antes cuando estábamos sitiados? ¿O usted se refiere a ahora, cuando fue don Álvaro?»

La testigo buscó con su mirada respuestas en el juez y en el escribano. Sus preguntas le parecieron irónicas a Merlo y genuinas al segundo. Ninguno le contestó. Ella tampoco esperó a que alguien lo hiciera.

«Con todo respeto, señor, jamás lo imaginé. Jamás creí que le importaríamos a alguien del norte. Cuando supe que cayó Valdivia, La Imperial y Angol, estuve segura de que nos moriríamos de hambre encerrados o nos salvarían los indios de nuestro propio cautiverio. Digo nos salvarían porque al menos ellos tenían comida, mayor higiene y agua limpia y, como usted sabe, españolas ellos no matan, mujeres no matan a no ser que uno se oponga a sus deseos como hizo doña Juana Cortés. Ella se negó a todo, no hubo manera, lo golpeó con brazos y piernas… Cuando vimos a ese hombre ponerse un basilisco y atravesarla con veinte lanzadas[22], nos convencimos

de que era mejor aceptar la cosa no más. Yo ya estaba acostumbrada, soy criada de toda la vida. Imagine, usted. Del reino de España, yo no esperaba nada. ¡Qué va, si ya nos habían dejado solos ahí cuando las cosas estaban bien!

»Apenas entré a la Rica con doña María Zapata, supe que eso no era La Imperial ni Concepción. Apenas avanzamos con la carreta hacia los cerros alejándonos de la costa, supe que jamás saldría de ahí. No por la guerra ni nada, sino porque era tan difícil llegar que más difícil sería salir. ¡Si estábamos arriba de un volcán, encerrados entre lago y río, rodeados de selva espesa y de una marea de indios. ¡Y los caminos! ¿Ha visto usted esos caminos? Una de senderos cortados y de ríos que atravesar… ¿Ha ido usted hacia esos lares? ¡No deberían llamar a eso caminos! ¡Si no había manera de salir! Aunque jamás se hubieran alterado los purenes, yo me hice esa idea desde el principio. Así como cuando me embarqué hacia acá sabiendo que no volvería a ver mi lar de Galicia, ni a mis padres. Parece que cuando uno nace pobre la mente viene resignada, eso me decía Gonzalo. Disculpe, don Gonzalo Sánchez. Es como que uno nace sin pensar. Sabe que no puede elegir, ni la vestimenta que usará ni la vida que va a tener. Así es no más. Todo es como es. El destino viene más marcado para uno, eso creo yo. Uno va a tener que servir a alguien la vida entera y hay que tratar de sobrevivir no más, donde toque. La pregunta qué hago, qué haré, se la hace poco una, ¿me entiende? Yo tenía once años y ya sabía eso y me lo habían dejado clarito mis padres, a mí y a mis ocho hermanos. A agachar la cabeza, a trabajar y a agradecer el pan de cada día. Me levantaba de pequeña con algún dolor y mi madre preguntaba: ¿puede caminar, niña?, ¿puede respirar?, ¿puede hablar? Yo respondía que sí a todo, y ella decía: entonces está bien, a levantarse… *Puedes*

vivir en otro país con otro nombre, pero desde luego tendrás que servir a alguien, tal vez al diablo, tal vez al Señor, pero tendrás que servir a alguien[23]. Eso y hacerse poco caldo de cabeza, decía mi madre, y doña Olga, la criada vieja de la primera María. Todos tenemos esa tarea en la vida: tratar de contentarse con lo que toca. Y a mí no me faltó nunca techo ni comida, ni siquiera durante esos días de asedio, siempre me las arreglé, fíjese usted. Creo que fui la única sirvienta a la que alimentaron como al resto de la familia. Las otras criadas huyeron o se murieron de hambre de a poco. Es que cuando hay poca comida alcanza para los niños, los soldados y los ricos no más, pero tuve suerte y una familia que me trató bien. Además, una de criada está acostumbrada a comer poco y moverse mucho. ¿Y en cautiverio? Ay, no, señor, no podíamos quejarnos de la comida. Se preocuparon tanto de alimentarnos que al comienzo pensé que nos tenían en engorda para comernos. Echaban al fogón un cuanto hay de sus cosas, ahí mismo en las brasas y en sus cántaros: guisados de ave, perdices, cordero, platos de pepitoria. Cenábamos con gusto acompañado todo de chichas de lo que usted imagine: de frutilla, de manzana, de peras, de frutos que sacaban del bosque. Los primeros días pasamos con el estómago malo, con dolores fuertes, algunos tuvieron calentura. Pienso que fue porque llevábamos demasiado tiempo sin probar bocados de esos, ¿me entiende? Los indios son buenos para las yerbas, así que no se nos murió nadie, ni siquiera un par que esos días evacuaron hasta sangre. Nos mejoramos a punta de escudillas de caldo que nos llevaban como si los esclavos fueran ellos y nosotros los señores. Cada vez que me traían un cuenco con algo me acordaba de nosotros disparándoles con los cañoncillos, haciéndolos volar por el aire sin piernas o sin brazos. No todos eran buenos. Tampoco nosotros somos

todos buenos, nosotros los cristianos, ¿no? Hemos hecho mucho mal y se nos ha devuelto. Nos hicieron todo lo que les habíamos hecho. La cosa es que se nos acostumbró pronto el cuerpo a las buenas cenas y a los baños de la mañana. Así es, señor. Nos obligaban a meternos al agua todas las mañanas, hiciera frío o calor. Al principio patalearon varios, yo que soy entregada y sometida como le dije, tengo claro que conviene ser obediente y me metí al agua sin chistar. Ellos antes eran una cultura de ríos, ¿sabía usted? Todavía algunos cavan un tronco, se suben y parten. Le prometo que un día vi pasar por el Toltén uno de estos troncos botes con tres o cuatro vacunos y unas seis u ocho personas[24]. Todos muy felices río abajo. Ahora que tienen caballos y los manejan tan bien, se ven menos de esas canoas. Eso comentan ellos. Al menos mi viejo, mi viejo araucano, Calful, extrañaba mucho que todo pasara por el agua. Me contaba que así se conectaban las familias más seguido, las hijas con sus padres, porque a través de las niñas se va armando allá la cosa, las alianzas y eso. Disculpe, usted, casi pierdo el hilo… Volviendo a lo que le explicaba antes, con el tiempo se nos empezó a acostumbrar también el alma a esos parajes, a esa libertad, a esas ropas, a la falta de olores. A mí se me acostumbró la cabeza a ser señora y no tener que servir a nadie más que a mi marido, mi señor, mi *fùthà wentru*. Le confieso que ya me había hecho la idea de que moriría encerrada en la Rica y después cautiva en Arauco, que es una manera de decir porque era bien libre allá, más libre que en la Rica, allá la que quiere se va. ¡Mire, usted!, ¡qué curiosa es la vida! Salí de la Villa Rica y salí de Arauco. Acabo de pensarlo. Es la primera vez que mi vida va para atrás, de vuelta a donde ya estuve. Pues mire cómo me he equivocado esta vez, estoy fuera de ahí y mi vida ha sido tan distinta a la de mis padres.

Dios quiera se me acostumbre el alma por acá de vuelta. En una de esas hasta me mandan de vuelta a España o agarro una encomienda. ¿Hay alguna recompensa por haber resistido tanto, mi señor?, ¿le dan algo a cambio a una por haber curado soldados, aguantado violaciones y haber seguido trabajando después de enterrar a los propios hijos? Sabe, deberían darnos un beneficio por tanto aguante. A una que sirvió y sirvió y a tantos otros. Doña María, que le dio de comer a tantas autoridades y pertrechos a los soldados. No sabe usted la cantidad de soldados que alimentamos en esa casa antes de que se pusiera tan mala la cosa. Así, vieja y todo, así como me ve, le confieso que poco me quiero mover. Le confieso que lo pensé cuando vi que nos venía a rescatar don Álvaro, el capitán Álvaro Rodríguez con sus soldados. Parece que por primera vez pensé, quiero decir, por primera vez tenía algo que decidir; si quedarme ahí o volver a empezar en otro lado, pero no quise mandar a mi pequeña María sola hacia acá, tan bonita y tan solita, y dejarla después sola con su madre que es de esas que aunque creen que saben todo son medio inútiles. ¿Notó usted eso? Como que doña María Zapata, así le digo yo, tiene ese conocimiento que es el peor; entiende cómo partir algo y no sabe cómo terminarlo, por eso se mete siempre en problemas. Ella sabe mandar bien, pero es mala para hacer. Cuando le bajó por plantar en el pueblo, trajo las papas y las cebollas y quería hacer un hoyo y meterlas ahí, sin arar, sin hacer esquejes, nada. Ay, señor, cómo te azota... Tuve que salir a conseguir vecinas, soldados para que nos ayudaran, y a una siempre hay alguien que le debe algún favor. Después de armar todo el lío, ella se sentó por ahí a observar y dar instrucciones. En cautiverio la salvé de varias, porque se le ocurría cada idea y mandaba a los araucanos como si siguieran siendo sus yanaconas.

»Un día de sitio salimos a cosechar frutos silvestres, era un marzo, no sé si el segundo o el tercero. Fuimos al amanecer sin decirle nada a nadie, María, doña María madre y quien le habla. Ahí quedaron claritas las diferencias entre madre e hija. Doña María madre creía que cosechar frutos silvestres se trataba de ir a agarrar la mayor cantidad en el menor tiempo posible y meterlos en un canasto. Ya había salido ella con el padre Viveros y tuvimos a todos los niños enfermos por tres días botando por arriba y por abajo la poca comida que lográbamos darles. Le expliqué que si había que tironear mucho significaba que los frutos estaban verdes. Le dije: Doña María, los buenos se caen casi de puro tocarlos. Pero es dura de cabeza y anda siempre apurada. Su hija María, lo contrario. Cosecha frutos como toca el clavicordio, con sus dedos largos y delicados los roza apenas y caen en su palma; antes observa, se agacha, mira por debajo de las hojas y acerca sus manos solo a los justos. Los acaricia con la yema de sus dedos y caen rendidos a sus pies. Cosechar frutos silvestres se parece al amor: si hay que tironear mucho es porque no es el tiempo correcto para esa frutilla, si se le desaparece entre los dedos es porque usted llegó tarde, los mejores frutos no están a la vista y los que son perfectos ya están mordisqueados por los insectos. ¿No le suena como la búsqueda de un buen marido?»

El escribano seguía sin tomar nota. No sabía por dónde empezar, solo miraba sus hojas en blanco con tres frases sueltas e imaginaba la cara y el cuerpo que debería tener la voz de Catalina y cómo se vería María de Plasencia agachada acariciando frutillas.

«Por eso a María, la hija, le fue bien de cautiva porque con esa delicadeza tenía loco a su toqui. Imagine, usted, esa belleza, esa suavidad y sabiduría. La niña María, María Plasencia, siempre consiguió lo que quería. Es que es la mujer más elegante que yo he conocido en la vida, señor. Le prometo que hasta saca las ollas del fuego como si estuviera bordando con hilos de oro la gorguera de su amante.

»En esa última cosecha que hicimos las tres juntas, tuve que llegar a separar los frutos verdes que sacó María madre del resto, porque nunca entendió las sutilezas de las que le hablo, no tiene paciencia para trabajar la tierra, y tiene la cabeza muy inquieta, señor, ¡siempre se le está ocurriendo algo! Después estábamos de cautivas y ella quería decirle a los araucanos cómo hacer sus vidas; les recomendaba construir una plaza mayor, o trataba de montarles una escuelita a los más pequeños o enseñarles a cocinar sus platos castellanos. Y cuesta sacar lo que se le mete dentro de su cabecita a la doña. Tenía que recordarle yo cada tanto que ya no era su criada, que no siguiera con sus mandados y sus aires de señora, pero costó años que se le pasara. ¿Le cuento algo? Yo creo que los indios la dejaron ir de cansancio, los tenía aburridos. Lo digo de verdad. Un día vimos cómo Huenchullán arriba de su caballo trataba de jalarla con una cuerda. Doña María no soltaba a Juanito, peor, se giró y terminó enrollada con el lazo entre ella y el niño. Y Huenchullán empezó a tirar y yo pensé que morirían los dos ahorcados, estrangulados, apretados, hasta que él se apeó, los desató y los subió a su caballo. Montó arriba de su corcel a doña María madre y a su nieto Juan. Yo miraba asustada sujetando a la María hija para que no se metiera en medio y tan, tan, tan, Huenchullán le pegó con los dedos al caballo y el caballo se fue, se largó al galope con los

dos encima, abuela y nieto. Miramos con la niña María cómo desaparecían en el monte.

»¿Cuándo me iba a imaginar que me iba a volver a encontrar con la señora aquí cuatro años después? Por mucho tiempo pensé que estaba muerta, aunque a ella no la mata ni el diablo y Juanito es valiente y empeñoso. Me contó ayer que cabalgó así hasta Concepción y nunca se había subido a un caballo. Esa tarde o esa noche partieron tras ellos, muy cómodos en carreta, don Juan Sarmiento y el bebé de doña Isabel que estaba ya de un año o dos. Estoy convencida de que los indios le mandaron a esos para asegurarse de que doña María no volvería a buscarlos. Es que es capaz... con tal de que no le venga eso del pensamiento que le digo, le da con torcerle la mano al destino. Se puso así después de la muerte de Francisquito, su único hijo hombre, que era sus ojos. Yo creo que ese día hasta dejó de dormir, cerraba los ojos donde la pillara el sueño, pero nunca más fue a acostarse, ¿me entiende? Y dejó de creer y de rezar. ¿Usted sabe lo que terminó de convencer a los indios de lo obstinada que puede llegar a ser doña María? Fue lo del bebé. Como imagino que ya le contaron por acá, porque supe que habló con las de lengua más suelta del pueblo, Isabel de Plasencia dio a luz al hijo de don Juan Sarmiento en una ruca con la ayuda mía y de su madre. A Isabel los indios no la tocaron. La respetaron como si hubiera sido una santa, ellos no creen en santos, pero usted me entiende, ¿no? No le tocaron un pelo y la dejaron seguir viviendo con don Juan aunque él era esclavo de ellos para entonces. Sabíamos que venía difícil ese parto porque mi Isabelita estaba débil desde el inicio del embarazo. Imagine usted, era ya el noveno crío y lo había pasado muy mal. Ahí estábamos las tres en la ruca. Pusimos a Isabel sobre la estera,

la cubrimos de mantas, que hay muchas por allá, yo avivé el fuego. La niña Isabel apenas respiraba, ya no tenía fuerzas para pujar. Me puse sobre ella, tratamos de ponerla de cuclillas. Nada resultó. Doña María vio que Isabel se nos moría, trató de sacar al bebé con sus manos, pero no hubo caso. Isabelita no pujaba, no abría los ojos… y de pronto dejó de respirar. Yo sabía que había una sola manera de salvar al niño porque aprendí con los médicos en la Rica y con algunos dibujos que me mostraban de sus libros. Me dijeron que así había nacido el César, ese del imperio romano. Agarré un cuchillo y la abrí; doña María me miraba quieta, sin soltarle la cabeza a la Isabelita; me dejó hacer lo que había que hacer no más. Solo le cerró los ojos a su hija y se los tapó con su mano como si la muerta fuera a verse el vientre abierto. Le pasé a la abuela el bebé vivo. Nunca había visto llorar a doña María madre así. Nunca antes, nunca después. No podía parar. Yo cosí de vuelta a Isabel y doña María se encargó de lavar a su hija y vestirla y entonces, pegó a su nieta a su pecho. La señora hacía todo sin parar de llorar, solo interrumpía sus sollozos para limpiarse la nariz con fuerza. Pasó cuatro días llorando y con su nieta chupando de su seno seco. Lloraban las dos, la pequeña chillando de hambre, la abuela sin emitir sonido. Imagine, usted, ¡nadie pudo convencerla de que dejara de hacer esa locura! Había indias y españolas que estaban amamantando, aparte de cabras y vacas que habrían servido, pero como le dije ya, no se le puede sacar una idea que se le mete en su cabeza. Nadie pudo quitarle a la niña… Ni su hija María, ni mi huilliche, ni el propio padre de la criatura, don Juan Sarmiento. No hubo manera. Y de repente una noche junto al fuego… Porque usted sabe que en la ruca dormíamos todos juntos y yo le pedí a mi indio que la alojáramos porque

nadie la quería cerca. Una de esas noches, me levanté de mi tapete y vi que un hilo de leche salía de su pecho libre; logró amamantar a la pequeña Ana María Sarmiento[25]. De tozuda, ¿sabe? De porfiada. De empeñosa. De cabeza dura. No lo sé. Cuando los indios vieron eso, yo creo que pensaron en dejarla ir. Fue algo así como la gota que rebalsó el vaso, lo último que necesitaban saber para convencerse de que doña María era más un problema que un trofeo de guerra. La amamantó por diez meses o más. Ella, que era casi tan vieja como yo. Si Lorenza hubiera estado en nuestro rehue habría dicho que era el diablo, habría confirmado todas sus sospechas. Yo pensaba que era Isabelita, que fue milagrosa en vida y ahora nos regalaba eso desde el cielo. Porque estoy segura de que si hay paraíso ella está ahí. Todos los que han podido sentarse en esta mesa le deben la vida a Isabel…, todos. Y su santidad fue reconocida por lo que llamábamos el enemigo. ¡Viera usted las ceremonias fúnebres que le dieron! Las primeras que vi de cautiva. *Las mujeres se ocuparon en vestir a la difunta con ropas nuevas, camisetas, mantas y calzones de diferentes colores y una bolsa muy curiosa que sobre todo le pusieron, pendiente de una como faja ancha, a modo de tahalí, que no tuve curiosidad de saber lo que llevaba dentro, porque iba bien llena y cocida por la boca; después supe por mi viejo que lo que les ponían en la bolsa eran sus collares y «llancas», y esto se acostumbra con los hombres principales y de suerte. Después trajeron unas andas, muy enramadas de hojas de laureles y canelos, y a falta de flores —que en aquel tiempo no las había en el campo por ser la fuerza del invierno— yo le hice una guirnalda de hojas de laurel, toronjil y yerbabuena,* y se la puse a mi niña Isabel *en la cabeza, que parecía con ella un angelito, porque se había puesto blanca y hermosa. Se la pusieron en las andas y los más principales las*

sacaron en hombros. Al salir del rancho escuché cómo gritaban y lloraban mujeres y niños[26], todos los españoles que estábamos ahí, mas también sus antiguos indios de servicio. Porque en cautiverio Isabel siguió escuchando a mujeres y niños, les enseñaba los padrenuestros y los avemarías y ellos repetían como se hace con las cancioncillas sin saber lo que dicen o lo que significan. Cuando alguien le hablaba a la señora Isabel ella escuchaba, incluso miraba a los ojos atenta, nadie oía al otro como ella, los demás siempre tenían la cabeza en otra parte cuando una les contaba sus historias y eso se les notaba en la mirada. Usted, señor, por ejemplo, pareciera estar atento, pero no lo está. A Isabel eso no le pasaba jamás, estaba toda ella, enterita ahí de oyente y cuando se fue lloramos todos porque sabíamos que eso nacía escaso. Pero nadie, ni las araucanas que exageraban, lloraban tanto como su madre. Era como que María Zapata hubiera aguantado todos sus llantos para Isabel. Los de sus hermanos, el de su único hijo hombre, tal vez el de su papacito, el de sus nietos, todos salieron esos días. Y fue la última vez que la vi llorar, creo… En el entierro insistió en poner una cruz grande que hizo con sus propias manos. Se la botaban y ella partía en la noche a levantarla de nuevo. Hacía años que no rezaba ni iba a misa, si ya no creía en nada, pero le dio con eso. Y como le dije, cuando algo se le mete en su cabecita ya no hay remedio, no se le mejora con nada.»

Merlo quiso cuestionar a Catalina sobre la posible responsabilidad de Isabel en el final del asedio, pero no pudo, no supo cuándo interrumpir a la criada y, por su condición, no le daba mayor credibilidad a su relato.

«Al año de ese triste nacimiento, dejaron ir a doña María Zapata en su caballo y mandaron atrás a su yerno y a su nieto para, como le dije, asegurarse de que no volviera… Y ahí nos quedamos con la Marita cinco, seis años más. A ella no la iban a dejar ir así tan fácil porque su belleza tenía babosos a varios huilliche, hasta había un par de mujeres que la contemplaban todo el día. ¿Bonita ella, no le pareció? Es una mujer muy especial. Se la peleaban todos y ella se entregó a los brazos de su captor como un sacrificio en honor a su difunto esposo, a quien nunca olvidó, y también para que la dejaran vivir y cuidar a su hijo Juan… ¿Me entiende?»

El escribano no lograba seguir el ritmo de sus palabras, nunca había oído a nadie hablar de modo tan veloz y nada de lo que Catalina había dicho tenía relación con el asunto del juicio: los días antes de la caída. Miró al juez y descubrió que dormía. Se levantó y tocó su brazo.

Don Luis Merlo le ordenó de manera enérgica a la testigo que se remitiera a lo solicitado. Catalina apoyó los codos en la mesa, su mentón en ambas manos y entrecerró los ojos. Golpeteando con los talones en el piso, impostó un habla más formal como si estuviera iniciando su declaración oficial.

«Setenta días antes. Déjeme pensar. Debo buscar el hilo un poco más atrás… Cuando ya no quedó solar que atender ni señora que cuidar, cuando se desordenaron las cosas y cambió todo lo que se suponía que cada uno hacía, me convertí en enfermera o algo parecido. Me dediqué los últimos dos años del asedio a cuidar enfermos y heridos, heridos más que nada. Empecé trabajando en las tardes, ayudando a nuestro médico en sus tareas curativas, y en la medida en que aumentaron los

heridos, terminé quedándome con ellos todo el día y muchas noches. No imaginaba lo importante que era para los moribundos que alguien los acariciara hasta el último suspiro. Lo que más odiaba era tener que elegir, cuando había uno aquí y uno allá muriendo y tenía yo que decidir al lado de quién me quedaba. Empecé a adivinar quién moriría y quién no. No podría decirle si era la mirada seca, el color de la piel o el tono de la voz. Entraban a veces al hospital de a cuatro, con tajos de espada, flechas enterradas, lanzas atravesadas, y de lejos, yo los miraba y decía ese y ese. En un inicio me equivocaba y se morían los otros dos hasta que empecé a acertar una vez, dos por medio y después siempre, todas y cada una. A veces le comentaba a don Gonzalo y él asentía; otras se enojaba y negaba con la cabeza porque no quería creerme, sobre todo si los muertos futuros eran sus conocidos.

»Les cerré los párpados a tantos de nuestros hombres, señor. Imagine usted cuántos soldados entregados a su destino, como yo. Los menos preferían batallar para evitar convertirse en esclavos, ya quedaban pocos con sueños de gloria y una nueva España. Los más no pensaban en nada, morían haciendo lo que les había tocado en la vida para poder comer. A mí criada, a ellos soldados en América. Al cerrar sus párpados, pensaba yo en sus familias despidiéndolos en Vigo o en Puerto de Palos. En la imagen que guardo de mi padre, despidiéndome con su boina en la mano. Todos los muertos se dormían llamando a sus madres; los que podían pronunciar palabra, era lo último que decían: madre, mamacita, mai. ¿Y sabe? Los huilliche también. Yo no sé si haré lo mismo. Mi madre era una mujer un poco…»

Merlo dijo «basta» y Catalina casi obedeció.

«Todo lo que vi en los últimos setenta días metida ahí adentro fueron las consecuencias físicas y mentales de lo que pasaba afuera. Las escaramuzas, los ataques, las peleas entre nosotros y el flagelo del hambre. Los últimos seis meses tuvimos que recibir y atender a mujeres donde antes solo habíamos tratado a hombres, soldados heridos y moribundos. Llegaban famélicas o heridas porque algunas empezaron a combatir. Hasta que… hasta que…»

El escribano levantó la vista de sus apuntes, Luis Merlo se inclinó hacia la testigo. Era la primera vez que titubeaba. Ya no podría dar pie atrás en su declaración. El juez levantó y bajó el mentón en señal de que continuara, pero Catalina no cedió. Había alcanzado a darse cuenta de su error antes de cometerlo.

«Pues eso, que llegaban famélicas y me encargué y no pienso recordar nada más porque me hace mal y ya no tiene sentido. ¿Es cierto que mandaron a alguien a sacarnos de ahí? ¿Un capitán con doscientos soldados, meses antes del fin del asedio? ¿Es verdad eso que dijo, o es solo un rumor malintencionado?»

Luis Merlo asintió y frunció el ceño. Le explicó con desgano a Catalina que el capitán Hernández había partido hacia el sur con dos compañías de cien soldados cada una, que una vez desembarcado en Concepción en octubre de 1601 había enfilado hacia Valdivia y luego a Osorno, donde se quedó casi veinte días. La expedición siguió a Chiloé, luego regresó a Valdivia donde Hernández decidió dejar a cien soldados repoblando la ciudad. Recién enfilaron hacia Villa Rica a fines de enero del siguiente año.

La expresión resignada de la testigo desapareció tan rápido que el escribano dudó si había visto en esta mujer esa sonrisa que recordaba o se había confundido con una de las testigos anteriores. Catalina Aguilera levantó la cabeza de sus manos, apoyó las palmas estiradas sobre la mesa, enderezó la espalda y sacó hacia delante el pecho. Miró desafiante al juez.

«Para resumir, el capitán Hernández podría haber salvado algunas vidas, unas pocas, a algunos de mis niños, mas sobre todo… podría haber salvado nuestra dignidad. Cuando vi lo que la falta de comida le hacía a los vecinos más ilustres, a los que sabían leer y escribir, decidí mantener mi cabeza ocupada, dormir y ocuparme, moverme, estar atenta a las necesidades de otros, repetir sus nombres en mi cabeza cada vez que asomara alguna estúpida idea y jamás dormirme sin tener bien agarrado mi puñal. Temí a la locura propia más que a la muerte. Una cosa era aceptar mi destino y entregarme en sus brazos, otra muy distinta era perder la cabeza y el control de mis pensamientos. Aún temo a eso más que al fin de mi vida, más que al dolor y que a la soledad, más que a ser ultrajada. No quiero volverme loca, señor juez. Lo que pasó, pasó y ya está, ahora me toca acostumbrarme a la vida de criada a la que acabo de retornar. En nueve años uno hace amistades y aprende otras costumbres. El mundo huilliche es fácil para las mujeres. Al menos yo, que en el mundo español fui sirvienta, allá era una doña y no tenía que servir a nadie. Sí, a pesar de mi edad, tuve que entregarme como esposa, digamos, vivir con un huilliche y le mentiría si le dijera que sufrí. Para nada. Era un *ulmen*, un sabio. Me trataba con cuidado y se las arregló para que nunca me tocara otro hombre. En mis años de criada española, tuve que aguantar mucho más que eso, sobre todo

antes de cumplir los veinte. Patrones, amigos de los patrones, otros sirvientes, capitanes importantes... Imagine usted esa juventud mía. Donde iba había pocas mujeres españolas y para una criada, ni una posibilidad de reclamar. ¿A quién iba a acusar? ¿Dónde? Aquí en las Indias, yo era parte de las atenciones a los invitados importantes. Era parte del destino del que le hablaba, la vida que le tocó a una no más y que uno acepta, así como que las piernas sirven para caminar y la boca para comer. Pero si me hace comparar, si me obliga usted a evocar el pasado, en estos nueve años en tierras huilliche fui libre, no tuve que servir a nadie y tuve un hombre que me tomó y me cuidó, uno solo.»

Catalina tenía ganas de llorar de rabia, pero sabía ahuyentar esa emoción, lo había aprendido de pequeña. Respiró profundo y se concentró en la papada de Merlo. Luego, apoyada con sus manos en la mesa, levantó un poco el trasero de la silla como si estuviera por largarse y así siguió hablando.

«Si hubiera llegado antes su capitán... Si su capitán hubiera entrado a la Rica setenta días antes de la caída final, yo no habría visto con estos ojos azules a una mujer comerse a su propio feto, a los perros comiéndose a nuestros muertos y a los vivos comiéndose después a esos perros. No habría visto a mis niños más queridos morir despacio de hambre, quietos y helados, no habría visto a mis patrones faenar y comerse a un ser humano, no habría tenido que soportar a mis vecinos tratándome de bruja, escupiéndome y pateándome el trasero. No nos habrían obligado a hacer lo que hicimos ¿Sabe? He sido una mujer pacífica, he intentado buscarle el lado bueno a toda esta guerra, a estas distintas situaciones que me tocaron

vivir. Desde que me despedí de mi papacito en Vigo a los diez años, he pensado todos los días que las cosas pasan por algo, que la vida misma sabe lo que hace y diosito también. He peleado mucho con mi doña María porque insiste en resistir la historia y darle la vuelta al destino. ¿Pero sabe, señor? Esto que me ha dicho, que hubo la posibilidad de salvarnos de esos últimos días de locura, que mandaron a un capitán lleno de oro y soldados... Eso que dice que iban doscientos a salvarnos y eligieron quedarse en otro lado, que prefirieron creer que estábamos ya muertos y fundar de nuevo una ciudad entre ellos antes de salvar a nuestros hombres de la esclavitud... Y que ese capitán suyo anda caminando por estas calles libre y campante... porque el gobernador Rivera no le hizo nada, lo absolvió de culpa como si nuestras almas no valieran ni medio ducado. Ay, señor, eso me indigna, me pone una hidra. Si su capitán Hernández estuviera aquí... Ay, si lo tuviera frente a frente...»

Catalina ya estaba de pie y, por alguna razón, le hablaba al juez pero dirigía su mirada al escribano.

«Señor juez, le sacaría los ojos a ese señor con estas manos, con las mismas que arrancaron de los brazos de la muerte a sus soldados, con las mismas que debí haber matado a nuestras testarudas autoridades de la Rica antes de que nos mataran poco a poco de hambre y que nos tuvieran encerradas y rodeados de nuestras heces. Los mismos hombres que supongo se abrazarán como héroes en el más allá, mirando desde el cielo sus estatuas llenas de flores. ¡Condene usted a ese gobernador que no castigó a ese capitán! ¡Encierre a ese señor! Que por menos matarían a una mujer como yo, dígale a su capitán y a su gobernador que sentados en esta ciudad polvorienta no vieron

lo que tenían que ver y no pensaron bien lo que tenían que pensar. Su capitán y su gobernador son culpables, y los que fueron decapitados frente a nuestros ojos también. Culpables de que todo les importara más que nuestras vidas. Merecían la muerte que tuvieron. ¿Sabe? Su historia de Hernández ha liberado mi corazón de toda culpa, ¿entiende? Maldigo al rey, a la corona y a todo lo que sale de ahí. Vi morir a tantos por él, jóvenes sin juventud, mujeres sin hijos, viejas comiendo ratones, soldados sin valor, capitanes sin cordura, todo por su infame corona y su maldito rey y su imbécil conquista. Y así nos pagaron. Me cago en todos...»

Merlo se puso de pie para preguntarle por la muerte de Bastidas, pero Catalina escupió sobre la mesa y salió sin despedirse. El escribano llevaba varios minutos sin tomar ninguna nota del testimonio. De acuerdo a sus registros, Catalina Aguilera solo había dicho once frases saltadas e incoherentes.

Día doce

Testimonio de doña Ana Chavarri, viuda del último corregidor de la Rica y capitán Rodrigo de Bastidas, hija del vecino fundador Juan Bautista Chavarri y de doña Ana de Almonacid. Confiesa que sabe leer y escribir.

«¿Qué quiere de mí, señor?»

Ana Chavarri se quedó en el umbral de la puerta. Vestía de negro y llevaba el cabello castaño suelto, tan largo que le cubría como una capa toda la espalda hasta el final de su trasero. Don Luis Merlo le pidió que tomara asiento. Ana no se movió.

«Solo vine para hablar de mi hermano y saber si tiene información de su paradero. Su nombre es Marcos Chavarri, era capitán de la caballería, fue tomado cautivo.»

El juez prometió tomar nota del asunto y explicó a la mujer el objetivo de la audiencia. Ana Chavarri preguntó para qué. Merlo volvió a decir que necesitaba dimensionar la falta del capitán Hernández para saber si había sido justamente absuelto o no. Detalló lo de los setenta días y lo que pudo

salvarse. Ana dio un paso hacia el juez, cerró la puerta tras ella y se quedó de pie apoyada en la pared.

«Lo único que debiera importarle, doctor, es que un hombre no cumplió con su deber. Lo demás es pasado. Un pasado patético que todos debiéramos olvidar. Y usted no escriba, no escriba nada más que el nombre de mi hermano.»

Ana apuntó con su dedo largo al escribano, quien detuvo la pluma sin atreverse a mirarla.

«No sé qué hablaron las otras, pero ninguna debió hacerlo, nada de lo que ocurrió en ese pueblo merece ser parte de la historia.»

El juez se puso de pie y le reconoció a la testigo el coraje de su difunto esposo, la fortaleza de haber resistido como lo hizo, su lealtad inquebrantable hacia la corona. Insinuó que sus sacrificios bien valdrían una compensación y dijo que tenía una pregunta específica; quería saber si al capitán Bastidas lo habían matado los indios. Ana Chavarri sonrió burlona sin mostrar los dientes, luego habló moviendo apenas sus labios.

«¿Qué importa eso, ya? ¿Qué diferencia haría? Debería enjuiciarse aquí a mi difunto esposo. Aunque su cabeza fue exhibida en una lanza y su corazón devorado por guerreros que creyeron absorber su valor, creo que su estupidez y tozudez merecen juicio cristiano. Es por culpa de ese capitán que no somos doscientos los sobrevivientes declarando en este juicio, sino poco más de una docena. Perdimos todo por su porfía, su excelencia. No lo consideren un héroe. Que los libros de

historia no enaltezcan su obsesión. Murieron tantos hombres, mujeres y niños. Arriesgó la vida de nuestro hijo… Le ruego que se tome nota solo de esto: Rodrigo de Bastidas no es un héroe, no lo fue. Que ningún escrito histórico alabe su testarudez como símbolo de valentía. Basta. Eso es todo lo que vale la pena decir. Todo lo que hicimos allí está más que justificado.»

Ana Chavarri giró apoyándose en la pared, abrió la puerta y salió sin cerrarla. Luis Merlo tuvo que tragarse la pregunta que quería volver a hacer. El escribano solo se había atrevido a escribir: Rodrigo de Bastidas no fue un héroe y el nombre del hermano de la testigo.

Día trece

Retoma su testimonio doña María de Plasencia, viuda del capitán Pedro de Maluenda, hija de María Cortés de Rueda o María Zapata, madre de Juan de Maluenda, nieta del conquistador Leonardo Cortés.

El juez Luis Merlo subió sin apuro la mirada de sus papeles cuando la mujer ya había tomado asiento. Estaba haciendo un esfuerzo por tomar distancia e intentar poner nerviosa a la testigo, o al menos infundirle respeto y con ello extraer la verdad. Agradeció seco el regreso de la sobreviviente recién liberada y le adelantó que esta vez haría unas preguntas más complejas. Mirando sus papeles le pidió a María que confesara sobre el fin del capitán Bastidas. Solo el escribano notó la suave sonrisa que la testigo casi dibujó con la comisura izquierda de su labio.

«Trágico final, doctor. Como debe saber usted, pusieron su cabeza en una pica y el toqui Cuminahuel bebió la sangre de su corazón para absorber el valor del capitán Bastidas. Hicieron esto con mucho respeto, pues estaban admirados de su resistencia heroica. Es una ceremonia triste pero bella, donde se reconoce el valor del enemigo. No todos nuestros muertos tuvieron ese honor.»

María miró al juez con la misma sonrisa perturbadora ¿o dulce? de los días anteriores. El escribano se puso nervioso. Merlo sin mirarla preguntó quién había matado a Bastidas.

«Señor juez, no estaba yo al final del sitio dentro del fuerte. Fui tomada cautiva unas semanas antes de la caída final, ¿lo recuerda?»

El tono usado por María de Plasencia y su compasiva reverencia lanzó sobre los hombros del juez los cincuenta y cinco años que había olvidado que tenía; le dolieron las rodillas y se le puso pesado el antebrazo.

María parpadeó más rápido de lo necesario. Para que no se le notara, miró al escribano a los ojos, pero en realidad vio su puño enterrando la espada: la sensación fresca de atravesar un cuerpo humano y sentir la sangre tibia en el rostro. No tenía culpa ni los latidos del corazón acelerados. Pensó que si acarreaba ese recuerdo con tanta liviandad, podría haber hecho dos años antes lo que hizo ese día.

El escribano, quien tenía aún seca su pluma y solo se había dedicado a contemplar a María, notó que el juez estaba en blanco. Se levantó de la mesa y le sugirió que la testigo hilara mejor la llegada de Gabriel de Villagra y María Carrillo. Una historia que se había vuelto su obsesión personal y que le aseguraba mantener a la joven María frente a sus ojos por un tiempo más. Sin que el juez dijera una palabra, María contestó mirando al escribano directo a los ojos y hablándole como si le estuviera contando una leyenda para hacerlo dormir.

«En esa ocasión llegaron miles de naturales. Entre ellos estaban Pelontraru y Ankanamún porque eran todos los que venían

de Valdivia. Me pareció ver poyas, puelche, cuncos y purenes, huilliche. Eran miles. Decían que Ankanamún usaba prendas españolas y ese día era así. Llevaba puesto jubón, camisa, greguesco y algo parecido a una boina. *Con el hábito y cruz de Calatrava, tenía un pardo capotillo puesto, que Loyola llevaba de camino y el bastón con extremos de oro fino*[27]. Hacia el final del asedio, cuando llevábamos más de dos años encerrados, tantos araucanos andaban con nuestros pertrechos que más de una vez, desde lejos, creímos que venían refuerzos. Gustaban de nuestros cascos, armaduras, coseletes y cotas. Si no fuera porque varios de ellos andaban rapados y gritaban en su lengua, podríamos haber abierto las puertas del fuerte de par en par en más de una ocasión. Pelontraru era distinto, solo usaba su vestimenta tradicional y llevaba la cabeza y las cejas rapadas. Tiene un vozarrón imponente y maneja el caballo como si este hubiera sido parte de su cuerpo desde que nació. No hay otro con su porte y gallardía.

»Recuerdo que aquel día nos ofrecieron un espectáculo. Cabalgaron de pie sobre sus bestias, saltaron de un corcel a otro… parecía que cada grupo trataba de hacer la mejor acrobacia. Actuaron por horas como si no estuviéramos, mientras se juntaban más y más a nuestro alrededor. Miles, miles. Nuestro capitán nos mandó varias veces a encerrarnos y a los soldados a tomar posiciones, mas no podíamos dejar de contemplar lo que veíamos. La fascinación y el terror nos petrificaron.»

María hablaba mirando hacia la ventana y entrecerrando los ojos como si estuviera observando a esos guerreros entre las rendijas de la persiana. El escribano veía cómo movía sus dedos sin levantar las manos de la mesa para dar ciertos énfasis a sus palabras. La imaginaba tocando el clavicordio en

los pocos años que tuvo para hacerlo. ¿Se lo habrían robado? ¿Estaría convertido en cenizas? ¿Se queman las cuerdas del clavicordio?

«Cuminahuel se adelantó al grupo y se acercó al portón del fuerte. Le ofreció a Bastidas perdonar la vida de los vecinos a cambio de su rendición. Imagine usted señor, quedábamos apenas un ciento, era lo que debimos haber hecho. Bastidas gritó: Rendición jamás. Sus palabras favoritas. Entonces vi que salía de las filas de los araucanos el capitán Chavarri. Marcos Chavarri, quien fue tomado cautivo en una de sus salidas a buscar alimento. Hace meses que no lo veíamos, era uno de nuestros militares más admirados. Lo dejaron avanzar hacia nosotros. Pensamos que sería un trueque como tantos que intentaron antes, otro ofrecimiento de entregarnos cautivos a cambio de dejar ir a las mujeres o como manera de forzar la rendición. Pero esta vez pasó algo que nos estremeció más que los diez mil araucanos que nos rodeaban. Chavarri le pidió a Bastidas que dejara salir a su mujer y a su suegra del fuerte. Otro soldado español gritó desde las filas que dejaran salir también a su esposa. Se produjo un enorme barullo dentro de la cuadra. Dos de las mujeres aludidas cayeron de rodillas y se pusieron a rezar. Mi tía Juana fue a buscar a la suegra de Chavarri que estaba encerrada en su casa. Becerra corrió a hablar el tema con Bastidas y el padre Andrés. El cura asentía con la cabeza y tomaba a Bastidas por los brazos. Poco después vimos cómo abrieron la puerta y las tres mujeres salieron corriendo a abrazar a los suyos llorando de alegría. Sé que puede sonarle absurdo, estimado doctor, tres mujeres corriendo hacia su esclavitud con la sonrisa en los labios. Y uno de nuestros capitanes pidiéndolas para eso.

Luego, los araucanos mandaron a Gabriel Villagra a contarnos que ya estaba todo perdido. Bastidas gritó de vuelta que *no pensaran atemorizarle con referirle sus victorias, ni menos con amenazas; que si en otras partes habían salido victoriosos, allí habían venido a pagar a sus manos sus traiciones. Los indios le dijeron que se dejase de valentías y bravatas*[28]. En ese jaleo, Villagra y su mujer se colaron dentro del fuerte. Se iban tres y llegaban dos. Recuerdo que esa noche con mi madre, Isabel y mi tía Juana nos convencimos de que ya nadie vendría por nosotros. Si Chavarri prefería hacer cautivas a su mujer y a su suegra, si uno de nuestros soldados prefería que su esposa saliera del fuerte, era porque ellos sabían lo que nosotras intuíamos. Estábamos perdidos. No nos mataban porque ya no querían sacrificar a ni uno de los suyos. Bastaba con volvernos locos o matarnos de hambre. Los cañoncillos les hacían un daño innecesario. Nos habíamos hecho prisioneros nosotros mismos, ya nos tenían encerrados a todos. Hace tres años habían conseguido la victoria y la celebraban frente a nuestras narices desplegando a sus hábiles jinetes con sus trajes y sus armas. Mi madre quiso ir a hablar con Bastidas, pero esa vez la convencimos de que nos dejara hacerlo a Isabel y a mí.»

María golpeó la mesa con la palma de la mano y sacudió el mosquito muerto en sus faldas. El juez y el escribano se asustaron. El joven notó que esta vez la testigo llevaba cera en los labios, algo de colorete y olía a agua de azahar. Se había tomado el cabello en un moño alto y llevaba una saya completa que ocultaba su clavícula y parte de su cuello, cambio que el escribano lamentó.

«El capitán nos recibió de mala gana mientras masticaba la punta de su cinturón. Era difícil comentarle algo que era tan evidente sin ofenderlo. Isabel, que en paz descanse, optó por decirle con dulzura que, desde su torpe e inocente visión de mujer ignorante —ella usó esas palabras—, lo que acababa de hacer el capitán Marcos Chavarri era mandarnos un mensaje. Insinuó de manera tan suave lo que pensaba que tuve que resistir mis deseos de reír, señor. Fuimos muy respetuosas. Demasiado respetuosas. Isabel le sugirió al capitán Bastidas que Marcos Chavarri había intentado decirnos con su acción que nadie vendría a rescatarnos y que la guerra estaba perdida. De otro modo quién desearía que su suegra y su mujer se transformaran en esclavas indias sometidas a ultrajes e indignidades. Agregó, lo recuerdo bien, estas palabras: El capitán Chavarri debe saber que nuestra situación es desesperada y que solo nos queda rendirnos. Bastidas se levantó de su silla, nos tomó a cada una de un brazo y cuando nos dejó en la puerta dijo que el capitán Chavarri había mandado un solo mensaje; que era un pobre cobarde y un perro faldero de su mujer y su suegra. «Lo que hizo Chavarri fue pedir compañía en su esclavitud porque es un cobarde», eso nos dijo. Ay, señor, y puedo prometerle que si había un valiente en nuestras filas de la Rica, ese era Chavarri. Salimos desoladas del fuerte esa noche. Isabel llegó a la casa, se puso a los hijos que le quedaban encima y así durmió. Su alegría y su dulzura se esfumaron esa noche para siempre. Y… los dedos de Bastidas quedaron marcados en mi brazo por varias semanas.»

María miró hacia la mesa y con disimulo limpió su lagrimal derecho con un pañuelo blanco.

«Si me lo permite, doctor, creo que la entrega de mi familia por la corona es de una lealtad pocas veces vista. Entregamos la vida de nuestros hijos, de nuestros maridos, de todos los hijos del conquistador Leonardo Cortés. Resistimos hasta el final. Hemos regresado luego de años de cautiverio a asumir con humildad nuestra nueva vida en La Ligua. Mi hijo Juan se apuntará como soldado del Ejército, pero me apena ver el pago que recibimos. Acabo de salir en libertad y encuentro a mi madre y a mi hijo viviendo en precarias condiciones, sin bienes, sin ni siquiera un décimo de lo que le correspondería a mi padre. Señor juez, eso tampoco me parece justo.»

Luis Merlo miró por primera vez en la sesión a María de Plasencia directo a los ojos. Fue capaz de mantener el cruce de miradas en medio del silencio, pero agachó la vista antes que ella. Revisando sus notas, le recordó a la testigo que este proceso era la residencia de un gobernador y no un informe de servicios y méritos. Asunto que, por lo demás, debía hacer su hijo Juan de Maluenda cuando correspondiera y no las mujeres de la familia.

«Estimado juez, perdone usted mi atrevimiento. Tiene razón. Es un asunto que no compete a esta corte ni a nosotras y no debe importunar sus deberes. Las mujeres a veces nos dejamos llevar por la emoción, como usted debe saber. Solo me apena ver a mi madre y a mi hijo en peores condiciones que las que tuvimos en cautiverio. Le ruego me disculpe, señor.»

Merlo volvió a buscar sus ojos, pero esta vez María, la hija, miraba la punta de sus pies. Solo el escribano podía ver que la testigo había levantado de nuevo la comisura izquierda de

su boca y lo que ocultaba así agachada no era turbación ni vergüenza, sino una sonrisa.

El juez dijo que aunque no fuera su asunto haría lo posible para ayudar a tan noble familia a vivir como su comportamiento y linaje merecían. María de Plasencia levantó su rostro y le regaló una dulce y larga sonrisa que acompañó de un pestañeo más largo de lo habitual. Merlo olvidó todo lo que faltaba preguntarle.

«Será difícil ganar esta guerra, señor. No solo porque son un pueblo sin jefe, no solo porque la guerra es para ellos un arte, no solo porque no temen a la muerte; será difícil porque ellos creen que son la tierra y que pertenecen a esa tierra. No aceptarán ser desplazados, no aceptarán parlamentos que signifiquen la paz a cambio de que nosotros pisoteemos el lugar donde cayeron sus antepasados desde el cielo. Jamás permitirán que arrasemos con sus bosques para plantar nuestras chacras. Es solo mi humilde opinión, señor juez.»

María se despidió con una suave reverencia, cubrió su cabeza con el velo y salió.

Día catorce

Continúa el testimonio de María Cortés de Rueda o María Zapata, madre de María de Plasencia, liberada, y de Ana y Beatriz de Luna, aún cautivas. Abuela de Juan de Maluenda y de Ana María Sarmiento, nacida en cautiverio.

«Vengo a hablarle de los setenta días antes de la caída final, don Luis, para que cerremos este asunto de una vez. Si la Rica cayó el 7 de febrero de 1602, como se me informa en esta residencia, hablaremos entonces del mes de octubre y noviembre del año anterior. Los meses en que nuestros soldados empezaron a cazar.»

Doña María se acomodó en la silla, ordenó un par de cabellos sueltos detrás de sus orejas, tomó aire y exhaló sin elegancia, soplando por la boca como si en vez de hablar se dispusiera a subir una larga escalera. El escribano notó que sus ojeras estaban más marcadas que en ocasiones anteriores y la piel de sus mejillas caía con mayor violencia hacia su mandíbula, enmarcando su boca en una expresión triste y cansada. Incluso las arrugas de su bozo parecían más pronunciadas. Se preguntó el escribano si sería efecto de una pérdida de peso repentina o de un cansancio añejo que acababa de salir a la superficie.

La testigo echó los hombros hacia atrás, levantó el mentón y habló fuerte mirando al vacío, dirigiéndose con autoridad a un grupo imaginario de oyentes.

«Mi hija Beatriz fue la que me avisó. Yo ya me movía poco. Privilegiamos la alimentación de embarazadas, niños y después jóvenes, en ese orden. La más vieja de la familia era yo, así que me correspondía poco de comer, a pesar de la insistencia de mis hijas. Como le decía, Beatriz llegó a contarme al oído que los soldados estaban entrando el cuerpo de un huilliche muerto al fuerte. Ana llegó tras ella a decirme lo que sabía: lo vieron recogiendo frutillas solo, lo mataron de un lanzazo y lo metieron al fuerte. Usted se preguntará qué tenía de sorprendente aquello que en una guerra es pan de cada día; pues que nunca nos habíamos preocupado de enterrar a los indios, menos de meterlos al fuerte, no después del asedio. Tampoco solíamos matarlos cuando andaban de a uno. Ahí los tomaban prisioneros y Bastidas los torturaba en busca de información. Ya llevábamos tres años dejando que a los muertos se los comieran los traros y los jotes cuando alguno quedaba atrás.

»Mis hijas más jóvenes me ayudaron a levantarme y caminar hasta el ventanuco, desde donde vi lo que imaginaba. Un grupo de hombres y Beatriz Lozana discutían alrededor del cadáver, divisé también a Catalina con su puñal en la mano. Ana y Beatriz que no son imbéciles se taparon la boca. Yo negué con la cabeza y les tapé los ojos. Hablábamos poco ya, lo justo y necesario, y cuando lo hacíamos, no sé por qué, susurrábamos. Creo que mis hijas pequeñas pensaron que yo saldría a detener tal locura, mas lo consideré un acto sensato y necesario. Dos días antes se había muerto en mis brazos otro hijo de Isabel. Ya no llorábamos. Estaba todavía en la

casa, acostado sobre una cama como si estuviera vivo. Esperábamos tener energías para salir a enterrarlo y todavía no nos llegaban cuando pasó esto que le relato.

»No sé dónde carnearon ni cómo prepararon a ese pobre araucano, solo sé que Catalina llegó con raciones para nosotras envueltas en un paño. Estaban muy asadas, casi quemadas. Me dijo que habían atrapado un traro muy grande y que ella había logrado salvar unos pedazos para nosotras. Puse el paño en una mesa y volví a acostarme. El sol entraba por todos lados y teníamos tanto frío. Por una rendija que se había abierto sobre mi cama podía ver el cielo, ya usábamos la madera de los techos para hacer fuego. Los jotes habían vuelto sobre nosotros. Podía contar desde mi cama trece o catorce esos días, esperándonos, pacientes. Qué fácil vuelan los jotes, ¿no? A veces, le abrían paso a algún pato que pasaba por mi cabeza volando como si estuviera a punto de caer, en su último aleteo. Los patos vuelan pesado y torpe. Si uno lo piensa, los patos nadan mal, vuelan mal y caminan mal… pobres. Cuánto deseaba que se cayera uno sobre nuestras cabezas… Esa noche me levanté a buscar algo de agua. Vi que el paño que había traído Catalina estaba vacío y que mi nieto muerto, José, ya no estaba en su cama. Fui a buscar a Isabel, dormía abrazada del único hijo que le quedaba vivo y de la bebé que chupaba su pecho seco. Me acerqué y, gracias a la luz de la luna, pude ver sus uñas negras y sus dedos embarrados. Había ido a enterrar sola al pequeño José. Volví a la mesa, sacudí el paño, mojé mis dedos con saliva y me comí todos y cada uno de los restos que cayeron. Miré por la ventana, algunos soldados de guardia mascaban huesos. Si hubiera tenido algo de fe, esa noche habría rezado de rodillas para que nadie despertara nunca más.»

Merlo estaba quieto, apenas respiraba. La sala se llenó del sonido de la lluvia floja de mayo. El escribano no se atrevió a levantar la mirada y se quedó redecorando las letras que hace rato había dibujado. Doña María seguía mirando a su público imaginario, recorriendo sus miradas una a una. Por largos minutos, ninguno de los tres se atrevió a hablar, hasta que doña María tomó un nuevo impulso.

«Traté de que en casa nos arregláramos con pájaros, ratas e insectos. La primavera ayudó en eso. Los últimos setenta días que usted me ha obligado a recordar pasaron así, sin ataques, con los niños muriendo de a poco, comiendo asquerosidades que sus pequeños cuerpos no soportaron. Mi nieta tenía apenas seis meses, no resistió. Sin la leche de Isabel no pudo. Era tan pequeña, tan frágil. Se la saqué de los brazos a mi hija porque trataba de darle de mamar cuando ya llevaba varias horas muerta. La envolví, la tomé en mis brazos y fui a dejarla sobre la mesa de Bastidas. Ya había asesinado a ocho de mis nietos, a todos mis hermanos, a mi único hijo hombre... Dibujé con mi puñal en su mesa las palabras Rendición ahora. No la enterramos, no sé qué hizo con esa bebita. No la vi más. Se llamaba María y ahí la dejé, tiesa sobre la mesa de nuestro tirano. No sé dónde estaba nuestro astuto capitán. Setenta días antes uno nunca estaba seguro de haber visto a alguien o solo haber divisado su espectro. Yo vi a mis hermanos muertos caminando por el pueblo esas semanas. Los soldados salían apenas a sus puestos, creo que empezamos a extrañar a los indios. Su asedio, su presencia. Verlos rozagantes nos daba la certeza de que seguíamos vivos. Sin ellos, en ese silencio y esa quietud, con la vista nublada por el hambre y los muertos sin enterrar, era fácil creer que ya nos habíamos

estacionado en el purgatorio. ¿Sabe, señor? Sé que los últimos meses fue primavera, dicen que salimos en febrero... Sé que debieron estar en flor los notros, los dientes de león, el clavel que logré salvar y que traje desde La Imperial. Sé que era octubre, noviembre, diciembre, pero en mi recuerdo esos últimos días están borrosos, dentro del fuerte todo era gris y sucio, los niños se veían azules, mis hijas pequeñas también, sus labios morados, todos los pájaros que sobrevolaban nuestras cabezas eran negros. Era como si al mundo se le hubiese acabado el color. Dentro del fuerte, en esa prisión que construimos, no hubo primavera. He estado haciendo lo que usted me solicitó; revivir, recordar, repasar esos setenta días. ¡Oh, señor juez, qué duro castigo me ha dado! ¡Qué tormento me ha obligado a pasar! Merezco cierta mortificación, mas creo que usted ha exagerado. Cumplo en vida mi condena mientras el maldito de Bastidas yace sin cabeza durmiendo bajo la tierra. La vida no es justa, señor. La vida hiede a estiércol y orina.»

Merlo fue directo al grano. Le preguntó a María Cortés si había organizado un motín en contra del capitán Bastidas o si sabía quién lo había asesinado. La pregunta cubrió de mayor tristeza el rostro de la testigo.

«Jamás me perdonaré no haber hecho eso. Jamás me perdonaré no haber asesinado a Bastidas apenas supimos que estábamos perdidos, que lo que creíamos nuestra defensa era en realidad la cárcel donde nos tenían prisioneros los indios. Que hasta a nuestros enemigos les partía el alma vernos morir así de hambre y locura y a nuestro capitán no. A Bastidas lo mató su obsesión, su egoísmo, su terquedad, su estupidez. Su ridículo concepto del honor. En buena hora le cortaron la cabeza y

lo liberaron de aquello. Nuestros enemigos se apiadaron de él y lo mataron. ¿No le parece una locura que no lo hayamos hecho nosotras antes? ¿No le parece incomprensible que no hayamos usado nuestras propias manos para salvarle la vida a nuestros hijos, a nuestros nietos? Me arrepiento tanto de no haberlo hecho yo años antes. Condéneme por eso, señor.»

El juez pronunció el nombre completo de la testigo y le exigió que dijera la verdad. María volvió al asunto de la residencia.

«Le he dicho todo lo que sé y más de lo que hubiera querido recordar. Su capitán Hernández pudo salvarnos de las tinieblas de esa primavera. Pudo salvarnos del canibalismo, pudo salvar el alma de mi Isabel y su vida, pudo salvar a mi nieta. ¿Qué pena merece? ¿Puede usted enviar a matar a un par de sus hijos? ¿Puede asegurarse de que mueran los nietos que ellos parirán? ¿Cómo se paga esto que nos han hecho? ¡¿Cómo?!

»Sí, cometimos un pecado nosotras las que entendíamos lo que ocurría desde el inicio: fue esperar demasiado, obedecer, respetar a la autoridad, creer por un segundo que hacíamos un servicio al reino. Esperar y no habernos rebelado, no haber actuado con más firmeza para defender la vida de los nuestros. Cada palabra que he pronunciado frente a sus ojos es la pura verdad de mis recuerdos.»

Merlo tenía lo que necesitaba. Despidió a María Cortés o María Zapata antes de que se le desenredara el nudo que se le notaba en la garganta. Podía ver mujeres llorar, pero no creía poder soportar las lágrimas de esta.

El escribano se quedó sin tinta en la palabra «azules» y no se atrevió a interrumpir a la testigo.

La mujer salió y dejó la puerta entreabierta. De espaldas levantó su mano en señal de despedida. El escribano vio que al final de su larga trenza colgaba un hilo lleno de pequeños dientes.

Día cincuenta y seis

Don Luis Merlo escribía su sentencia al cargo doce de la residencia del gobernador Alonso de Rivera, en el cual se le acusaba de no haber cumplido su deber con los habitantes originarios.

Dice así:

> *12. Y en cuanto al cargo doce, que siendo una de las cosas de que más debiera curar, el bien de los indios, como cosa por S.M. tan encargada y que como miserables reciben de ordinario vejaciones y por su pobreza e incapacidad no vienen a las ciudades a procurar su remedio y que habiéndolo de conseguir, mediante la visita general de la tierra que el dicho gobernador y su teniente general tuvieron obligación de hacer en cada un año y no la hicieron en todo el tiempo de su gobierno, le pongo culpa y por ella le condeno en doscientos ducados...*[29]

Un golpe en la puerta interrumpió su escritura. Había llegado carta para él. La trajo por mano un capitán peruano a quien don Luis Merlo salió a agradecer su gentileza, pero no hizo pasar a su despacho ni le ofreció un té. Cuando este ya había partido, el doctor abrió el sobre.

La carta era de Ana Chavarri.

Mi muy respetado Doctor,

Espero se encuentre Ud. sin contratiempos y con buena salud. Le escribo desde tierras lejanas pues es lo prudente. Creerá usted que he regresado a mi vida de cautiva, mas he elegido alejarme de los amargos recuerdos de ese pobre Reino buscando paisajes distintos sin frío, sin montañas y, por cierto, sin volcanes. Le recomiendo no intente buscarme ni a mí ni a las mujeres que mencionaré en esta historia, pues lo que aquí relato es la verdad y lo hecho ya hecho está. Todas ellas están a resguardo y perdería Ud. su valioso tiempo. Le pido acoja mi deseo. A mi parecer, solicitar ese respeto es lo mínimo que merecemos quienes padecimos los sufrimientos que ya le fueron relatados en detalle durante la residencia al gobernador Rivera. Dejamos por la Corona la vida de nuestros padres, hermanos y de innumerables hijos, perdimos nuestra calidad de doncellas, nuestra dignidad y algunas incluso la fe. Solo pretendo aquí desplegar la verdad y con ello poder morir en paz.

Me he retirado a lo que vuestra señoría llamaría quizás una vida de caballero. Paso mi vida con mis hijos y con mis amigos, mis ejercicios son el de la caza y la pesca, pero no mantengo halcones ni galgos, sino algún perdiguero manso, o algún hurón atrevido (a veces me acompaña un mono). Tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance, cuales de latín, de historia algunos y de devoción otros. Los

de caballería aún no han entrado por los umbrales de mis puertas (ni lo harán). Hojeo más los que son profanos que los devotos como sean de honesto entendimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez donde mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido.[30]

Me vendría bien enterrar la memoria bajo estas palmeras húmedas, mas relato lo que sigue para que Ud. agregue a sus testimonios un nombre que debiera pasar a la historia, pues si no fuera por ella ninguno de los que conoció durante aquella residencia estaría vivo. Es injusto que el miedo a ciertas represalias hacia su familia deje a esta señora sin el reconocimiento que merece su sacrificio. Ella es la verdadera heroína de la Rica, nuestra Juana de Arco, quien salvó la poca vida que quedaba a los pocos que quedamos a riesgo de su estadía en el infierno. Trabajó por los nuestros desde que llegó a la Rica, por lo que no vaya Ud. a tomar ninguno de sus actos por traición. Abnegada, curó enfermos y heridos, cerró agujeros de lanzas y enfrió calenturas, hasta que dio a luz a su cuarto hijo y debió dedicarse solo a la crianza. Mas las puertas de su hogar siguieron abiertas para vecinos que necesitaban una palabra de consuelo, un consejo de amor, un alivio a su agobio. Parió ocho hijos en la Rica y los perdió a todos. Con una humildad y paciencia que jamás logré comprender, aceptó la muerte de los primeros cuatro como designios del Señor.

Llena de fe, soportó esos años de asedio dedicada a salvar de la desesperanza a los más débiles. Mientras su madre buscaba comida y sustento y sus hijos morían, ella escuchaba, acariciaba manos, cubría los hombros, acomodaba cabezas llorosas en su regazo. Fue quien cuidó la humanidad que nos quedaba. Alimentarse era necesidad animal, compadecernos era lo humano que subsistía.

Mantener eso le parecía tan importante como la comida, o tal vez mucho más. Entonces murió Martín, el niño de sus ojos, el que llevaba su sonrisa. Esta vez no fue una herida ni una peste, fue el hambre. El primer niño que murió de hambre en la Rica. Nada pareció cambiar en Isabel ese día, ya había perdido a otros por enfermedad y heridas. Ella siguió rezando como una sierva fiel, aparentó aceptar con humildad lo que le tocaba. Siguió sin descanso aplacando nuestras penas. En mi encierro personal fue a la única a la que dejé entrar a mi hogar. Respetuosa, solo se acercaba a dejarme un pan y a veces acariciaba mi mano sin forzar ni el saludo coloquial. Nadie lo supo, jamás.

Con el pasar de los días, de los miles de días, entendí lo que había hecho la muerte de Martín en el alma de Isabel. La imagino orando mientras esperaba que Dios autorizara su sacrificio, pero en esa espera murieron Adolfo, José y su pequeña Inés.

María Cortés de Rueda, su madre, María de Plasencia, su hermana, Juana Cortés, su tía, y quien le escribe, la escuchamos. Quedábamos solo treinta sobrevivientes, llevábamos ya tres años de sitio. Con su dulce voz y tomando la mano de su madre, Isabel de Plasencia nos dijo que era hora de tomar las armas. Pensamos que se refería a apoyar al ejército, asunto que veníamos discutiendo entre nosotras hace un buen rato. Mas Isabel tenía otra idea. El Capitán Bastidas, quien espero no descanse en paz pues no lo merece, ya había rechazado cada uno de los ofrecimientos de rendición a cambio de salir vivos. Era la muerte nuestro destino final si éramos vecinos obedientes. Isabel manifestó esa tarde que ya era suficiente. Necesitábamos tomar las armas contra nuestros propios soldados y rendirnos para salvar nuestras vidas y las de los pocos que quedaban. Creo que en silencio y hace meses sabíamos que era la única

salida sensata. Solo nos había detenido la idea de tener que matar a nuestros propios hombres si se oponían a la rendición. Sabíamos, además, que ese plan significaba la muerte de mi marido, el capitán Bastidas. La generosidad de Isabel fue solo superada por la de Juana, quien se ofreció para matar a mi esposo. María Cortés de Rueda las escuchó con una sonrisa en los labios. Odiaba a Bastidas desde que dejó morir a su yerno en la defensa de Maquegua, siempre lo culpó. Creyó que mi marido había expuesto al Capitán Pedro de Maluenda para quedarse con el cargo de Corregidor. Sus sospechas me hicieron odiarla hasta que vi actos en mi esposo que me acercaron a la posición de María. Le confieso que, para esos días, a mí me sobraban las ganas de asesinarlo, pero me faltaban las fuerzas. María Cortés de Rueda se restó del propósito, rescataría a su nieto del ataque y de ser testigo de nuestros crímenes. Fue lo que hizo.

Por antiguas amistades de Catalina Aguilera con sirvientas indias, avisamos a los araucanos que estábamos dispuestas a rendirnos el siete de febrero. Esa mañana escuchamos el galope de sus caballos y corrimos a tomar las armas. Los soldados y vecinos creyeron que nos sumaríamos a la defensa del fuerte, así que nos entregaron arcabuces, ballestas, porras y tananas. Las espadas y cuchillos las llevábamos nosotras hace un tiempo. Reducir a los soldados fue más fácil de lo que creímos; matamos solo a unos cuantos. La mayoría de ellos ya estaba tan cansada y deseaba lo mismo que nosotras: que terminara todo pronto. Pienso que solo seguían peleando por el miedo a que su propio capitán los sentara en la pica. Cuando Bastidas vio que ya no se disparaban los cañoncillos y que nadie seguía sus órdenes, salió a la plaza. Todas apuntamos hacia él nuestras armas. Becerra y Villagra salieron a defenderlo, Beatriz Aldonza los aturdió con una macana. Villagra murió por

el golpe, aunque esa no era nuestra intención. Escuché a los indios en el portón, Cuminahuel con su discurso de siempre. Un par de mujeres corrían con los brazos en alto, yo grité que nos rendíamos, mi marido caminó hacia mí con la mano en la empuñadura de su espada; cuando estaba a dos pasos vi salir la punta de una espada por su corazón. Cayó de rodillas sin quitarme la vista.

Isabel de Plasencia cargó con ese muerto. No sé si fue ella quien lo mató. No pude ver quién lo atacó por la espalda. Fue ella sí quien lo degolló con la ayuda de su hermana María de Plasencia. Isabel caminó hacia el portón con la cabeza de mi esposo en una de sus manos y la espada ensangrentada en la otra. Los araucanos jamás la tocaron, supongo que en reconocimiento de aquel hecho o por el miedo que ese acto les infundió. Ni siquiera celebraron su victoria en la Rica, nuestra rendición luego de tres años. Solo nos miraban curiosos y algunas mujeres que eran parte del batallón lloraron al vernos salir. Debemos haber parecido un grupo de fantasmas inmundos y famélicos. Ellos se veían tan robustos, tan coloridos, tan saludables, tan felices. Era verano, sus cuerpos estaban desnudos y nosotros tiritábamos de frío cubiertos de ponchos sucios y pieles. Nos dejaron volver a los solares a sacar lo poco que teníamos en nuestro refugio antes de quemar lo que habíamos sido.

Quedaban dos cofres de oro en las casamatas, presencié cómo los tomaron entre dos soldados araucanos y los lanzaron al lago. Se hundieron rápido. Al indio le basta el oro que le relumbra del sol[31]*. Lanzaron los cofres justo frente al nacimiento del Toltén, por si alguno de los suyos se atreve a ir a buscarlos. ¿No hemos llegado hasta estas tierras por ese oro, respetado señor? ¿Usando a Dios como nuestra excusa?*

Le he confesado aquí algunos crímenes, lo sé; asesinatos, traición y asaltos a miembros del ejército, a representantes del rey. Mas le pregunto, doctor: cuando un enviado del Rey se empecina con la victoria a costa de sus vasallos hasta el punto de que los convierte en animales o en muertos, ¿no comete entonces un crimen? Cuando un corregidor en vez de proteger a los suyos inmola a su pueblo contra la voluntad de quienes le han dado la autoridad, ¿no es ello tiranía y traición? ¿Y el asesinato de un tirano no es sino un acto heroico, aún más cuando este ocurre para salvar la vida de unos vasallos del Rey?

La construcción de este nuevo Reino se asemeja al nacimiento de un nuevo hijo. Convive uno con un ser que al comienzo es un extraño dentro de las entrañas. Espero me permita esta figura que Ud. tal vez no comprenderá. Un nuevo hijo marea, enferma el cuerpo, pesa, dificulta el avance y nace luego de un gran dolor. Después olvidamos aquello y hacemos todo otra vez, y otra. Pensaba en aquella tozudez cuando veía nuestras ciudades fundadas y vueltas a fundar, arrasadas. ¿Cuándo nos cansaremos? ¿Llegará algún día la paz?

Señor, lo que ocurrió en la Rica fue como un parto que duró cien años y mató a la madre y al hijo. Un acto sangriento, cruel y estéril.

Oh señor, cuide usted con esta revelación que no se levanten estatuas en honor a mi difunto esposo, pues no es él quien las merece. Por su culpa murieron más de trescientos españoles leales. Erija usted un busto en nombre de Isabel de Plasencia y Cortés, un monumento a su valentía, al sacrificio que hizo para salvarnos la vida. Es ella quien lo merece y su único crimen fue esperar demasiado y

sacrificar ocho hijos por su Rey ¿Quién ha entregado a la Corona más que eso?

Quiera Dios que esta confesión cierre su historia. La culpable murió al parir a su único descendiente vivo. La nuestra es una historia sin epopeya, sin gloria. Una derrota patética. Solo confío en que sirva para que nada de esto ocurra nunca más. Y para que no se alabe a los héroes equivocados.

Ana Chavarri

En algún lugar de América, en abril de mil seiscientos diez.

Día sesenta

Luis Merlo dejó la carta abierta y leída sobre la mesa durante cuatro días junto a los apuntes de su escribano.

Debía redactar su veredicto al cargo contra el gobernador Alonso de Rivera por absolver en el Consejo de Guerra al capitán Hernández. Llevaba dos horas con la pluma en la mano y la vista fija en el número veintiuno que había dibujado. No lo convencía el número uno, pero el papel estaba escaso y ese no era su principal problema.

Retumbaban en sus oídos las primeras palabras de la redacción de su sentencia:

> *Como primeramente juro por Dios nuestro Señor y por la señal de la cruz en forma debida de derecho, que he hecho justicia en ella sin agravio de ninguna de las partes y que la haré en esta sentencia y si así lo hiciere me ayude Dios y si no me lo demande, que debo de declarar y declaro en la forma y manera siguiente.*[32]

Estaba tan confundido que escribió las sentencias del cargo veintidós y veintitrés antes de la que correspondía a la Rica, provocando un desorden que jamás antes se había permitido[33].

Releyó la carta y los testimonios. Antes de que anocheciera, escribió:

21. Y en cuanto a el cargo veinte y uno, de no haber determinado luego cómo recibió la residencia que había mandado tomar al capitán Francisco Hernández Ortiz, cabo y gobernador de las ciudades de arriba en razón de la culpa, porque le mando tomar la dicha residencia por no haber socorrido con tiempo la ciudad Rica; atento a su descargo, le absuelvo y doy por libre.[34]

Tomó la carta de Ana Chavarri junto a las hojas con los testimonios de las sobrevivientes de la Rica y las usó para avivar el fuego que entibiaba su oficina ese cinco de mayo de 1610 en Santiago.

Volvió a sentarse frente a su escritorio, tomó la pluma y esta vez dibujó con más cuidado el cargo siguiente, el número veinticuatro.

FIN

Epílogo o cómo siguieron los hechos según la historia oficial

Dos años después de esta residencia, en 1612, Juan de Maluenda, nieto de María Cortés de Rueda e hijo de María de Plasencia, fue distinguido con varios oficios: teniente general de caballería, corregidor de La Serena y maestre general de campo.

En 1624, Maluenda informó sobre sus méritos y servicios durante el sitio de la Villa Rica en un intento por recuperar la encomienda hecha varios años antes en favor de su padre. Pedía «cuatro mil pesos ensayados de renta que pretendo en indios del Perú». Su relato contenía detalles de los últimos días de la Villa Rica y, por supuesto, narraba «la hazaña heroica y leal» de los vecinos sobrevivientes, especialmente de su familia. En su Información de Méritos, Juan escribió lo siguiente sobre su madre, tías y abuelas: «todas ellas acudían con loable ánimo a hacer sus cuartos y centinelas, y en otras ocasiones se ofrecían mostrando mucho valor como si fueran muy diestros soldados»[35]. Solo hombres declaran como testigos suyos: Juan Vásquez de la Calzada, Pedro Escobar e Ibacache y Álvaro Rodríguez. En sus testimonios a favor de Maluenda, describen a María Cortés de Rueda como «una persona principal y de muy gran calidad». Luego de esta gestión, Juan de Maluenda fue nombrado regidor de Santiago.

En el norte del Bío Bío no se supo más de este asentamiento durante casi tres siglos, hasta que las ruinas de la Villa Rica fueron descubiertas en 1883. En 1950, se construyó un puente que lleva el nombre del capitán Rodrigo de Bastidas en la desembocadura del lago Villarrica y el nacimiento del río Toltén, a pocos metros del sitio original del antiguo fuerte. Hasta hoy su resistencia es celebrada como un acto de heroísmo.

(La historia oficial dice sobre Juan Vásquez de la Calzada y Constanza Ponce de León que «el matrimonio combatió hasta a ruina total de la Villa Rica»[36].)

Notas

1 Según la información detallada en *La Ruina de la Villa Rica y La Información de don Juan de Maluenda* de Fernando Allende Navarro (Santiago, 1968), el padre de Juan, Pedro de Maluenda, era un español que viajó con título de Vuestra Real Persona y participó en el alzamiento de los moriscos del Reino de Granada. En la Rica, fue corregidor y capitán de guerra. En su *Historia Inédita,* J. Guillermo González dice que nació en 1548 en Burgos y fue «visitador de pueblos indios»(p.160).

2 Sensación que siglos después describe tan bien Bob Dylan en *A Hard Rain's A-Gonna Fall (1963),* era imposible no citarlo.

3 Distintos textos repiten este relato sobre la muerte de Juana Cortés, quien habría sobrevivido al sitio, pero al negarse a tener sexo con su captor fue asesinada. Juan de Maluenda describe esto al reclamar recompensa por los servicios y sacrificios hechos por su familia (*La Ruina de la Villa Rica* de Allende Navarro, p.156).

4 En el Canto III de *Purén Indómito*, escrito por el capitán Fernando Álvarez Toledo, se describe la elección de Pelantraru como líder del levantamiento y de los «generales» enviados á las distintas regiones. Dice así: «*Fue a la Imperial, Valdivia, Rica, Osorno / A llevar una flecha y el despacho / con algunas preseas de soborno / El cautelosos mozo Guerecacho; / A Millapoa, Ongol y su contorno / un hijo fue del sabio Pailamacho, / A las provincias bélicas de Arauco / Llevó la otra el joven Jalcamauco*».

5 El uso de huesos humanos para crear instrumentos musicales es mencionada en *Purén Indómito*. En cursivas está la cita del canto II,

22, de este poema del capitán Fernando Álvarez Toledo, publicado bajo la dirección de don Diego Barros Arana, Leipzig, 1862.

6 Este miedo de ambos bandos a los ataques por sorpresa está descrito también en *Purén Indómito*, específicamente en el Canto III, 60.

7 Constanza no es pudorosa, es coqueta. Según la historiadora Isabel Cruz, la práctica del tapado se transformó en España y América «en un instrumento de seducción y coquetería. El velo, que apenas dejaba adivinar la cara o que mostraba un solo ojo, añadía picardía al atractivo de una bonita mirada» («Seducciones de lo íntimo, persuasiones de lo público. El lenguaje del vestido en Chile 1650-1820». En *Historia de la vida privada en Chile,* Tomo I, p.311).

8 Uso parte de la descripción que hace Francisco Núñez de Pineda, autor del *El cautiverio feliz*, de uno de tantos banquetes con los que lo agasajaron sus captores. Los hígados y riñones a las brasas es uno de ellos y hay más preparaciones descritas en su libro.

9 La cita es de *El cautiverio feliz* de Núñez de Pineda, quien confiesa haber criado «animalejos» en sus ropas y es muy probable que Constanza los tuviera luego de más de un año sin bañarse (Kindle Locations, 965-967).

10 Este incidente también aparece mencionado en el Canto XII de *Purén Indómito* de Fernando Álvarez de Toledo.

11 Esta actitud frente al secuestro de su hijo y esta frase de Bastidas está consignada en las conclusiones de Fernando Allende Navarro en *La ruina de la Villa Rica* (p.186), y en varios otros textos históricos, proviene seguramente -como la mayoría de la información de esta época en la Rica- de la *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano* del padre Diego Rosales, jesuita, escrita en 1674 y publicada recién en 1877. Rosales fue ordenado sacerdote recién en 1629 y llegó a Arauco mucho tiempo después de eso.

12 Lorenza de la Calzada aparece nombrada en las listas de sobrevivientes de González (*Villa Rica: Historia inédita*) y de Allende N. (*La ruina de la Villa Rica*), pero no pude encontrar datos biográficos de ella. Tal vez no estuvo casada o era viuda de un vecino poco ilustre, pues toda la información sobre mujeres en el sitio de Villa Rica aparece en relación a sus padres o esposos.

13 Este es parte del Salmo 120, *La Biblia*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1983.

14 Según Google, esta es una oración usada para espantar al demonio y la traducción sería: «San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Que Dios manifieste sobre él su poder, es nuestra humilde súplica; y tú, Oh! Príncipe de la milicia celestial, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas. Amén».

15 Este hecho aparece mencionado en relación a otra batalla de la Guerra de Arauco en *Memorias de los sucesos de la guerra de Chile*, Jerónimo de Quiroga, Cap. 63, p. 284, pero de seguro en la Rica ocurrieron hechos similares. Al menos, eso creo yo.

16 Jerónimo de Quiroga se extiende sobre esta tesis en el capítulo 64 de *Memorias de los sucesos de la guerra de Chile* y coincide con lo que piensa Lorenza.

17 Lorenza cita parte del «Libro de los Proverbios», Capítulo VII, de *La sagrada Biblia* como aparece en una edición impresa en 1884 y traducida de la vulgata latina al español.

18 Ahora Lorenza ¿se confunde? y cita el «Apocalipsis», Cap 18-19, *La Biblia* (Sociedades Bíblicas Unidas, 1983), como si fueran hechos reales.

19 Respecto a relatar las cosas como fueron, María Plasencia no pudo decirlo mejor que como lo dice Margaret Atwood en el capítulo 23 de su libro *El cuento de la criada,* por eso preferí citarla.

20 La cita remata una escena similar descrita por Francisco Nuñez de Pineda en *El cautiverio feliz* (Kindle Locations, 991-992).

21 Catalina Aguilera es el único personaje que he creado sin que me conste su existencia. Sabemos, eso sí, que había varias criadas como ella en el sur de Chile. Según leí en el «Catálogo de Pasajeros a Indias» que está en la Biblioteca Nacional de Madrid, varios españoles embarcaban con servidumbre desde España hacia América. Por ejemplo, el 13 de enero de 1560, «parte Luisa de Saavedra, natural de Sevilla, soltera, hija de Bernardino Álvarez y de Inés Hernández

al Perú como criada de Juan Maldonado» («Catálogo de Pasajeros» a Indias, Volumen IV, 1560 a 1566).

22 Juan de Maluenda declara esto en su «Información de Servicios» recogida por Fernando Allende Navarro en *La ruina de Villa Rica* en BACHH, nº. 78.

23 En algún lugar así, siglos después, puede haber oído esta frase Bob Dylan. Es parte de su canción «Tienes que servir a alguien» («Gotta serve somebody», 1979).

24 Esta escena es citada en la página 72 de *Historia de los antiguos mapuches del sur* por José Bengoa, y es parte de los capítulos (Capítulo Segundo: «La Gente de las Canoas») donde el autor describe la etapa ribereña de la cultura mapuche. Dice Bengoa: «Los ríos formaron las tierras justas, los espacios de los amigos, la alianza de los grupos familiares permanecieron desde muy antiguo en la historia. Esta sociedad fue la que encontraron los españoles al cruzar el Bío Bío. Quedaron maravillados. Era una sociedad sedentaria, de agricultores que vivían a la orilla de ríos navegables, atravesados con sus canoas, yendo y viniendo desde sus casas paternas a las de sus maridos [...] sociedad no imaginada por los actuales chilenos, oscurecida por la visión racista y discriminadora de nuestro pasado» (p.98).

25 En varios textos que leí, se menciona el hecho de que María Zapata logró amamantar a su nieta. Juan de Maluenda menciona este hecho así en su «Información de Servicios»: «Sucedió un caso prodijioso, que siendo la dicha doña María Zapata, mi abuela, de más de sesenta años, se sirvió Dios de darle leche en sus pechos a la dicha mi abuela y la crió» (*La ruina de la Villa Rica y la información de don Juan de Maluenda*, Fernando Allende Navarro, p.156).

26 Me inspiro, para esta escena, en los datos entregados por Núñez de Pineda sobre el funeral realizado a un joven mapuche que se hace muy cercano a él durante su cautiverio y cito en cursivas parte de su relato (*El cautiverio feliz*, Kindle Locations, 1966-1969). Creo que Isabel fue enterrada por ellos como un noble guerrero.

27 Así describe el soldado y poeta Diego Arias de Saavedra la vestimenta de Ankanamún en el Canto III, 42, de *Purén Indómito*.

28 Rosales habla, en la página 324 de su *Historia general del reyno de Chile,* sobre la entrada de Gabriel Villagra a la Rica como un intento de los araucanos para traspasar a Bastidas la información de que ni un bastión español quedaba en pie.

29 La sentencia dada por el doctor Luis Merlo de la Fuente en la residencia del gobernador Alonso de Rivera está publicada en *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* (CDIHCH), recopilados por José Toribio Medina, segunda serie, tomo VII, p.616 -627. Son 27 cargos.

30 Así describe Miguel de Cervantes y Saavedra la vida de caballero en «El caballero de verde» en el «Quijote» (Segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, Cap. XVI, 1615), e imagino que es la vida que con justicia buscó Ana Chavarri.

31 Esta frase es de Violeta Parra. Es una de las décimas de «Arauco tiene una pena» de 1962. Esa estrofa dice: «Un día llegó de lejos / huescufe conquistador / buscando montañas de oro / que el indio nunca buscó / Al indio le basta el oro / que le relumbra del sol / ¡Levántate, Curimón!» (*Violeta Parra: Poesía,* Ed. Universidad de Valparaíso, 2016).

32 *Colección* de *documentos inéditos para la historia de Chile* (CDIHCH), José Toribio Medina, segunda serie tomo VII, p. 616.

33 El desorden no lo he inventado yo y consta en el documento antes citado en las páginas 624 y 625 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* ordenados por José Toribio Medina. Intuyo que el juez demoró en tomar una decisión.

34 Así, Merlo absuelve al gobernador Rivera de haber cometido una falta al dejar sin castigo al capitán Hernández. Ambos funcionarios quedan libres de polvo y paja por no haberse preocupado de los habitantes de la Rica. El cargo veintiuno está en la página 625 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* ordenados por José Toribio Medina.

35 El relato de Juan y de los vecinos que apoyan su testimonio es la información más directa que conocemos del sitio y aparece en *La ruina de la Villa Rica y la información de don Juan de Maluenda,* Fernando Allende Navarro, Santiago, 1968.

36 Así lo asegura J. Guillermo González Díaz en su *Villa Rica: Historia inédita*, p.161, sin agregar referencia bibliográfica del hecho. Usted verá a quién le cree.

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, por hacer posible que yo viviera un tiempo en el siglo XVI, por ser mi cómplice en esto y en todo.

A mis hijas, por su paciencia y apoyo constante.

A mis primeras editoras, Carmen Moure, Beatriz Moure y Paula Coddou porque, una vez más, corrigieron los primeros motes imperdonables con cariño, comprensión y fe. A Matías Rivas, por leer y darme el último empujón que necesitaba para atreverme a seguir adelante con esta novela.

A María José Cumplido, por su asesoría histórica y por contestar mis preguntas de última hora.

Y muchas gracias a Daniel Campusano, por devolverme el primer manuscrito diciéndome, de manera tan elegante, que esta novela podía ser mejor (¡gracias!) y por su edición minuciosa y certera.

Gracias también al equipo de Penguin Random House por su apoyo y calidez de siempre.

Otros títulos

Historia secreta de Chile
Jorge Baradit

Chilenas
María José Cumplido

Breve Historia de Chile
Alfredo Sepúlveda

La dictadura
Jorge Baradit